

El día D y su gerundio

PARTE PRIMERA

**Crítica de nuestra comprensión
en la comprensión de nuestra crisis**

Vicente Sarasa

Prólogo de Manuel M. Navarrete



El día D y su gerundio

PARTE PRIMERA

Crítica de nuestra comprensión
en la comprensión de nuestra crisis

Vicente Sarasa



-2017-

El día D y su gerundio. Crítica de nuestra comprensión, en la comprensión de nuestra crisis.

El Puerto de Santa María. Junio de 2017

© Vicente Sarasa

© De la presente edición: Ediciones El Boletín

© Del prólogo: Manuel M. Navarrete

Edita: El Boletín – contacto@el-boletin.com

Depósito legal: CA 293-2017

ISBN: 978-84-946248-7-2

Está permitida la reproducción total o parcial de esta obra, siempre y cuando se cite la autoría, sea para uso personal del lector y no tengan fines comerciales o lucrativos. Sin que se pueda alterar, transformar o generar una nueva obra a partir de esta.

*“Si es la discreción el carácter que se le da a la investigación,
no indica sino el miedo que se le tiene a la verdad más que el que
se le tiene al error. Sin embargo, si el temor de caer en el error
introduce una desconfianza en la ciencia (...)
no se sabe por qué no se debe temer que
este miedo de equivocarse no sea ya el error mismo (...)
Eso que se llama miedo del error no es en sí sino el miedo de la verdad”*
(Hegel, “Fenomenología del espíritu”, citado por Marx en
“Observaciones sobre la reciente reglamentación de la censura
prusiana”, 1842)

*“Los comunistas nunca hemos de olvidar la dimensión internacional e
histórica de nuestro movimiento para contribuir en nuestros respectivos
ámbitos estatales o nacionales al impulso de la lucha por el socialismo y a la
necesaria construcción partidista que la garantice.
Y ello, bajo el imperativo igualmente de tener en cuenta en todo momento
el marco específico de lucha de clases en el que actuamos.”*
(Tesis inicial de Red Roja)

PRÓLOGO

UN LIBRO EN MEDIO DE LA TORMENTA

“No creeríamos en la enseñanza, en la educación ni en la formación, si estas fuesen relegadas al fondo de las escuelas y separadas de las tormentas de la vida”.

V. I. Lenin

(“Tareas de las Juventudes Comunistas”)

Conocí a Vicente Sarasa en Cádiz, hace más de un lustro. Poco después comenzamos a militar juntos en Red Roja. Lo primero que me sorprendió fue la atención que nos prestaba a los compañeros de Sevilla. Creo que, para hablar de él, hay que hablar un poco de nosotros. Nosotros éramos jóvenes, inmaduros; muy poquita cosa para merecer los desvelos de alguien que, como intuí desde bien pronto, era especial. Sin embargo, Vicente decía que nuestro núcleo, por estar situado en una ciudad estratégica, importaba más que el de Cádiz. Lo tomábamos como una broma; no estábamos preparados para entenderlo.

A veces junto a compañeras de Cádiz, otras veces solo, fueron innumerables sus desplazamientos para ayudar a que se desarrollara un núcleo revolucionario de intervención (o un pre-núcleo, si no éramos capaces de más) en nuestra localidad. No había día en el que no estuviera disponible para ayudarnos, lucha política ante la cual no se ofreciera si necesitábamos orientar el trabajo o momento en que se mostrara cansado ante las peticiones de auxilio que, constantemente, le llegaban por nuestra parte.

Hijos de nuestras circunstancias, entrados en el fango de la política tras la Caída del Muro, estábamos (no sé si usar el pretérito) muy desorientados en general. Por ejemplo, ante la necesidad de saber ser minoría entre la mayoría. Por ejemplo, ante la línea de barrio. Por ejemplo, ante el movimiento obrero.

Vicente, viéndonos angustiados por lo exiguo de nuestro “número” de militantes, comenzó a hablarnos de una “dualidad organizativa” (conjugando el máximo rigor teórico con la máxima flexibilidad táctica), esto es, de la necesidad de saber restar en un plano para, precisamente, saber sumar... en el plano adecuado. Lo entendió muy bien Mao: los bolcheviques seguían siendo minoría incluso en el momento en que estaban tomando el poder. Su potencia no estaba (no podía estar) en su número, sino en su influencia política sobre amplios sectores de las masas y, en particular, sobre la clase obrera. Pero habría mucho más que decir al respecto y a cómo nos afecta esto en la actualidad... Sigue leyendo este libro y lo acabarás comprendiendo. A nosotros –lo confieso– nos costó porque, en realidad, solo la práctica enseña.

Desde luego, esta primera tesis fue clave, pues allanó el camino para los aprendizajes que experimentamos entonces. Aprendimos que no había que tener prisa por llevar al barrio consignas verbalmente “revolucionarias” y muy autocomplacientes, pero que, aparte de no tener traducción real en la praxis, no hacían sino heredar un molde burgués, en el cual tú vas al barrio a iluminar a los vecinos desde fuera. A iluminarles... con *frases*. Y comenzamos a entender que sobaban “desembarcos” y palabrería, pues teníamos a nuestro alcance fomentar algo con muchísimo más valor: la autoorganización de las actividades barriales por parte de los propios vecinos, creando así gérmenes de la sociedad futura *desde ya*.

También aprendimos que en una realidad laboral tan autoritaria, en un país tan dramáticamente desindustrializado y centrado en el sector servicios, las acciones sindicales debían ser protagonizadas en muchas ocasiones por compañeros de otras empresas (dijeran lo que dijeran los manuales de sindicalismo de los años 80). Y fue un verdadero placer ver al compañero Faly, del SAT de Sevilla (un auténtico maestro del sindicalismo en situaciones difíciles), trabar amistad con Vicente y aprender tanto de política con él.

Luego, cuando comenzábamos a rodar y avanzábamos, de pronto nos creímos (cosas de la juventud) montados en la cresta de la ola de la historia. Vicente nos ayudó a situarnos: iniciativas modestas como Barrio en Pie o como el Grupo de Acción Sindical (GAS) del SAT de Sevilla son precisamente valiosas no solo por lo que constituyen en sí mismas, sino ante todo porque, al menos, demuestran que el poder popular es posible, que la lucha sindical basada en la solidaridad entre diferentes empresas es posible. Tocaba, pues, ser modestos, pues en este plano no podíamos hacer mucho más... salvo recordar –y, ahora, con toda la legitimidad que nos

otorgaba la práctica— cuántas cosas podrían hacerse si los sectores que se reclaman revolucionarios estuvieran centrados en lo que deben centrarse, en lugar de “dar opiniones diferentes” sobre los temas que nos impone el enemigo.

Pongo todos estos ejemplos porque no hay mejor modo de destacar la importancia que para mí, para Alonso y para otros compañeros de mi núcleo ha tenido Vicente. El aprendizaje que trabajar con él ha supuesto. Porque no habríamos llegado a comprender tantas cosas sin él. O, en el mejor de los casos, habríamos llegado más tarde y por un camino mucho más sinuoso.



Pero volvamos al origen de todo, pues la influencia de Vicente Sarasa ha llegado mucho más allá del territorio andaluz. Conocimos a los compañeros de Cádiz a raíz de una candidatura a las elecciones europeas, Iniciativa Internacionalista, encabezada por Alfonso Sastre y en la que muchos vimos, al fin, un rechazo nítido de la “democracia española”. Poco después surgió Red Roja, con compañeros que teníamos, más que nada, intuiciones y ganas. Las ganas de luchar por el socialismo. Y la intuición de que era posible crear un espacio que supusiera una alternativa al oportunismo, por un lado, y al sectarismo por el otro.

Ahora bien, con intuiciones e intenciones no habría sido posible destilar las tesis de Red Roja. No sin Vicente. Desde el principio, elevó nuestra línea con tesis como la dualidad organizativa, el saber restar para saber sumar, la contradicción principal en la actualidad, la necesidad de un referente político de masas distinto al partido y que afronte dicha contradicción principal, el partido como punto de llegada y no de *partida*, el valor limitado de la *literalidad* del discurso con respecto al *curso* de la práctica, la necesidad de mejorar la *correlación* de fuerzas y no de simplemente “acumular” fuerzas, la contrarrevolución preventiva como régimen imperante en Europa occidental, las contradicciones interimperialistas y el declive yanqui como explicación de la caótica dinámica internacional de los últimos años... y un largo etcétera. Tesis que los lectores tendrán la oportunidad de conocer y estudiar leyendo los dos tomos en los que va a editarse este libro. Y que, sin duda, supondrán un avance para ellos, como lo fueron en su día para nosotros.

Recuerdo que, al principio, básicamente entendíamos nuestra militancia política como un *aurea mediocritas* aristotélico en virtud del cual

intentábamos, como ya vimos, no caer ni en un “entreguismo” reformista que postergara la lucha por el socialismo *sine die*, ni en un aislacionismo bajo el que solo esgrimiéramos principios muy puros pero a espaldas del sujeto histórico, esto es, de la clase trabajadora. Desgraciadamente, nuestro rechazo de estas dinámicas se quedaba en el terreno de lo abstracto... o incluso de lo ecléctico. Entonces Vicente fijó un triple criterio político para la reagrupación comunista que, finalmente, plasmó, sintetizó, solidificó lo que estábamos buscando: 1) rechazo del régimen de la Transición (con todo lo que ello conlleva: autodeterminación, amnistía...); 2) defensa del socialismo y no de ningún “Estado del bienestar” socialdemócrata; 3) antiimperialismo que no haga exigencias al agredido, sino centrado en la denuncia del agresor.

Gracias a esto —en apariencia tan sencillo— todo comenzó a tener lógica. No nos separábamos ni nos uníamos en función de que fuéramos “m-l” o trotskistas, maoístas u hoxhistas. Todo ese circo de etiquetas e -ismos (que instintivamente rechazábamos) solo quedó definitiva y teóricamente superado cuando, gracias a este triple criterio, comprendimos que no era serio dividirse en función de debates folklóricos; pero que, en cambio, sí que era de recibo separarse (a este nivel organizativo) de quienes, por ejemplo, no defienden a Cuba o de quienes vieron como aliados a esos “rebeldes” armados por EE UU y Francia que asesinaron a un líder antiimperialista del “Tercer Mundo” como Gadafi. O de quienes hacen de la socialdemocracia europea (con su evidente reverso tenebroso: la sobreexplotación salvaje de la periferia) su proyecto.

Vicente había condensado en un sólido criterio político (y no meramente ideológico) nuestras intuiciones y nuestras intenciones. Tras tanto avanzar a tientas, a base de golpes por el camino, trazó una senda por la que transitar. Y al fin tuvo lógica aquello en lo que, en el mejor de los casos, acertábamos por instinto. Por fin hubo coherencia teórica y estratégica en unirnos a quienes nos uníamos y en separarnos de quienes nos separábamos. Pero Vicente dio otro paso más: no solo propuso ese triple criterio político, que debía ser una primera señal de identidad de Red Roja, sino que necesitábamos dos señales más: 1) la asunción del legado histórico del socialismo real (incluso pese a sus dificultades para consolidarse, por haber surgido en la periferia del sistema); 2) el ofrecimiento a nuestra militancia de un plan de formación marxista, por un lado, y de unos mecanismos de canalización del debate interno por el otro (pues, más allá del triple criterio, otros detalles más concretos en cuanto a línea política quedan legítimamente fuera de nuestros consensos).

Solo así pudo ir desarrollándose la línea de la organización. Día tras día. Y no había debate en el que Vicente no diera con la tecla. Por ejemplo, cuando —muy en abstracto, muy teoricistas nosotros— hablábamos del concepto de “contradicción principal”, Vicente nos bajaba a la tierra y nos explicaba que, más allá de *conceptos*, lo importante es que la contradicción principal en nuestro particular contexto, lo que hoy día y en nuestro país antagoniza la situación política, son los recortes impuestos por Bruselas con el pretexto del pago de la deuda externa, en contra de la inmensa mayoría de la población (no solo trabajadora, sino incluso de la pequeña burguesía). Una vez más, nuestra intuición (la importancia del lema “No al pago de la deuda”) alcanzaba al fin coherencia teórica dentro de una línea con proyección. Y eso fue gracias a Vicente.

Otro ejemplo, que a algunos sonrojará, nos lleva a aquel día en que discutíamos sobre las organizaciones de cuadros (entre las que, sin hacer más matices, nos incluíamos) y las organizaciones de masas. No había quien nos sacara de ahí. Entonces Vicente nos dijo que debíamos aspirar a ser una organización de *cuadros entre las masas*, y nos dimos cuenta de lo pueriles y esquemáticos que estábamos siendo. De alguna manera lo intuíamos (no en vano, los de Red Roja éramos considerados “esos comunistas que participan en los movimientos sociales”): ni principios sin intervención, ni intervención sin principios. Ahora comprendimos más cosas, como que los revolucionarios están obligados a participar en marcos que no lo son; pero a participar *distinguiéndose*, para intentar desbordarlos.

También fuimos comprendiendo la necesidad de ser precisos, de no exagerar con expresiones grandilocuentes, de analizar siempre del modo más concreto, de no creer que basta con “frases generales”... Y podría proseguir, pero ello excedería los límites de este prólogo, que solo pretende transmitir quién es el autor de esta obra y por qué estimo que tenéis suerte de tener este libro entre las manos, de poder leer sus escritos y aprender de ellos.



Esto se quedaría cojo sin un poco de intrahistoria. Es innegable. De modo que dejadme hablaros un poco de “la persona Vicente”. Lo primero es que siempre anda con un libro entre las manos. Ante todo, lee y relee a los clásicos; pero también libros de historia, de cualquier periodo, de cualquier escuela.

Vicente es intenso, incansable. Vive cada lucha con toda su pasión. A veces, es provocador... pero la suya es una provocación con sentido, que te hace pensar. Como cuando te dice: “Oye, qué interesante el taller de *El Capital* que está preparando un colega...”, tú contestas que “sí” y, de pronto, te suelta: “Pues no”. Y te explica que, sin dejar de ser importante, hoy día hay sobredosis de Capítulo I del *Capital* (esto es, de teoría) y, en cambio, no se atiende lo suficiente al Capítulo XXIV, sobre la acumulación originaria, que precisamente nos sirve para comprobar cómo el capitalismo nació envuelto en sangre y no hubo jamás etapa en que fuera defendible, como ahora pretenden hacernos creer ciertos “anti-neoliberales”.

O como un día que comentábamos que había que comprender a Cuba dado el bloqueo y dadas sus circunstancias económicas, y entonces nos sorprendió afirmando que en realidad, Cuba tiene... mayor renta *per capita* que España. Entonces, todos levantamos la cabeza asombrados y añadió: “si se calcula bien”. Y nos explicó que, siendo este índice un cociente, del numerador de los países imperialistas debería sacarse toda aquella riqueza que la banca y las multinacionales extraen de otros países o, en caso de que no se haga eso, habría que sumar al denominador toda la población que se ha visto explotada, allá lejos, para generar esa riqueza. Con lo cual (la idea se desarrolla pormenorizadamente en este libro, así que no te lo pierdas), la renta *per capita* de los países imperialistas cambiaría hasta tornarse irreconocible...

Vicente siempre tiene algo sorprendente e inteligente que decirte, siempre tiene un juego de palabras que hacer. Tanto, que a veces se nos olvida que es humano. Que a veces se agobia y le frustra no dedicarse lo suficiente a la ciencia, a la ingeniería que estudió; pero que vive determinado a no entregarse a una angustia que, aunque siempre lo acompañará, al menos tendrá arrinconada. Que le gusta el deporte. Que no soporta ver una humillación. Que sufre con el sufrimiento de los demás, que es empático y cariñoso. Que es una persona de carácter y, a veces, muy exigente consigo mismo y con sus compañeros. Pero que tiene la habilidad de inspirar y formar a sus camaradas, de sacar lo mejor ellos, de colocar a cada cual en el “camarote” donde más frutos dé para la revolución.

Y, dado el inmenso postureo que nos rodea y nos asola, se hace imperativo destacar otros hechos, como que no vive haciendo “poses” (aunque podría, dadas sus capacidades), hasta tal punto que prácticamente ha habido que obligarlo a publicar este libro. Pues, como Machado, nunca persiguió la gloria. Y también otra cosa: que, como siempre destaca Alonso, Vicente no es un teórico antisocial sin amigos, sino una persona muy

normal, muy de calle, con sentido del humor, con habilidades sociales. Conocido y querido en su gaditana barriada de los Patios de Astilleros. Justo por esto, cuando lo detuvieron por última vez, en julio de 2012, sus vecinos se pronunciaron unánimes en su defensa. Quizá la mayor prueba que pueda superar un revolucionario.

Se impone efectuar un último aviso a navegantes, pero esta vez lo haré por boca de Marx, quien, en el prólogo a la edición francesa de *El Capital*, escribía: “*En la ciencia no hay calzadas reales y solo llegarán a sus cimas luminosas quienes no escatimen esfuerzos para escalar sus senderos escarpados*”. Este no será un libro facilón: será un libro provechoso. Esfuerzo mediante, como todo lo que vale la pena en esta vida. ¿Acaso es fácil leer *El Capital*, los *Grundrisse* o los *Cuadernos filosóficos* de Lenin?

Nada más que deciros, compañeros lectores. Espero haberos convencido para que leáis a Vicente. Si sois militantes, desde luego que os ayudará y que os gustará. Tened claro algo: este libro tiene mucho de teoría, pero no cae jamás en el teoricismo. Aquí, la teoría está al servicio de la práctica militante y, de hecho, ha sido precisamente la práctica militante la que ha retrasado la publicación de este libro que, ahora, ve al fin la luz en mitad de esta dramática tormenta que es la crisis capitalista. Desde la convicción, además, de que solo desde dicha práctica se puede acceder a la verdadera teoría. Los lectores, en suma, podrán iniciar aquí un verdadero proceso radical (en el sentido de ir a la raíz) de comprensión para entender dónde estamos situados realmente... y hacia dónde debemos caminar.

Manuel M. Navarrete

INTRODUCCIÓN

La mayoría de los textos que se recogen en los dos tomos de la presente recopilación abarca más de dos décadas. En realidad, durante todo este tiempo y con respecto a los temas que se traen a colación, escribí mucho más de lo ahora seleccionado, pero buena parte fue publicado bajo la firma de los marcos organizativos en que he militado. Prácticamente todo lo que tiene que ver con consideraciones que afectan al movimiento revolucionario más allá de nuestro ámbito estatal fue escrito antes de mi actual militancia en Cádiz Rebelde-Red Roja, si bien sirvieron (y aún sirven) para los debates necesarios que contribuyeron a fundamentar y sistematizar nuestra línea organizativa.

Esas consideraciones más generales del proceso revolucionario – que desde un principio redacté con vocación de fundamentar la línea política que necesitamos en un contexto de crisis histórica del movimiento comunista pero también de crisis sistémica que finalmente estalla en 2007 en el propio campo de “países más avanzados”–, junto con el análisis de la situación internacional, conforman esta primera parte de la recopilación que ahora se publica. Y desde su título, ***Crítica de nuestra comprensión en la comprensión de nuestra crisis***, he querido plantear lo que me parece imprescindible para precisamente fundamentar hoy una línea política correcta en las circunstancias históricas en que tenemos que defender la causa comunista y desarrollar nuestra práctica militante. A saber, que no llegaremos muy lejos en la comprensión de la crisis histórica de nuestro movimiento si no nos predisponemos a poner bajo una crítica rigurosa nuestra propia comprensión de cómo se desarrollan los procesos históricos revolucionarios y del propio significado de la revolución por el socialismo en su dialéctica de metas anheladas y de tareas del “día a día” que se nos exigen.

Que en verdad pienso que esto es lo esencial en nuestra vida militante, se refleja en el título que he querido dar a toda la recopilación, donde se realza la importancia suprema de las tareas revolucionarias del día a día que hay que ir *haciendo* –así, **en gerundio**– con respecto al **día D** de la “toma del poder” al que, desde luego, ha de ir orientado y encaminado nuestro “gerundio de actuación”. ¿Acaso un hombre tan práctico como Fidel –y tan inspirado por ese Martí que decía que “decir es hacer”– podía referirse a otra cosa cuando afirmaba que la obligación de un revolucionario es hacer la revolución?

Las tareas militantes no pueden ser revolucionarias o dejar de serlo en función de especulaciones temporales sobre cuándo podría darse una revolución allí donde actuamos. Por eso, *La comprensión como ánimo*, segundo texto tras esta introducción, comienza afirmando que “*La revolución es en gerundio*”. Justamente he querido que los dos primeros escritos que abren esta recopilación ejerzan, de alguna manera, de prolongación explicativa tanto del título del libro en su totalidad como del de la parte que ahora se publica. Quede claro, pues, que en la elección de estos títulos algo enigmáticos pesaba la necesidad de llamar la atención desde el principio sobre cuestiones claves para la militancia, y no jugar a crear ningún enigma.

La segunda parte estará compuesta por escritos más ligados al análisis político y a cuestiones organizativas en relación con la línea de trabajo a desarrollar en nuestro marco más estatal. De ahí el nombre que llevará: *Contribución a la línea revolucionaria de intervención que tenemos que organizar*. Esta segunda parte incluirá también análisis y caracterizaciones del régimen político de la Transición en España que explican los objetivos de orden rupturista que algunas organizaciones se vienen marcando; entre ellas la propia Red Roja, que hace de ello un elemento constitutivo de su criterio identificativo, que mi compañero Manuel M. Navarrete recoge magníficamente en el prólogo.

Aunque no será en esta introducción donde presente los escritos de la segunda parte, una vez que he aludido a la cuestión de la Transición, creo que se me imponen algunas consideraciones de carácter político-militante, digamos, más personales.

El asunto de la posición con respecto a la Transición ha marcado mi vida militante profundamente. No en vano, esta comienza en Cádiz vinculado a la Organización Democrática de Estudiantes Antifascistas, integrante del Movimiento de Resistencia que reconoce en el PCE(r) el liderazgo político del mismo, y que en aquellos tiempos en que se planteaba en la misma calle si “Reforma o Ruptura” optó casi en exclusiva por esta última permaneciendo al margen del marco constitucional. Esto supuso que, a menudo, había que ejercer nuestro trabajo político fuera de la legalidad más absoluta, con unas consecuencias en términos de represión que definían una práctica militante muy particular, tanto en lo organizativo como en la relación con el pueblo, en comparación con el resto de organizaciones. Y aunque dentro de mi marco militante de entonces surgieron diferencias tempranas de análisis político y tácticas, lo fundamental de mi posición con respecto al régimen de la Transición viene de ahí, de ese ámbito en torno al PCE(r).

Mi pensamiento sobre la naturaleza del régimen de la Transición no es, pues, producto de abstracciones de libro, sino de experiencias militantes propias y organizativas, de compañeros represaliados y de otros que esperan en los cementerios la memoria debida por haberse mantenido fieles de forma consecuente a la Memoria Histórica del 36-39... y de haberse mantenido fieles a esa Memoria con más de dos décadas de adelanto con respecto a quienes hoy hacen de ella bandera y hasta niegan la Transición, eso sí, por “agotamiento de contrato” y no porque la cuestionen en origen. Pues bien, mi asunción de mi experiencia político-organizativa es tal que no puede haber habido conflicto ni diferencia que me impida poner por delante el recuerdo de los presos políticos que aún lo son, ni traer sobre el tapete la cuestión de su liberación, que es un asunto que nos concierne a toda la militancia comunista y antifascista de forma prioritaria.

Pero ya que hablamos de represión, hay que decir que esta, en los regímenes de contrarrevolución preventiva propios de los Estados “modernos” y en particular en España, es algo que va *más acá* de la memoria. Bueno es no olvidarlo cuando se publica un libro de política de forma “legal” y que pretende insertarse en el campo revolucionario. Hasta tal punto hay que tener esto presente, que siguen siendo válidas más de lo que parece las palabras de Lenin en el prólogo de *Imperialismo, fase superior del capitalismo* diciendo que lo escribió con “*prudencia, valiéndome de alusiones*” y que tuvo que echar mano “*del lenguaje esópico, ese maldito lenguaje a que el zarismo obligaba a recurrir (...) para escribir algo con destino a la publicación ‘legal’*”. En mi caso, se me plantea una tremenda contradicción: lo que pienso no puede desligarse de lo que he vivido en términos militantes; lo que puedo decir, tampoco. Es algo que siempre me ha obstaculizado para la publicación, además de lo señalado por Navarrete en el prólogo.

Quede claro, en todo caso, que muchas de las tesis que he trabajado o de las conclusiones a las que he llegado no pueden entenderse sin la vida militante que “me ha tocado”, ya por lo que compartía, ya por lo que debatía. Y hace tiempo que Lenin nos enseñó, de la mano de sus *Cuadernos Filosóficos*, la importancia del camino recorrido en la destilación de las tesis y cómo ello se produce en un permanente trabajo en espiral. En este sentido, este libro es además una invitación a un trabajo más colectivo al que yo supedito mi propia contribución, comenzando por mostrarla (sólo sea en parte) en su propio proceso particular de elaboración. Así lo han entendido los compañeros que me han, prácticamente, empujado a realizar esta publicación.

Valga la alusión a algo tan filosófico como el concepto de “espiral” —tan célebre ya en los niveles organizativos en que me muevo— para dejar claro que aunque algunos textos puedan parecer excesivamente teóricos, en realidad, todo lo que he escrito ha estado muy vinculado al trabajo práctico-militante. Es decir, respondía a la necesidad que veía de poner el acento en algo en lo que no se reparaba suficientemente o a fin de ampliar o precisar un criterio político de actuación. Que algunos textos puedan parecer más duros, es porque no podemos obviar los “duros” momentos para el movimiento comunista y para la defensa de la revolución socialista que se dieron con el cambio de siglo. Duros momentos de crisis de nuestro movimiento, del que aún pagamos las consecuencias, donde no sólo había que defender la causa comunista “organizando hasta el ánimo”, sino que había que *comprenderla* en mayor profundidad para enraizarla aún más en nosotros mismos pero, sobre todo, para seguir insertándola en el “movimiento de superación de la realidad” (por utilizar las palabras de Marx) tal como se nos presentaba, haciendo caso omiso de ese arrogante “fin de la historia” que nos decretaron nuestros enemigos.

A la disolución de la Unión Soviética y del campo socialista siguieron tiempos de mucha confusión teórica o, más bien, tiempos en que las debilidades teóricas se notan más, y donde hasta con la mejor intención de buscar razones para la lucha se le quitaban de forma rápida razones a nuestra teoría marxista. Y se (re)comenzaron a buscar terceras vías, no ya políticas sino conceptuales. Con las brasas del fuego generado en el campo socialista aún incandescentes, en 1998 Ignacio Ramonet escribe en *Le Monde Diplomatique* el editorial “Otro mundo es posible” y un año más tarde el movimiento antimundialización tiene su bautismo de fuego en Seattle.

Sea como fuere —se proclamase lo que se proclamase— al fin de la Guerra Fría y a la “derrota del comunismo” no habían seguido ni la paz mundial ni la ausencia de la lucha de clases, si bien esta se modernizó en “movilizaciones ciudadanas”. Por nuestra parte, se nos exigía como pocas veces distinguir el plano de la lucha teórica por mantener el mínimo rigor en los principios, por un lado, del plano de la lucha política práctica por otro. Había que derrotar la “derrota del comunismo” sin autoderrotarse por dogmatismo. De tal suerte, que aquellos tiempos, si bien sirvieron a muchos para sumarse al velatorio del comunismo y del marxismo, para otros nos sirvieron para comprender mejor a ambos. Si algunos se apuntaban sin más a los decretos ex cátedra que se lanzaban sobre la “crisis del comunismo”, otros preferimos, tal como ya he indicado, poner en crisis

(la calidad) de nuestra propia comprensión del comunismo y del marxismo, como condición previa para mejor entender las crisis histórica y teórica que se nos estaban decretando. En definitiva, todo aquello sirvió para estudiar más profundamente la relación entre la teoría y la práctica tanto histórica como de la actividad militante. En este tomo que ahora se presenta hay todo un grupo de escritos que trata este asunto y cuyo texto central es precisamente el que se titula *Acerca de la teoría marxista sobre el desarrollo de los principios políticos en su relación con la práctica*.

Un segundo grupo de textos cuestionan al “Estado del Bienestar” que se opone a la alternativa revolucionaria socialista del capitalismo. Un asunto que nos concierne especialmente cuando, al estallar la crisis económica en el centro mismo de los países “más avanzados”, se mitifica ese “Estado del Bienestar” al que se quiere volver nostálgicamente. Ello nos obliga a poner sobre la mesa una interpretación del origen y de la naturaleza de la crisis en la que lo que se plantea no es tanto la sorpresa de que también haya estallado aquí sino por qué no ha estallado antes.

Prácticamente el resto de los textos está dedicado al análisis internacional con el múltiple objetivo de caracterizar el tsunami de barbarie social y belicista a que nos lleva la persistencia del campo imperialista; de recordar la necesidad de aprovechar las contradicciones dentro de este campo, lo que pasa porque “nos enteremos” de que existen, ahuyentando toda idea de un Imperio omnipotente y homogéneo; y de desarrollar una amplia solidaridad antiimperialista con los pueblos y países agredidos a la altura de nuestra especial responsabilidad por estar en el centro mismo de las potencias agresoras. Quizá el texto eje de este grupo sea precisamente el titulado *Y que los de abajo nos enteremos...*

De alguna manera los escritos presentados en este primer tomo glosan los apartados del ya mencionado *La comprensión como ánimo*, que ejercería como presentación del mismo, de este primer tomo, en formato de síntesis-guía previa. He de insistir en que estamos ante una labor colectiva por las dificultades de análisis –piénsese tan sólo en la complejidad del análisis internacional– y porque, en definitiva, tenemos que lidiar con una situación político-ideológica mucho más complicada que la que se encontraron nuestros grandes referentes del marxismo, pues hay toda una práctica acumulada llena de contradicciones, tanto en la suerte realmente seguida por la revolución por el socialismo como en el de su construcción, que hay que sumar a las tareas de investigación.

Una última aclaración en cuanto a los textos que ahora se presentan. A pesar de que algunos repiten ideas y “se prestan” frases

enteras, he preferido dejarlos sin editar porque fueron concebidos para que individualmente cumplieran una misión de conjunto; o bien porque, en casos como en el apartado del análisis internacional, consideraba que había que traer siempre a colación las dos tesis principales que, en mi opinión, no se estaban teniendo en cuenta suficientemente. Me refiero, por un lado, a la que tiene que ver con el grado real de solidez y fortaleza del “Imperio” estadounidense y, por otro lado, a la del criterio de partida para dar cumplimiento a nuestra responsabilidad antiimperialista.

Antes hablaba de que ligaba estrechamente las conclusiones a las que he llegado a la particular militancia que “me ha tocado” vivir. No puedo dejar de aludir de nuevo a ello al expresar que experimenté una gran satisfacción cuando mis compañeras que se han encargado de organizar esta edición me confirmaron que Eduardo Albadalejo –compañero de mis primeros tiempos militantes y hasta de celda– no dudó en hacerse cargo de la misma.

Cuando escribo estas líneas finales de la introducción, quisiera tener una mención para todo el activismo social gaditano con el que he coincidido y coincido en los marcos de movilización, desde la Plataforma contra la Crisis de Cádiz allá en 2010 hasta la más reciente experiencia de BarrioAbierto que a ver cómo nos va. Experiencias que me han enseñado mucho y que no hay página que las aguante. Un aprendizaje que he compartido y hasta planificado con mi querido “núcleo” de Cádiz. Y muy particularmente he de hacer mención a mi compañera en todas sus acepciones, María José, “Ajo”, quien además de ejercer tantas labores de “camarada oscuro”, como diría Alfonso Sastre, ha repasado los textos.

Concluyo ya con una convicción que sólo me podía dar la práctica militante. Ciertamente la teoría es necesaria. Pero un elemento teórico clave que hay que asir es el de que los pueblos no hacen, ni mucho menos, la Historia comprendiéndola toda. Tampoco la militancia y los comunistas han de entender todo para actuar. En la línea política a seguir no todo es esclarecimiento teórico. Es verdad que la incompreensión teórica podía favorecer abandonos de la causa comunista, pero el abandono o defensa de esta tiene mucho de *sello de clase*. Y esta pertenencia a la clase es de los mejores antídotos en los peores momentos de crisis políticas e ideológicas en las que nos podemos ver atrapados. Por eso yo quiero terminar la introducción de esta primera entrega “más teórica” con una dedicatoria “de barro hernandiano” a quien, sin pretenderlo, tuvo que ver como nadie con el parto de mi militancia allí en mi barrio de Astilleros en Cádiz:

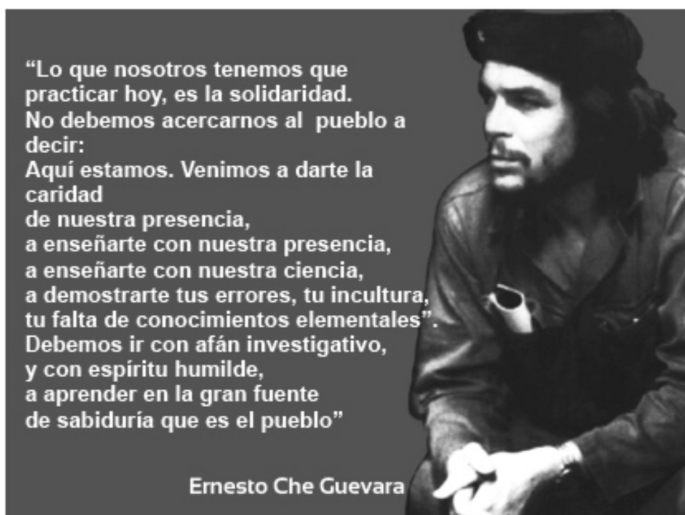
- ¿Por qué compras los números de la lotería a la vecina?
—Por no decirle que no, le hace falta.
—Pero, ¿tú querrás que te toque, no?
—Yo no.
—¡Anda ya, ¿por qué no?!
- Porque no sé tener.**

A mi madre, que me inculcó mucho de socialismo sin saber que se llamaba así. Y, cómo no, a mis hermanas Antonia y Chica que formamos un “núcleo vitalicio” del que aún no hemos encontrado las siglas porque para eso habría que buscarlas y no lo hacemos por tarea inútil. Y, en fin, a mi patio obrero, que cuando entro en él siento como si justamente entrara en el vientre materno.

Cádiz, 28 de marzo de 2017,
justo a los 75 años de la muerte imposible del poeta yuntero,
el que decía llamarse Barro aunque Miguel se llamase.

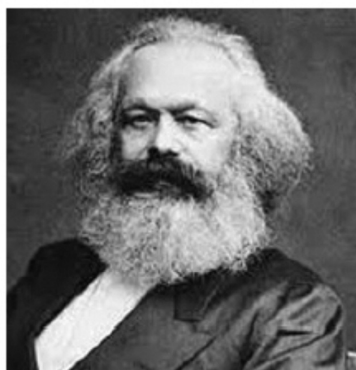
La única crisis que no lo fue¹

Solo hemos negado una crisis: la del marxismo, que era de la única de la que se hablaba mientras se incubaba la actual Crisis (capitalista); esa que, precisamente, sólo desde el marxismo se pudo prever con tanta antelación y lujo de detalles. A lo sumo, concedimos que la única crisis dentro del marxismo era la de su... comprensión.



La única crisis que no lo fue

Sólo hemos negado una crisis: la del marxismo, que era de la única de la que se hablaba mientras se incubaba la actual Crisis; esa que, precisamente, sólo desde el marxismo se pudo prever con tanta antelación y lujo de detalles. A lo sumo, concedimos que la única crisis dentro del marxismo era la de su...comprensión.



¹ Texto que escribí para la contraportada de *Socialismo y Pueblo*, revista publicada por Red Roja en Andalucía el 16 de febrero de 2013.

La comprensión como ánimo, y viceversa²

La importancia de una visión general (y de partida) sobre la revolución

La revolución es en gerundio. Es el movimiento revolucionario en sí, en el día a día. Marx: “el comunismo es el movimiento de superación del estado real de las cosas”. Ciertamente, para tomar el poder revolucionario aquí o un poco más allá todavía falta algún que otro pasado mañana. Pero para avanzar en el proceso, hablar de mañana -o de que allí sí, pero que aquí no es posible- es haber perdido la oportunidad para desarrollar el trabajo revolucionario que se presentaba ayer aquí al lado. Y que sólo a nosotros correspondía aprovechar porque éramos los que ahí estábamos.

1. Más allá de altibajos, vivimos hoy la necesaria época histórica y mundial de la transformación del capitalismo en socialismo. La inauguraron “oficialmente” los cañonazos del *Aurora* bolchevique en 1917 allá por Petrogrado, pero ya tuvo un hermoso precedente en la Comuna de París. Que se trate de una transformación necesaria no significa que esté predeterminada de antemano. Lo único que está asegurado es que *de seguir* la vida en el planeta, el capitalismo no podrá dejar de negarse a sí mismo y finalmente ocupar su vitrina en el museo de sistemas históricos. Pero el incendio puede arrasarlo con todo. Por eso, ya desde principios del siglo XX la consigna es, sobre todo, un llamamiento urgente a la *voluntad*: socialismo o barbarie...

2. La transformación histórica mundial por el socialismo ni ha sido ni será una simple adición de países socialistas. Es a su manera una *única* guerra global que atraviesa todos los países, y en la que en cada uno se desarrolla una batalla según sus condiciones y límites particulares; también

² Redacté este escrito en 2005 con la idea de establecer unas bases para reimpulsar un trabajo militante por el comunismo en el contexto de los países desarrollados, en unas condiciones muy afectadas por lo sucedido en el campo socialista y antes de que estallara a la luz de todos la crisis capitalista en el propio centro del sistema. Tiene, pues, un carácter internacional que luego sería completado con criterios políticos ya propios del ámbito del Estado español. Lo redacté de forma calculadamente sintética para que entrara en una hoja a doble cara, eligiendo convenientemente los tamaños de letra y el interlineado. Aunque el texto que vendrá después va en el mismo sentido y repite frases expuestas aquí -si bien desarrolla más algunas tesis-, he preferido inaugurar esta recopilación con la versión original de este escrito teniendo en cuenta precisamente el formato militante con el que se hizo. Y porque, de alguna manera, refleja de forma explícita, al principio y al final, el espíritu expresado en el título de esta recopilación. También, como digo en la introducción, este texto ejerce de síntesis-guía previa de todo esta primera entrega.

los que marca el entorno internacional. Los bolcheviques sabían que la suerte del propio socialismo en la Rusia campesina y zarista dependía en gran medida, como mínimo, del triunfo en Alemania. Tampoco se le escapó al propio capitalismo internacional. Una decena larga de países agredió a Rusia e impulsó una “guerra civil” con la idea de truncar aquella experiencia antiburguesa o, en su defecto, dejarla en tal estado que no pudiera ser un ejemplo a seguir ni social ni políticamente, obligándola a tomar medidas de autodefensa para presentarla luego como un sistema político inferior a la “democracia occidental”. Desde entonces, no ha habido ninguna experiencia revolucionaria a la que no se le haya pretendido aplicar la misma terapia de choque, tal como ha sido (y sigue siendo) el caso en América Latina.

3. El grado de avance socialista en cada país, derivado de la batalla particular que en él se desarrolle, es independiente de lo que las grandes masas ahí se crean y de las banderas que se alcen. Históricamente esto se ve en un doble sentido. Uno, cuando las medidas socialistas no pueden ir tan lejos como los elementos más avanzados quisieran o declaran abiertamente. Los bolcheviques y los comunistas chinos fueron considerados por el socialismo internacional como su vanguardia; y, sin embargo, en sus países, por más banderas rojas que se desplegasen, había una inmensa acumulación de retrasos relativos que obligaba a tomar muchas medidas propias de la revolución democrático-burguesa: esa que nunca hubo y que, en cualquier caso, la burguesía ya no iba a llevar a cabo a esas alturas de desarrollo de la lucha de clases. Pero también ocurre que el propio capitalismo financiero internacional e imperialista, bajo el manto del “neoliberalismo”, aniquile en países “en vías de desarrollo” amplios sectores de “capitalismo nacional” (América Latina.) Entonces, el simple hecho de tomar medidas de nacionalización, antiimperialistas, más asumibles ampliamente por “patrióticas”, implica objetivamente avanzar en la perspectiva del socialismo; en todo caso, la acercan a nivel internacional al debilitar al imperialismo. Y ello, a pesar de que estemos ante experiencias que no se autoproclamen explícitamente socialistas.

4. Considerando la superación revolucionaria del capitalismo como un “acto” único y mundial que se prolonga en el tiempo, cada proceso revolucionario, además de sus *consecuencias nacionales* en cuanto a sus realizaciones, tiene una *significación internacional*. La de los procesos y movimientos revolucionarios en el “Sur” es “abrir la veda” contra el monstruo imperialista. En el Occidente, ese tan reaccionario *ahora*, el rol histórico de los avances revolucionarios es *consolidar* la construcción

mundial del comunismo. No debe escapárse nos la tesis de Marx de que el comunismo es sobre todo un acto de los pueblos desarrollados y de que ha de entenderse a escala mundial; tesis a tomar, desde luego, con todas las actualizaciones y precisiones de rigor y evitando la burda interpretación de que los pueblos “tercermundistas” habrían de esperar para adentrarse en la vía socialista. Lo cierto es que en la medida en que el Occidente reaccionario continúe siéndolo, será fuente de problemas para la construcción del socialismo allí donde comience y por más claridad que se tenga en la línea a seguir. No sólo el Occidente reaccionario limita por su agresividad y chantaje militares. Al dominar la economía internacional, condena a muchas sociedades que acceden a la revolución socialista a arrastrar atrasos impidiéndoles profundizar en ella. Cobra así, si cabe, más importancia el *mero* desarrollo de un movimiento revolucionario en los países “desarrollados” imperialistas; es decir, su propia existencia, mucho antes de un eventual triunfo. No ya por lo que se avance nacionalmente, sino por lo que supone de desestabilización en el corazón mismo del sistema, y de freno mayor para su agresividad a la periferia. Tal es como debiera abordarse la cuestión del *número* en nuestros países, teniendo en cuenta el valor estratégico que ofrece cada lugar. Es cuestión, más allá de la necesaria solidaridad, de *reparto de papeles revolucionarios*, donde el criterio del número no se aplica de la misma manera. Diez personas acosando los intereses y las sedes centrales de los imperialistas en las principales metrópolis dominantes para apoyar la lucha de los pueblos del “Tercer Mundo” es comparable a miles atacando sus sucursales allá lejos. En todo caso, la problemática de la acumulación de fuerzas revolucionarias en los países dominantes viene en gran parte definida, precisamente, por esa dominación que ejercen contra el resto del mundo. Parece que dejaron el horizonte de la revolución sólo para países atrasados, al tiempo que condenan a sus revoluciones a aparecer como “experimentos” no atractivos para los pueblos “desarrollados” al limitar su contenido socialista y las propias perspectivas posrevolucionarias. Por ello, aquí debemos promover potentes movimientos antiimperialistas. Porque apoyan a los procesos revolucionarios en los países dependientes, debilitan la propia retaguardia imperialista en las metrópolis y pone en marcha un movimiento práctico que facilita el trabajo de concienciación positiva por el socialismo, incluso aquí mismo, que vale más que mil proclamas.

5. La importancia del análisis internacional. Los revolucionarios deben seguir lo más fielmente posible el movimiento *real* de las contradicciones interimperialistas. El desarrollo de la revolución mundial

depende mucho del enfrentamiento entre las propias potencias, por lo que de aprovechamiento en diferentes terrenos (político, propaganda, etc.) nos permiten sus peleas, y de traducirse en conflictos bélicos directos, por conllevar debilitamiento y destrucción de sus aparatos de represión, de sus instituciones en general. Hoy menos que nunca, para seguir el movimiento de las contradicciones entre “los grandes”, podemos hacer caso de las apariencias diplomáticas; estas encubren demasiadas debilidades. Así, por ejemplo, mientras unos (los de la Unión Europea) están lejos de conformar un bloque imperialista que les posibilite ir por libres, otros (los yanquis) se dedican a incendiar el mundo a tumbos para prolongar una hegemonía sin base real para mantenerla incontestada; y que, si en su propio campo se le prorrogó más de la cuenta fue por motivos de “Guerra Fría”. En cualquier caso, la tendencia dominante entre ellos es la de crear y agravar conflictos *regionales* para dirimir sus propias diferencias. Desde luego, el caso más sangrante lo tenemos en Oriente Medio, cuyos pueblos martirizados ofrecen una resistencia heroica a la que debemos predisponer el apoyo máximo en nuestros países. Ello pasa por destacar los elementos positivos, de antiimperialismo, a menudo escondidos tras ropajes ideológicos o religiosos (indefendibles en sí para nosotros) que los voceros a sueldo de las potencias agresoras no pierden ocasión para utilizar a fin de paralizarnos y que les dejemos hacer. La lucha de resistencia en el mundo árabe y mulsumán es superior a las diferencias que puedan separarnos de los movimientos que la encabezan. Y es que incluso para el avance de esos pueblos contra mistificaciones religiosas y reminiscencias feudales, nada como desintegrar el (des)orden mundial existente, por civilizado y laico que lo vistan algunos de sus popes más “progres”. En ese combate realmente antiimperialista, aquellos pueblos están en primera línea pagando un sacrificio inmenso: les debemos honor y memoria ante tanta sangre vertida, que contribuye a liberarnos a todos de esa arrogancia efectivamente imperial, la cual se trastoca en miseria y fracaso ante la determinación de los pueblos que no se someten. Aquí podemos realizar muchas cosas que a esos pueblos les cogen muy lejos, y que son fundamentales para aliviarles (para aliviarnos) la presión. Una vez más es cuestión de reparto de tareas. Y de *organizarse* el ánimo para asumirlas.

Declaración político-ideológica como criterio de partida militante³

A pesar de crisis en el movimiento comunista internacional, a pesar de “caídas de Muro”, la única perspectiva de futuro sigue siendo la de la Revolución Socialista a escala mundial que supere el actual marco capitalista e imperialista. Un marco que después de más de un siglo –y ahora bajo los eufemismos de “neoliberalismo” y “mundialización”– mantiene a más de la mitad de la población mundial en la miseria; ha provocado una hecatombe social en los países del Este, librándolos al mejor postor; ha instalado la precarización crónica y la superexplotación en grandes sectores de población de los países desarrollados, comenzando pero no sólo, por los inmigrantes; y mantiene la situación internacional en permanente inseguridad bélica como consecuencia, no de pretendidas guerras antiterroristas, sino como siempre, de la pugna entre países imperialistas por mantener o disputar hegemonías. El socialismo no está predeterminado, pero sí la siguiente disyuntiva: “socialismo o barbarie”.

Para afrontar la crisis del movimiento comunista internacional es necesario ligarla en todo momento a la crítica de nuestra propia comprensión, tanto del movimiento histórico de superación del capitalismo como de la propia teoría revolucionaria marxista. Con el tiempo, y en la medida en que se desinflen las “neo-explicaciones” acerca del sistema que padecemos (así como las consiguientes propuestas de “tercera vía”) que levantaron el vuelo a partir de los “ladrillos rotos” de Berlín, se impondrá cada vez con más claridad que, *más que crisis de marxismo, lo que estamos pasando es una crisis de comprensión del mismo*. “Comprensión de la crisis, crítica de nuestra comprensión”, ese será un asunto mayor que los comunistas y

³ Lo que sigue es la parte final de una carta dirigida a los compañeros de *Insurgente* tras la detención que sufrí en 2006. En dicha misiva, en la que daba explicaciones acerca de mi relación con el PCE(r) y justo antes de entrar en ellas, decía: “...pienso que para que esta explicación sea realmente más completa debo incluir, aunque sólo sea a grandes rasgos, mi posición política general más allá de lo que se refiere a un partido en concreto. Por lo demás, que haya elegido los medios progresistas gaditanos para tal propósito no ha de extrañar, pues es entre ellos donde desarrollé el grueso de mi actividad militante hasta 1993, año en que tuve que pasar a la clandestinidad.”. Al ser una declaración de línea de conjunto, repite frases del texto anterior, si bien desarrolla más determinados puntos, pues no se hizo con el criterio de que se ajustara a una hoja por delante y por detrás. De alguna manera, y sin perder su condición de declaración sintética, complementa a *La comprensión como ánimo*. En cualquier caso, he preferido dejar el texto tal cual, a pesar de que pueda resultar en algún momento redundante con respecto al anterior, para que no pierda su carácter precisamente de conjunto.

revolucionarios en general deberíamos abordar. Ahora bien, este trabajo de rigor tendría que ser afrontado con la máxima flexibilidad política a la hora de encontrar “los mecanismos” que favorezcan la acumulación de fuerzas revolucionarias a partir de la situación adversa aún existente hoy.

La revolución socialista a escala mundial no habría que entenderla como una simple adición de países socialistas, sino como un largo y “único” proceso —que ya comenzó en 1917 en Rusia tras el emblemático precedente de la Comuna de París de 1871— donde en cada país (o grupo de países) se desarrolla un frente que tiene que ver con sus propias características y niveles de desarrollo socio-económico, así como nacionales. Cada proceso revolucionario, además de sus tareas nacionales y más allá de lo que piensen las propias masas que lo protagonizan, tiene un profundo significado internacional. En estrecha relación con esto podemos osar hablar de “reparto” de tareas entre los diferentes frentes revolucionarios. El rol de la lucha en los países dependientes no puede ir mucho más lejos (o al menos desde nuestros países más desarrollados no podemos exigirles que vaya mucho más allá) de abrir la veda contra el monstruo imperialista. El de la lucha en los “países avanzados” está llamado a ser todavía —en línea con lo apuntado por Marx en *La ideología alemana*— el de la consolidación de los avances socialistas mundiales, sólo sea en la medida en que es una lucha que debilita al imperialismo desde sus propias metrópolis. En este sentido, y sobre todo en lo que se refiere a los países de nuestro entorno desarrollado, cobra importancia la existencia *en sí* de un movimiento revolucionario por “minoritario” que sea y por lejos que aún resulte la “toma del poder”. Y es que, en definitiva, la cuestión del número no es “democrática”: decenas de personas movilizándose contra los intereses de los países o corporaciones que agreden en Oriente Medio o en América Latina pueden llegar a cobrar más importancia que miles que los estén combatiendo en esas “regiones periféricas”.

Concretamente en nuestros países “avanzados”, toda contribución al resurgimiento del movimiento comunista y a la lucha revolucionaria debería tener muy en cuenta las experiencias acumuladas por el nuevo movimiento revolucionario que se desarrolló en los años 70 y 80, sobre todo en Europa Occidental. Un movimiento revolucionario que, si mantuvo una fuerte crítica del “socialismo existente”, no fue para ladearse hacia el reformismo, sino bien al contrario, para reivindicar la necesidad de más lucha revolucionaria y de ejercerla consecuentemente en el centro mismo del campo imperialista.

Asimismo, debería brindarse en nuestros países el más amplio (y flexible) apoyo al movimiento antiimperialista mundial que se da en los

llamados países dependientes. Este amplio movimiento abarca desde los procesos revolucionarios que, por ejemplo, se dan en América Latina (incluyendo los que reivindican la soberanía nacional frente a las grandes corporaciones transnacionales) hasta los procesos insurreccionales en Oriente Medio (en Irak, en Palestina, en el Líbano...). Nuestro apoyo debería darse a pesar de nuestras distancias ideológicas y políticas con los procesos nacionales en esos países (o con quienes los lideran). No es cuestión de no plantear las diferencias y las críticas, sino de no sacarlas del plano de la discusión franca en que deben desarrollarse, a fin de optimizar el máximo de esfuerzos en debilitar al enemigo imperialista común.

Si es cierto que lo que se conoce como las “condiciones subjetivas” no goza de su mejor momento, aún es mucho más cierto que todas las previsiones de “fin de la Historia” y de armoniosa expansión sin fin del capitalismo internacional tras la Caída del Muro han resultado tan ridículas que hoy más de un Fukuyama⁴ quisiera hasta cambiar de apellido. A la inseguridad económico-social provocada por una onda larga de crisis financieras y de las “nuevas economías” –que tras haber golpeado a la periferia del sistema (en el Sudeste asiático, en América Latina, etc.) amenaza ya a los mismos países desarrollados⁵– se suma desde el año 1991 (primera guerra de Irak), y tal como ya hemos apuntado al principio, un creciente escenario de inseguridad bélica.

Pues bien, resulta clave para nuestra actividad política ir al fondo de la actual inestabilidad internacional poniéndola en relación, más allá de pretendidos “ejes del mal” y de las apariencias diplomáticas, con las propias tendencias guerreras indisociables al sistema capitalista; sobre todo, cuando no hay frenos ni contrabalances mayores como sí ocurría durante la Guerra Fría con la existencia del campo socialista liderado por la Unión Soviética.

En ese sentido, no sólo es cuestión de que tengamos en cuenta los diferendos del “campo occidental” en su conjunto con potencias como

⁴ En 1992, Francis Fukuyama publica *El fin de la Historia y el último hombre* donde mantiene que con la “caída del comunismo” y el fin de la Guerra Fría, culmina la lucha de las ideologías y se acabaron definitivamente las guerras y las revoluciones. En 2004 no tuvo más remedio que desdecirse en «Construcción del Estado: gobierno y orden mundial en el siglo XXI».

⁵ Aún la crisis capitalista no había alcanzado en toda su “dimensión pública” al centro mismo del sistema. Si bien esto ocurrió en 2008, quienes no habían abandonado las posiciones marxistas por las “neoexplicaciones” que proliferaron en los años 90, podían ver con cierta claridad cómo el boomerang de la crisis estaba a punto de volver a su sitio de lanzamiento. Ver justamente *La crisis boomerang*, pg. 51

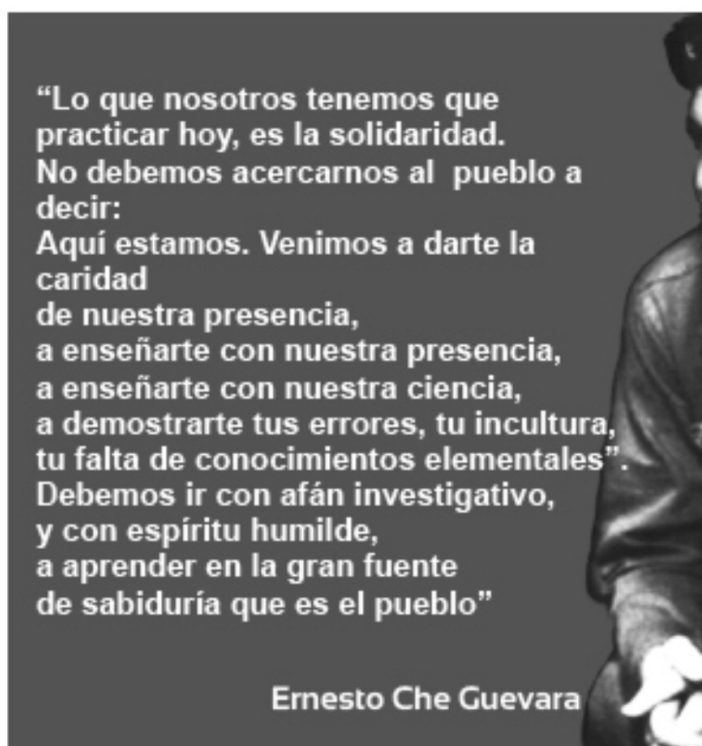
Rusia y China y con países que aspiran a jugar un papel de primer orden a escala regional, como Irán. Habría que poner mucho más el acento en las contradicciones que se incuban en el seno mismo de los países imperialistas avanzados —entre ellas las que se dan entre los EEUU y un núcleo duro de la Unión Europea (UE) en torno a Alemania—, contradicciones exacerbadas tras la desaparición del enemigo común soviético que había obligado a que todos ellos consintieran prolongar artificialmente la hegemonía absoluta e indiscutible que el “guardián de Occidente” había heredado tras la II Guerra Mundial. En realidad, desde hace mucho tiempo, desde la misma Guerra de Vietnam, los EEUU no cuentan con base económica para mantener en solitario su hegemonía. Pero sólo ahora pueden proliferar los discursos abogando por un multilateralismo en las relaciones internacionales (empezando por el que se mantiene desde la UE); discursos que precisamente persiguen liberarse cuanto antes de las servidumbres de todo tipo que a favor de los norteamericanos impuso el mencionado “peligro soviético”.

Pero los EEUU no pondrán fácil la puesta en cuestión de su hegemonía. Y es que, no en vano, si ellos no tienen base económica (ni ya suficiente liderazgo político ni diplomático) para prolongar aún más sus hegemonía, sí que mantienen *todavía* suficiente distancia en el terreno militar para provocar un brasero internacional que “enfrie” los intentos de otros por ponerse a su altura; o si no —y he aquí lo más perverso de la actual situación— para que, al menos, el campo occidental los siga necesitando para apagar los incendios que ellos mismos, los EEUU, no dudan en atizar. Así, si fue una guerra fría la que al final forzó más de la cuenta la hegemonía, al menos occidental, de los EEUU, estos están dispuestos a seguir alargándola al precio de más guerras... calientes si es preciso.

No cabe extrañarse de que las contradicciones entre potencias capitalistas tiendan “naturalmente” a agudizarse, a tenor de lo que ya han sido capaces de acarrear en el corazón mismo de su sistema en la primera mitad del s.XX. El hecho de que hoy sea más difícil que diriman directamente entre ellas mismas sus diferencias es lo que explica que durante mucho tiempo “tengan que” utilizar (y provocar) conflictos regionales —hoy principalmente, pero no sólo, en Oriente Medio— para disputar sus aspiraciones expansionistas contradictorias.

En general, para los revolucionarios es fundamental hacer el seguimiento de cómo realmente se encuentran “los de arriba” (tanto en el plano nacional como en el internacional). Pues, parafraseando a Lenin, y tal como demuestra la experiencia histórica, para las grandes

transformaciones revolucionarias no basta con que “los de abajo” no estén dispuestos a seguir viviendo como antes, sino que tendrá que ocurrir que “los de arriba” no han de poder continuar ejerciendo su poder como lo han venido haciendo hasta ese momento. A esto no vendría mal añadir – sin pretensión de enmendar la plana al líder bolchevique– que “los de abajo” no han de tardar tanto en “enterarse” de que a “los de encima” no les va tan bien. Esto implica hoy, por ejemplo, “enterarnos” de que el mundo capitalista desarrollado no conforma un Imperio omnipotente y único, liderado sin discusión por los EEUU sino que, bien al contrario, presenta muchas fallas. Esperemos que entre todos contribuyamos a que estas fisuras se reconozcan a fin de que no se tarde tanto en aprovecharlas. Que por nosotros la cosa... no falle.



Más allá de altibajos, vivimos la necesaria época histórica y mundial de la transformación del capitalismo en socialismo. La inauguraron «oficialmente» los cañonazos del Aurora en 1917 allá en Petrogrado, pero ya tuvo un hermoso precedente en la Comuna de París.

Tres textos para un folleto...⁶

1. CONSIDERACIONES PREVIAS

Desde que cayó el Muro de Berlín y se decretara “el fin de la Historia” como inicio de la tranquilidad eterna para el “triunfante sistema capitalista”, en realidad muchas cosas han cambiado, tanto en lo que respecta a la situación interna de este sistema como en lo que tiene que ver con los movimientos políticos que se le oponen. Y ha sido tal el sentido de esta evolución que, apenas un par de lustros más tarde, hasta aquel señor al que se le ocurrió lo del “fin de la Historia” se esfuerza por convencernos de que todo eso no es ya sino pura historia. En cualquier caso, es innegable que toda persona consciente –y en concreto, aquel que se haya identificado de una manera u otra con el otrora potente movimiento de lucha por el socialismo– hoy percibe un panorama con referentes bien distintos a los de entonces; lo que no podía de dejar de ser, como mínimo, fuente de confusión y desorientación para muchos y a los niveles más diversos. Este texto pretende contribuir a los esfuerzos por orientarse en el nuevo “ambiente político” donde actualmente ha de desarrollarse el trabajo militante en general. La manera elegida para hacerlo requerirá un poco de explicación. Pero antes de proceder a ella, introduzcamos un diagnóstico global de la situación con que nos encontramos hoy día. Vendrá bien no sólo para situar el contenido de este trabajo, sino, precisamente, para justificar la forma (de folleto) que adoptará.

A mi modo de ver, tres son los grandes rasgos principales que definen el panorama general actual, y que han de tenerse en cuenta por cualquiera que pretenda contribuir a la superación del sistema capitalista dominante: 1) una situación de doble inseguridad (bélica y social) ante el futuro para cada vez más amplias masas, dadas la inestabilidad internacional permanente y la extensión como una mancha de aceite de la precarización social; 2) una importante contestación política y en pro de la defensa de las conquistas sociales y económicas pasadas, pero en medio de una gran desorientación y confusión en lo que se refiere a los análisis y planteamientos políticos; 3) la persistencia de la crisis profunda del movimiento internacional por el socialismo.

⁶ Textos redactados en torno a 2003 y 2004 con la idea de hacer un folleto.

Tras la Guerra Fría nos anunciaban el fin de la historia de las guerras. Parecía que había unanimidad en que “un mundo, un sistema”, y que a partir de entonces estaría sentado al volante de un planeta feliz y ya “sin mayores historias” el inquilino de turno de la Casa Blanca. Pero pronto aparecería ante amplias masas una realidad un tanto más cruda: de las promesas de paz y tranquilidad hemos pasado a que sea algo normal el preguntarse quién será el próximo país en la lista de espera para ser atacado. Son muchos los que, a pesar de toda la manipulación propagandista en torno a un mundo árabe y musulmán fanático, señalan como origen principal de este ambiente de inestabilidad internacional a un imperialismo norteamericano dominante, que aparece como nunca sumamente agresivo, caprichoso y sin límites, aumentando así aún más la angustia ambiente, pues no se sabe con “qué van a salir mañana” y, por tanto, qué reacciones ello podría provocar en todo los planos y en todos los lugares.

Lo nuevo en todo esto –al menos, lo que más nos interesa destacar ahora– es que esa inseguridad ambiente es fuerte también en el llamado Primer Mundo. A ello contribuyen los propios “desencuentros” que surgen en las relaciones entre países que han conocido una sólida alianza; lo que ha permitido, por ejemplo, que públicamente se haya considerado más injusta la última intervención imperialista en Irak y que se haya sabido de ella más cosas que de la primera en 1991, cuando ambas son igual de injustificables y de criminales. También alimenta la inseguridad lo difuso e inasible que aparece eso de “meternos en guerra por civilizar el orden internacional”. Desde luego, este sentimiento de inseguridad en los países occidentales no puede compararse con la cruel “percepción” que sienten los pueblos directamente agredidos (Yugoslavia, Afganistán, Irak,...) y aquellos que se ven asignados en la siniestra lista de espera (Irán, Siria, etc.). Pero lo cierto es que podemos hablar de una “mundialización” de la incertidumbre ante la suerte que pueda correr la paz en el futuro. Una incertidumbre que es mayor incluso que durante la Guerra Fría. Al menos entonces, se consideraba que las amenazas estaban como más definidas y contrapesadas, hasta el punto de que mucha gente liga el fin de aquella, de la Guerra Fría, a la actual deriva agresiva y caprichosa del imperialismo norteamericano, pues ya no está el contrapeso de la Unión Soviética.

En todo caso, e independientemente del grado de lucidez en la comprensión de los verdaderos orígenes de esta situación de inestabilidad internacional, no cabe duda de que esta favorece la movilización popular contra la guerra, como se ha visto en el seguimiento masivo que han tenido las manifestaciones en los países occidentales. Ello supone un factor de

desestabilización política para el orden establecido y una posibilidad para el trabajo militante entre amplios sectores populares.

Por otro lado, esta situación de belicismo internacional se ve correspondida en el plano estrictamente nacional con el reforzamiento de legislaciones reaccionarias y represivas por parte de los Estados “democráticos”. De tal suerte que la “democracia occidental”, que obtuvo un espaldarazo ideológico con la Caída del Muro y los movimientos prooccidentales de los países del Este, ha perdido mucho de su aura en sectores importantes de la población, no ya en aquellos países, sino en los “democráticos de toda la vida”. En efecto, sin olvidar que elementos más atrasados y desclasados son susceptibles de ser manipulados de forma reaccionaria (en nombre de la seguridad interior, contra la “invasión de inmigrantes”, etc.), lo más interesante para nuestro trabajo militante es que entre sectores politizados que hasta hace poco han mantenido bastante ilusionismo sobre los Estados democráticos occidentales crece la denuncia contra las derivas involucionistas de los mismos. Hoy, ver estos Estados como aparatos de contrarrevolución organizada es algo que trasciende ya los límites del movimiento revolucionario europeo de los años 70 y 80 que siempre lo tuvo claro, entre otras cosas, porque lo sufrió (y lo sufre) “en carne propia”.

En cuanto al miedo al futuro por la situación social, nos encontramos ante un fenómeno que va más allá (o más acá) de los países que siempre han estado en la periferia del sistema. La inestabilidad social alcanza de lleno, como no se ha visto después de décadas, a un mundo desarrollado que se creía al abrigo de problemas crónicos de paro, de miseria, etc. Lejos se atisban los “treinta gloriosos”, pero no sólo en el pasado, sino en el futuro. Esa inestabilidad viene reforzada por la creencia de que la miseria y la precarización no son algo coyuntural —que una próxima legislatura pudiera resolver—, sino algo a lo que hay que acostumbrarse en nombre de una “mundialización imparable” que por fin, nos dicen (nos amenazan), puede desplegarse sin los obstáculos “artificiales” que imponía la vieja lucha de sistemas de posguerra. Hasta sectores de “clase media”, que han servido siempre de sustento social para el sistema, son alcanzados por una degradación de sus condiciones de vida. Pero también hay que señalar que esta precarización social lleva a la división dentro de los trabajadores (fijos/contratados, nacionales/inmigrantes, etc.); cunde el “sálvese quien pueda”, y la represión laboral a menudo ahorra la represión física y política. Incluso el sindicalismo más reformista y oficialista entra en crisis, pues la patronal lo requiere menos. Todo esto sucede, en gran parte, porque persiste aún un reflujo de movimientos políticos de masa.

Ante esta doble situación de inseguridad popular (bélica y social) y ante las propias contradicciones internas del sistema, la contestación global está aún bastante atrasada, tanto en sus planteamientos teóricos y políticos como en su respuesta práctica. Ciertamente que ya hace tiempo que se tocó fondo, tras aquellos años a caballo entre los 80 y los 90 en que las “revoluciones” (pensemos en el Este europeo) se producían para favorecer a los contrarrevolucionarios, con el consecuente desprestigio para la lucha anticapitalista y antiimperialista. Paradójicamente, las últimas “revoluciones de colores” confirman que ya lo peor ha pasado. Pues han terminado por resultar tan caricaturescas que hasta hay vacantes entre los engañadores oficiales para halagarlas y comentarlas. Y lo más importante: mucha gente se ha curado en salud y afina bastante más a la hora de ver la farsa y los intereses que hay detrás. Pero, como ya apuntamos al comienzo, la salida de lo peor va a significar la entrada en un “ambiente político” ciertamente cambiado. ¿Cuáles son las nuevas referencias con las que tenemos que contar en nuestro trabajo político y práctico?

Una mención especial en el panorama general de la contestación al sistema merecen los fuertes y crecientes movimientos populares progresistas y de resistencia antiimperialista (en América latina, en Irak⁷, entre otros) que se dan en los países que históricamente han venido siendo sometidos, directa o indirectamente, por el imperialismo. Ellos están en buena medida agudizando los problemas y contradicciones en el interior del “nuevo orden internacional”, así como ofreciendo banderas de optimismo a nivel mundial tras ese chaparrón de desesperanza que cayó en los 90. Ya más particularmente en los países de nuestro entorno, un fenómeno nuevo y generalizado que se ha venido presentando ante nuestro trabajo militante es el protagonizado por el “altermundialismo”. Aunque no se trate de un movimiento estructurado y haya en él mucha diversidad, lo cierto es que mucha gente deseosa de movilizarse contra el “orden impuesto por los grandes” y contra la guerra ha hecho suyo diagnósticos, recetas y hasta un tipo de lenguaje que porta la impronta altermundialista en mayor o menor grado.

Hay que empezar por reconocer que ya es *en sí* positivo el hecho de que, tras aquel anuncio del fin de la lucha política contra el sistema (que es, en definitiva, lo que significaba el “fin de la Historia”), se haya venido

⁷ Hay que tener en cuenta la rápida resistencia desarrollada a la ocupación de Irak tras las celebraciones por la victoria militar en la primera fase de la invasión.

dando una movilización política en el mundo más desarrollado contra el nuevo orden internacional. Pero conforme la gravedad de la situación internacional vaya exigiendo más perentoriamente la necesidad de mayor precisión política, tanto en los análisis como en las alternativas a desarrollar, se impone una serie de aclaraciones, empezando por los conceptos mismos que se utilizan: mundialización, neoliberalismo e Imperio, defensa y mistificación por algunos de los “Estados de Bienestar” europeos frente, precisamente, a ese neoliberalismo...

Al mismo tiempo, el fin del “fin de la Historia” debe suponer también el fin del arrinconamiento de “viejos” presupuestos teóricos y políticos que, de nuevo, han demostrado su validez. No obstante, abordaremos esto con mucha flexibilidad, paciencia y ausencia de sectarismo práctico, ya que mucha gente se ha agarrado a ese difuso “otro mundo es posible” altermundialista ante la “evidencia” histórica de que, de pronto y de forma traumática, el odiado capitalismo se quedó sin su alternativa clásica de siempre: el socialismo. Hasta tal punto ha ocurrido esto, que no será posible entablar una posición justa ante este fenómeno de búsqueda de “otros mundos posibles” y, en general, situarse correctamente en el ambiente político de hoy, sin afrontar la propia crisis del movimiento comunista: el otro gran rasgo del panorama político actual a tener en cuenta.

Evidentemente, la impresión de la crisis del comunismo en amplios sectores está ligada a la suerte corrida por el proceso histórico real del socialismo, con la implosión final que tuvo lugar en los países del Este europeo, y que tanto afectó a movimientos revolucionarios en distintas partes del mundo. Como no podía ser de otra manera, esta crisis histórica ha conllevado además consecuencias teóricas, a la hora de plantearse la comprensión y superación del mundo actual. La crisis particular (allí) del “socialismo real” ha llevado a la crisis general (en todas partes) del marxismo, independientemente de la opinión que a este le pudiera merecer aquel. La desconfianza en el marxismo –por, supuestamente, no haber “olido” lo que ha pasado ni poder explicarlo– es algo que ha llegado a afectar incluso a muchos militantes sinceros y comprometidos a fondo con el comunismo.

Y sin embargo, si de crisis de marxismo hay que hablar es, sobre todo, de su comprensión. Efectivamente, la crisis del marxismo está directamente ligada a un conocimiento *superficial* que tenemos del mismo; en todo caso, a un conocimiento *insuficiente* del marxismo para épocas problemáticas como la actual, donde parece que todo está por inventar y,

de hecho, nos vemos sometidos a una presión constante para cambiar hasta de lenguaje y así “estar al día” y no parecer trasnochados. Ahora bien, para facilitar esa toma de conciencia deberemos admitir que ha habido una base histórica sobre la que se ha alimentado esa desconfianza en la propia teoría revolucionaria, que explica que hoy se exija mucho más que conocimientos superficiales para no caer en ella, en la desconfianza. Hay que reconocer, pues, que dentro de nuestro movimiento se ha ofrecido demasiados elementos que, por no hablar más que desde el punto de vista teórico, han ido contra el propio marxismo y su correcta asimilación y fusión con el movimiento revolucionario y obrero⁸.

Por tanto, el esfuerzo por comprender lo que ha pasado debe ser acompañado por el análisis de cómo lo que realmente ha ido ocurriendo durante tantos años se ha ido teorizando, y cómo ha ido afectando a la propia suerte del marxismo y de “su imagen”. Y cómo finalmente todo ello ha podido afectar a nuestra propia comprensión y asimilación de esta teoría revolucionaria. En definitiva, **la comprensión de la crisis histórica del movimiento comunista no podrá hacerse sin la crítica (teórica) de nuestra comprensión**. Esto define una tarea inmensa, que requiere de una intervención colectiva y progresiva en el tiempo. Cuanto más, si la afrontamos con el mayor sentido práctico posible, poniendo las conclusiones a que se vayan llegando al servicio del trabajo político y a la lucha de ideas que día a día deben inevitablemente abordarse.

2. CRÍTICA A “LA MUNDIALIZACIÓN Y AL NEOLIBERALISMO”

En realidad, no ha aparecido ninguna mundialización que no venga de antes, si por ella entendemos la “mercantilización” —o sea, la invasión del capitalismo— de todos los sectores de la actividad económica y social en todos los países. Esto es una *tendencia* intrínseca a este modo de producción y comenzó a materializarse a gran escala no hace dos décadas, sino hace más de un siglo y medio. Ni tampoco hay “economía de mercado” donde los capitalistas no *persigan* el neoliberalismo, entendido este como el afán de destruir todas las trabas a la obtención de la máxima rentabilidad. Otra cosa son los límites y contradicciones mismos de ese modo de producción, las características de cada país, la resistencia de los pueblos, tanto a nivel

⁸ Ver siguiente texto: *Algunas generalidades sobre la diferente naturaleza del marxismo y el movimiento obrero, y cómo (no) debemos abordar la labor de su integración*.

nacional como mundial, que conjuntamente le impiden al sistema alcanzar exactamente a lo que tiende, lo que persigue. Pero nunca se ha llegado al punto de que incluso la economía social de mercado más “avanzada” haya dejado alguna vez de ser en sustancia una *economía de mercado de lo social*, integrante de un mismo sistema capitalista que llega a pagar un salario más elevado a un sector medio aquí (en el centro del sistema) y sobreexplota o simplemente expolia recursos materiales y financieros a bajo precio allí (en la periferia). Es clave no olvidar esto nunca.

No estamos, por tanto, ante nada tan nuevo que implique cambiar hasta el lenguaje porque las “viejas explicaciones” ya no sirvan. Efectivamente, lo que está pasando tiene mucho de rancio: los imperialistas, tras la desaparición del dique que suponía el “otro sistema” y el debilitamiento de la lucha por el socialismo, se lanzaron en tromba para recuperar el “tiempo perdido” (¡y el espacio!) en su designio insaciable por buscar donde sea y como sea esa máxima rentabilidad del capital. Y se lanzaron en tromba también allí donde se creían seguros en la burbuja de los “Estados del bienestar”. Y es precisamente la mistificación generalizada de estos como “terceras vías”, la que ha llevado a muchos a seguir la corriente y a contribuir a mistificar también el lenguaje; ciertamente en muchos casos, con la loable intención de dejar sin efecto aquel decretazo del fin de la Historia de la lucha de los pueblos, lanzado a comienzos de los 90. Pero más hubiera valido realizar un balance histórico crítico de aquellos “modelos sociales” en el campo de países desarrollados incluyendo las renunciaciones y los costos *a nivel mundial* que supuso el advenimiento de los mismos. Eso ayudaría, paradójicamente, a defender las mejoras conseguidas, concluyendo que ese “otro mundo es posible” nunca tenían que haber abandonado como perspectiva: el socialismo internacional⁹.



Cierto que la mundialización conlleva la pérdida de soberanía de los Estados nacionales. Pero más que nada de los débiles. Por lo que se refiere al campo de países dominantes, los grandes grupos capitalistas buscan reforzar sus aparatos de Estado —o llegar a una organización regional más potente— en todo lo que se refiere a los mecanismos de coerción tanto

⁹ Al “siembra revolución y, al menos, obtendrá reformas” de Lenin, nosotros nos permitimos añadir “y sé reformista, y terminarás por perderlas”.

financiera como militar para “pasearse” por el mundo y tomar posiciones de fortaleza en la propia competencia interimperialista. Una competencia que, lejos de debilitarse, se agudiza con la mundialización, sólo sea porque ya no puede existir la misma la unanimidad en dejarse “hegemonizar” por los Estados Unidos que sí tenía sentido durante la Guerra Fría. En todo caso, todos siguen siendo muy unánimes en eso del neoliberalismo... a la hora de exigírselo cada uno al otro. Y sobre todo, para demandarlo a todos los trabajadores; también a los “suyos”. Es esto último lo que más da la impresión de que el Estado se debilita, porque efectivamente se desmontan legislaciones que consagran mejoras históricas. En definitiva, todos *tienden* a reducir a aquel, el Estado, lo más posible a su aspecto policial-militar y a fortalecer las instituciones jurídico-económico-financieras que les protejan *interiormente* contra la “competencia desleal” de grupos extranjeros; e *internacionalmente*, contra el “proteccionismo desleal” de capitalistas locales a los que quiere desbancar y que osan considerar sus países como feudos en contra de la “libertad de empresa” de siempre.

No en vano, el Estado (ya sea el propio o el ajeno) se ha convertido en *factor económico de primer orden* insoslayable en una época de concesiones de parte de mercado que implican inversiones y beneficios fabulosos. Incluso en muchos países dependientes, lo que a menudo aparece como debilitamiento de un Estado (o de un conjunto de Estados) no es sino la transición que en esos países más débiles fuerzan las potencias capitalistas. Estas, en competencia entre ellas, persiguen redibujar la carta de influencias internas en aquellos países dependientes. Así, en nombre de mi libertad de empresa destruyo aquello a lo que aspiro en otro país, para luego protegerlo, si lo consigo, de las “otras libertades de empresa”. Es decir, invoco la “libertad de mercado”, con su consiguiente crítica del intervencionismo del Estado ajeno, como paso previo para conquistar algo que luego protejo con el mío.

3. CLARIFICACIÓN EN LA MOVILIZACIÓN

A pesar de la confusión política y teórica que reina, y dada la persistencia del reflujo en el movimiento político de masas, hoy día la lucha contra la “mundialización” y el “neoliberalismo” no puede sino favorecer la lucha contra el imperialismo y el capitalismo. Y en definitiva, todo *movimiento real* contra el sistema —ya sea contra sus síntomas o por “otro mundo es posible”— trabajará *objetivamente* por el socialismo, independientemente de cómo se explique ese movimiento y (no) se etiquete a sí mismo.

Sencillamente, porque otros objetivos que no signifiquen socialismo no son posibles en la actual época de imperialismo y decadencia.

Ocurre lo mismo que con la resistencia de los pueblos oprimidos, que es un factor mayor para el debilitamiento del imperialismo, por más ropajes patrióticos o, incluso, de orden religioso que pueda portar. Por eso, a pesar de sus deficiencias políticas y teóricas, debemos favorecer tanto la lucha contra la “mundialización neoliberal” como la solidaridad activa con la resistencia en el Tercer Mundo. Y ello, en la medida en que impliquen *movilización política* del mayor número de personas. En definitiva, hemos de abogar por la “clarificación en la movilización”: esa es la mejor consigna para que, sobre todo hoy, nuestro *imprescindible* y permanente *rigor* teórico e ideológico no se traduzca en un sectarismo político contrario a nuestra brega por aumentar de nuevo las posibilidades revolucionarias.

... Y uno previo

(escrito en 2003)

ALGUNAS GENERALIDADES SOBRE LA DIFERENTE NATURALEZA DEL MARXISMO Y EL MOVIMIENTO OBRERO, Y CÓMO (NO) DEBEMOS ABORDAR LA LABOR DE SU INTEGRACIÓN

La situación que viene atravesando el movimiento comunista y, en general, el movimiento revolucionario no podía dejar de traer una nueva puesta en solfa del marxismo. La burguesía ha aprovechado lo ocurrido, sobre todo tras lo del Muro, para ver si esta vez realizaba su eterna obsesión de dar el tiro de gracia definitivo a la teoría del proletariado; y que sólo nos quedase rendirnos (en el sentido más estricto del término) ante la «evidencia de la inmutabilidad» de su dominio. Es normal: a la burguesía le va en su interés no entender nada y extender la epidemia de su ignorancia. A nosotros tampoco nos interesa explicarle la problemática inherente a su desaparición como clase, ni es cuestión de que le «llamemos la atención» por poner en solfa lo que nunca supo ni sabrá. Lo que, en realidad, debe preocuparnos son los límites dentro de nuestro propio movimiento para entender nuestros problemas y dificultades; en definitiva, para ver cuánto hay de causas internas en todo ello.

En este sentido, nos interesa destacar que un factor interno de envergadura que ha venido alimentando los problemas en nuestro movimiento ha sido la *integración limitada* (cuando no defectuosa) del marxismo en el movimiento obrero y revolucionario mundial. Integración limitada que, a su vez, hoy nos impide entender y caracterizar bien la propia crisis del movimiento revolucionario, y comprender el *significado histórico* positivo que podemos hacerle jugar. Ese defecto de integración nos obliga, en primera instancia, a considerar la insoslayable e importante actividad teórica que actualmente tenemos que realizar, relacionándola en sus justos términos con respecto a todo lo que ya se ha teorizado.

Pero no conviene olvidar que hoy más que nunca esa integración (entre marxismo y movimiento obrero) se caracteriza en gran medida por estar sujeta, en esencia, a las mismas leyes bajo las cuales los pueblos avanzan en su conciencia. Sólo así tendremos más claro cómo deberemos (con qué estilo) interrelacionar la imprescindible actividad teórica que hoy se nos plantea con nuestra práctica política. Sólo así tendremos claro, en definitiva, qué es lo que (no) debemos hacer a fin de que nuestra lucha teórica impulse y enriquezca una actividad política más amplia que permita,

a su vez, que las ideas justas progresivamente dejen de ser de «unos pocos» y sean abrazadas por «los más».



La necesaria integración entre marxismo y movimiento obrero supone de por sí un largo proceso histórico que no es ajeno a altibajos e incluso a distanciamientos mutuos. Me refiero a distanciamientos entre el desarrollo objetivo (es decir, en los hechos) de la lucha de clases (incluidas las experiencias socialistas) y, por su parte, el nivel de comprensión y elaboración del marxismo que tiene lugar en cada experiencia. Que sea susceptible de darse esta separación relativa viene de la *naturaleza* y *procedencia diferentes* que tienen el marxismo y el movimiento obrero (cuanto más, el movimiento popular en general), por más que el primero no pretenda otra cosa que servir al segundo.

La misma lucha por el comunismo nació antes de que el propio Marx fuera marxista. Y por otro lado, el marxismo resolvió cuestiones en el plano teórico todavía pendientes de que se traduzcan conscientemente en la lucha práctica, de que tomen «carácter de masas». Por lo mismo, la suerte del marxismo como teoría no está ligada directa y automáticamente a los vaivenes revolucionarios. Ni para lo bueno ni para lo malo. No entender esto lleva históricamente, por ejemplo, a atribuir triunfos desmedidos a la teoría fundada por Marx porque en la Revolución China dicha teoría se abrazara de forma masiva; o, por el contrario, a suponer que el marxismo esté cosechando tremendos fracasos porque «al final» la fanfarria occidental haya terminado por ser «tan celebrada» en países que la Historia había puesto en la tesitura de comenzar la construcción del socialismo.

Que el marxismo como teoría se mueve en un plano diferente que el estrictamente histórico, en el que las masas (y muchos de sus dirigentes) hacen su propia experiencia, lo tenemos en que ya desde sus comienzos (véase *La ideología alemana*) contemplaba las consecuencias tan perjudiciales que la presión del dominio burgués en las relaciones internacionales podría acarrear a toda experiencia parcial de construcción comunista (más exactamente, en la vía del comunismo). En *Comentario sobre 'lo universal y lo particular'*¹⁰ trato este asunto. Asimismo, desde el marxismo

¹⁰ Artículo que escribí en 1999 y que serviría de base para *Acerca de la teoría marxista sobre el desarrollo de los principios políticos en su relación con la práctica*, que es el que se incluye en esta recopilación.

siempre se supo de las consecuencias tan negativas que conllevaría el aplastamiento entre tanta traición, ignominia y sangre del movimiento revolucionario en Alemania poco después de la Revolución de Octubre (por hablar de la derrota proletaria más significativa en los países capitalistas avanzados). Consecuencias negativas que habrían de sobrevenir tanto para la suerte de la causa del proletariado mundial como para la propia consolidación del marxismo como teoría profunda y extensamente aceptada. Efectivamente, desde el marxismo se sabía que lo que (no) pasase en Alemania (y, por extensión, en el mundo capitalista más desarrollado) debería marcar el curso de la revolución mundial. Como así ha sido. Sin embargo, esto es algo que aún hoy no se tiene en cuenta suficientemente.

Ha sido un fuerte precio el que la burguesía y el imperialismo han hecho pagar al proletariado a fin de —desde luego, entre otras cosas más crueles— restregarnos el error de cálculo de nuestros líderes y, en definitiva, de que el marxismo era una teoría muerta. Pero que este está aún bien vivo y que es la única teoría desde la cual se puede contribuir a la superación de la realidad lo demuestra que la barbarie mundial creciente a la que asistimos fue la perspectiva sombría que los líderes más eminentes del movimiento comunista esperaban de seguir el dominio de la burguesía en los países capitalistas avanzados. Hoy, hasta mucha burguesía tiene miedo de adónde nos va a llevar (incluido ellos) su podrido orden. ¿No es cierto que, ante esta confirmación sin discusión de la perspectiva sombría que ya hace tanto tiempo el marxismo hizo, todo lo referente a previsión de fechas sobre revoluciones nacionales concretas (e incluso al orden cronológico en que se suponía que se darían las revoluciones nacionales) se mueve en un plano *muy inferior* en importancia?

Hay que hacer frente, pues, al pesimismo que el «capitalismo victorioso» desea inocularnos acerca de la derrota del marxismo. Este habrá de dar aún muchos quebraderos de cabeza. Empezando por nosotros mismos y por nuestra responsabilidad en su utilización. Nosotros también debemos aprovechar lo ocurrido y demostrar, por ejemplo, que la ausencia del Muro no es precisamente lo que más le convenía a la burguesía para su tan ansiado escenario de fusilamiento final del marxismo.



Es cierto, pues, que tenemos una amplia y profunda actividad teórica pendiente. Sin embargo, lo primero que tenemos que preservarnos es de caer en el ridículo de confundir lo nuevo que nos toca elaborar con la

ingente labor pasada que supuso echar los cimientos de la teoría del proletariado mundial: una labor de fundación ya realizada, valga la redundancia, en lo fundamental. En realidad, y como ya ha habido más de una ocasión de recordar, en el terreno teórico a nosotros nos incumbe una labor bastante más modesta. De momento, tenemos que reconocer que nos toca comprender mucho mejor lo que ya se suponía que estaba asimilado. Y restañar más de una herida que los avatares de la dura y complicada realidad han provocado en el «edificio teórico» del marxismo; sólo sea en lo referente a cómo desde las posiciones de vanguardia en la lucha lo hemos vulgarizado por aquello de que a fin de cuentas debe ser una teoría «sencilla» por ser sencillo el pueblo al que va dirigido. A veces nos hemos dejado acariciar por la suficiencia de quien ya cree que se ha despegado... de lo «sencillo», cuando resulta que aún estamos a leguas de la altura teórica, por ejemplo, de ese Lenin que llegó a exclamar: *«por tanto, ningún marxista ha comprendido a Marx medio siglo después»*. (“Resumen de la *Ciencia de la Lógica* de Hegel”, *Cuadernos Filosóficos*, 1914)

En cuanto a aquello que en el terreno teórico nos toca elaborar, ya hemos indicado que tenemos la necesidad de caracterizar la crisis actual de nuestro movimiento como palanca para salir de la misma. Con respecto a la profundización y extensión de los procesos revolucionarios (que es lo que más directamente nos atañe), debemos avanzar en la sistematización de todo lo relacionado con *la práctica* de la lucha de clases acumulada hasta hoy; todo lo que la burguesía y el imperialismo, mediante sus crímenes sin límites, nos han aleccionado acerca de las *vías* que el proletariado y los oprimidos deberán tomar para su liberación. Hace ya demasiado tiempo que la lucha de clases se ha convertido en una guerra efectivamente sin límites donde, si sobra ilusión (que la sobra), es en nuestras filas. No habrá movimiento revolucionario sin que se asuma esta práctica. Y debe ser *a nivel mundial* como ha de estudiarse la experiencia de los trabajadores, y el pueblo en general, a fin de conocer lo que la burguesía hace o es capaz de hacer *en cualquier parte* con tal de no ceder. Pues bien, es evidente que, por su misma naturaleza, esta teorización de la práctica de la lucha de clases, a fin de que se convierta en principios de la línea política del proletariado mundial, sólo podrá realizarse *desde la propia práctica*. Cuestión esta que nos lleva directamente a cómo se ha de relacionar, hoy más que nunca, nuestra labor teórica precisamente con nuestra actividad práctica.

Para ver claro en qué términos se nos plantea hoy esta cuestión tenemos que partir de que entre el proletariado y los oprimidos en general se ha creado un fuerte sentimiento de constantes derrotas que alimenta la

desmoralización, la impotencia y la desconfianza en sus propias fuerzas. No va a haber predisposición a la clarificación teórica, incluso entre elementos relativamente avanzados, si no es *en paralelo y a partir de* la práctica. Y sobre todo, a partir de una práctica diferente. Porque la lucha de clases es sobre todo una relación de fuerzas, donde la moral y la fe en que es posible vencer juegan un gran papel en la acumulación de fuerzas revolucionarias. La teoría más útil no es la que repita lo que está más que asentado en la memoria de la clase (por más que parezca que esta ya no cree en ello). No es la que te convenza de que no «hay derecho al enorme poder que tienen estos parásitos de burgueses», sino la que te muestre cómo les podemos parar los pies, al tiempo que preparamos su pase al museo de la Historia sin que se escapen de nuevo de la vitrina. La teoría que más nos urge no es la que explique lo que se va a hacer *después* de vencer, sino la que aclare *cómo* podemos vencer.

Ya con respecto a sacar conclusiones de lo sucedido hasta hoy, la actividad teórica que más necesitamos es la que nos ayude a comprender la lógica de nuestra propia historia; convenciéndonos (porque es así) de que en mucho de aquello que en un corto lazo se había (o se ha) configurado como una derrota, en realidad, hay más de victoria que de fracaso. ¿Acaso no es lo que ocurre, por ejemplo, con la Comuna de París, que todos la celebramos como un hito triunfal, a pesar de que sobre sus actores directos se cerniera una gran tragedia sin precedentes? Pero hasta esta labor de explicación histórica requiere de un contacto estrecho con la clase a fin de ver dónde hay que poner el acento.

En realidad, para convencernos de que nuestra labor teórica debe abordarse *en relación estrecha* con el desarrollo del movimiento práctico, bastaría con que reparásemos en que nuestra misión, como ya se ha indicado, no es la de establecer fundamentos de concepción del mundo alguna. Hemos de recordar que ni siquiera los fundadores de nuestra teoría se encerraron en la burbuja de la «pureza teórica». Añadamos en que hoy en día, dada la desconfianza *a priori* que recibe cualquier discurso teórico, la práctica juega un papel singularmente destacable para que se abra paso *cualquier* labor teórica (tanto nueva, como la de «repaso de lo viejo»).

Con lo dicho hasta ahora, en realidad, hemos advertido que debemos desterrar toda tentación de teoricismo bajo el argumento de que se requiere una fuerte comprensión de la teoría «en sí» y de que, efectivamente, debemos ser intransigentes en la lucha teórica. Pero si hay algo contra lo que especialmente debemos preservarnos —arguyendo la necesidad de llevar a cabo una lucha teórica rigurosa sin concesiones— es contra cualquier

suerte de *sectarismo político* a la hora de abordar la acumulación de fuerzas revolucionarias.

Lo anterior quiere decir que el trabajo de acumulación de fuerzas revolucionarias pendiente (diferente del trabajo de organización interna) debe ser abordado con un criterio lo más amplio posible. Sobre todo en la coyuntura actual. Porque si bien es verdad que una de las consecuencias de la *actual* crisis de nuestro movimiento es que las ideas correctas encuentran dificultades para incidir positivamente en el movimiento práctico, no menos cierto es que también las tonterías que se escuchan tienen poca incidencia negativa a la hora de que la gente se mueva o no. Así, a la hora de encarar nuestras relaciones políticas y, en general, nuestra actividad práctica «ajena» a nuestro propio trabajo de organización interno (que deberemos saber separar y preservar), tendremos que tener presente que lo destacable hoy es que objetivamente hay más condiciones que nunca para que amplios sectores populares se *tengan* que mover.

Efectivamente, a pesar del reflujo del movimiento revolucionario, y precisamente por ello mismo, el propio movimiento práctico va a jugar un destacado papel en crear mejores condiciones para la orientación «externa» propia de los comunistas. Las va a crear porque el imperialismo y el capitalismo van quedando cada vez más identificados como la única fuente de desastres; desastres ante los cuales se estrellarán toda suerte de teorías reformistas, aparentemente alternativas, por más modernas y «globalmente aceptables» que se nos presenten. Será en el propio movimiento práctico donde por un buen tiempo encontraremos el mejor aliado, no sólo para que haya un movimiento efectivo que el marxismo oriente (cosa «de cajón»; si no, ¿cómo orientar lo que no existe?) sino para que dicho movimiento práctico proceda a una «selección natural», que ahorre al marxismo tener que rebajarse a entablar batallas poco serias contra ideas francamente peregrinas que el desorden y la confusión actuales hacen hoy inevitables. Esto cobra máxima importancia cuando nos encontramos con que todavía no hay un trabajo previo suficientemente elaborado sobre el que basar la labor más especializada y de organización interna entre los comunistas, por más que esta debe estar presente en nuestros planes desde el principio y determinar siempre el estilo y los «cuidados» de nuestro trabajo, sea cual sea este.

Especialmente hoy será en la práctica donde habrá de combatirse la desmoralización, la impotencia y hasta la desidia. Tal debe ser la importancia que debemos dar a los avances prácticos reales, analizando qué significado real tiene tal o cual movimiento más allá de lo que diga defender. Es decir, que deberemos reparar en la traducción práctica positiva

que pueda tener tal o cual movimiento o corriente más allá de sus presupuestos político-ideológicos. En estrecha relación con esto, debemos analizar también por qué determinadas ideas sirven para abanderar determinados sectores populares; o mejor dicho, a pesar de dichas ideas. Lo haremos conscientes de que *hay* la necesidad de moverse contra el imperialismo y la voluntad de que hay que hacerlo, por un lado, junto con la crisis del movimiento comunista, por otro, hacen que mucha gente se enganche a una determinada «movida» sin ni siquiera plantearse la (falta de) seriedad de sus planteamientos teóricos.

Los comunistas debemos «ayudar» a que determinadas actitudes se traduzcan prácticamente en mucha más seriedad de la que se les puede adjudicar a tenor de la inconsistencia de los programas, objetivos y consignas en las que dichas actitudes se reconocen. Dicho de otra manera: en la coyuntura actual deberemos separar muy bien el rol político y práctico que pueden jugar determinadas personas y movimientos (incluso sin que ellos lo pretendan) de las ideas y teorías que profesan. *Lo que debe importar en el terreno político es la tendencia objetiva al enfrentamiento con el enemigo de clase.* En este sentido, por ejemplo, un movimiento práctico que demande reformas posibles –porque todavía el sistema tenga margen para concederlas– será menos avanzado que otro que no incorpore en su discurso la destrucción del sistema pero que exija para ya reivindicaciones que sólo podrían darse si la burguesía se hiciera el haraquiri (por tanto, dejando mucho que desear desde un punto de vista teórico correcto). Lo primero, tiene la virtud de lo correcto, pero también el riesgo de la conciliación; lo segundo, tiene el límite de la confusión, pero también la virtud de abocar a la antagonización con el sistema y a una posterior decantación de un sector en lucha por el programa comunista tras su experiencia directa.

En realidad, nada de lo que hasta aquí se ha dicho es nuevo. Los comuneros de París, en su mayoría, no eran marxistas, sino afectos a diferentes corrientes idealistas. Sin embargo, día tras día, la realidad los obligaba a asentar el triunfo práctico del marxismo así como a evidenciar la derrota de sus propias teorías plenas de influencias pequeñoburguesas y utopistas. Y es que una vez que la clase se mueve y se enfrenta a la burguesía, sólo puede hacerlo en el sentido de crear mejores condiciones objetivas para la extensión y profundización del socialismo científico. Cuando te enfrentas a la burguesía, la práctica te obliga a actuar de forma mucho más consecuente de la que tu propio discurso reconoce. En otros términos, y tal como nos explicaba Engels, cuando te mueves lo haces (lo

tienes que hacer) de forma dialéctica por más que no entiendas (en teoría) nada de dialéctica. E incluso la niegues.

Podemos aún citar más experiencias de cómo relacionar nuestra intransigencia teórica con nuestra flexibilidad política, sobre todo cuando se requiere que la clase se constituya como tal o salga de un período de pasividad. Por ejemplo, Marx enjuiciaba muy negativamente a Lasalle, considerándolo como un problema para la clarificación teórica del socialismo en Alemania. Pero lo hacía al mismo tiempo que reconocía que no se podía entender la fuerza del movimiento obrero en esa nación sin el liderazgo político y práctico ejercido por el mismo Lasalle. Por su lado, Lenin separaba mucho las ideas mencheviques de la importancia real del trabajo práctico de los mencheviques entre una parte de la clase obrera rusa. Efectivamente, el bolchevismo supo muy bien aprovechar contra el menchevismo el propio trabajo real, práctico, entre la clase obrera que los mencheviques hicieron. Ya en un ejemplo último de separación de los planos teórico y político (pero ahora, en cierto modo, en sentido contrario al mencionado antes de Lasalle), el mismo Lenin siempre reconoció el mérito de Plejanov en cuanto a la introducción del marxismo en Rusia, pero este reconocimiento no fue óbice para que se situaran en bandos opuestos con respecto a la Revolución de Octubre.

Cierto que a muchos de los «teóricos» que hoy aparecen en el horizonte no debemos hacerles el favor de asociarles el gigantismo propio ni de un Plejanov ni de un Lasalle. Pero ciertamente también, nosotros debemos cargarnos de no poca humildad. Y aprender, en línea con lo que estamos diciendo, de cómo los fundadores del marxismo, además de intransigentes en el terreno de las ideas, sabían considerar la importancia política de un adversario por el «simple» hecho de tener el honor de ser *«enemigo de nuestro enemigo»* (Marx, sobre Lasalle, tras la muerte de este. *Carta a Engels*, 7-9-1864). Que ante la duda, no dudemos en considerar la importancia que tiene este criterio de conducción política.

La crisis boomerang¹¹

Es un hecho que dentro del propio sistema son cada vez más las voces que no sólo reconocen que no estamos a la salida de la crisis, sino que, ante episodios particularmente críticos, apenas quedan herramientas estatales para capearlos. Un ejemplo de los más recientes lo tenemos en Nouriel Roubini, al que la prensa económica gusta etiquetar como “el economista que predijo la actual crisis”, y que no para de dibujar un sombrío panorama para la “economía global”. Hace muy poco afirmaba que “*las economías avanzadas se están quedando sin munición política (...) para evitar otra recesión*”, (*¿Cuál es el pronóstico para la economía global?*), (artículo del 18 de octubre de 2010); y aún más recientemente declaraba a *El País* (31 de octubre, 2010) que «*al paso que vamos la próxima crisis financiera será aún peor*».

Sin embargo, si bien pueden resultarnos interesantes los datos y proyecciones de algún que otro “experto” –sobre todo de aquellos que están obligados a realizar informes particulares más o menos certeros para inversores–, pensamos que ante la gravedad de lo que está pasando cada vez hay que hacerse más independiente de estas voces para diagnosticar y prever las líneas generales de lo que pueda acontecer con las estructuras de un sistema que al fin y al cabo es el que les paga. El mismo Roubini lo ha sido todo en materia de experto para capitalistas: de asesor del FMI, de la Reserva Federal y del Tesoro estadounidense, a presidir su propia consultora privada. Pero no es sólo que ninguno de este tipo de expertos esté interesado en decir claramente que hay que superar el sistema capitalista, sino que, en última instancia, son “productos intelectuales” dentro de dicho sistema, con todo lo que ello conlleva de ceguera precisamente intelectual. El propio Nobel Paul Krugman –otro asesor institucional– tacha de “*espectacularmente inútiles en el mejor de los casos*” los resultados de la ciencia económica en los 30 últimos años. (*El País*, ibídem).

Por más que alguna prensa económica reparta adjetivos de profetas a ciertos economistas –por otro lado es normal que cuando no se ha visto nada, se declare así a quien vaticinó algo en... 2008– la verdad es que ninguno de los economistas del sistema previó consecuentemente lo que venía y ninguno va a prever globalmente lo que ocurrirá. No fueron fiables

¹¹ Escrito a finales de 2010 para ser publicado como Cádiz Rebelde en su página.

al respecto de la “entrada en la crisis” y tampoco lo serán con respecto a salida alguna. Y no pueden serlo porque no son fiables en lo fundamental: la *explicación* de la verdadera naturaleza de esta crisis que hoy se vive en el centro mismo del sistema.

Ya es lugar común hablar de crisis financiera que se ha desencadenado en los países centrales por culpa de las “subprimes” en EEUU. Desde luego que el estallido de la tormenta en la más alta esfera financiera del sistema no podía dejar de sentirse rápidamente en la totalidad de este, porque desde hace mucho tiempo el capital financiero es el que domina la economía capitalista en su conjunto. Es sabido que la perversidad del papel dominante de la banca se refleja en que, al tiempo que domina la producción real siendo la que menos produce realmente, se ha convertido como nunca en el aceite regulador vía crédito de toda actividad productiva: la banca no produce nada, pero ningún negocio productivo puede “montarse” sin la banca. De ahí que pueda parecer que la causa de fondo de todo lo que está pasando sea financiera.

Pero, en realidad, la verdadera causa de esta crisis sigue siendo algo muy pegado al terreno de la producción: la ley de la tasa decreciente de la ganancia que Marx descubriera; aunque esta hay que considerarla en la economía capitalista internacional en general: periferia y centro del sistema. A partir de ahí podríamos concluir que el cuerpo del sistema ya estaba en crisis antes de que... estallara su corazón. Mucho antes del 2008. Hasta el punto que para lo que habría que devanarse los sesos no es tanto para explicar lo que está ocurriendo *ahora* en el centro del sistema, sino para entender por qué *no* ha ocurrido *antes* si, como pensamos, es en los países centrales donde está el origen de la crisis. Una crisis donde lo más nuevo no ha estado en su origen sino, en todo caso, en sus mecanismos de *exportación* y, por ende, de *dilación* de sus efectos.

Pues bien, en línea con lo que se acaba de señalar, avanzamos el siguiente esquema de la explicación que defendemos para la actual crisis:

La crisis que se vive en los países centrales del capitalismo sería una suerte de “crisis boomerang”: se originó en el mismo centro del sistema; se exportó a la periferia; y ahora vuelve redoblada y sin la misma capacidad de exportación que antes. Seguramente, ha vuelto para quedarse.

Proponemos a grandes rasgos la siguiente cronología:

1) Crisis industrial en los años 80 del siglo XX en los países precisamente más industrializados. Aparición del paro en masa. Comienzo del declive económico estadounidense. En el contexto de la desastrosa Guerra de Vietnam, Nixon no garantiza más la convertibilidad del dólar

en oro, lo que abre la posibilidad de endeudarse sin límites (y a costa de terceros) aprovechando el papel predominante del dólar proclamado por los Acuerdos de Breton Woods de 1944. Aumento de las contradicciones entre potencias capitalistas (de momento, sólo en el terreno económico; y, en cualquier caso, todavía en sordina debido al período de Guerra Fría en que se estaba).

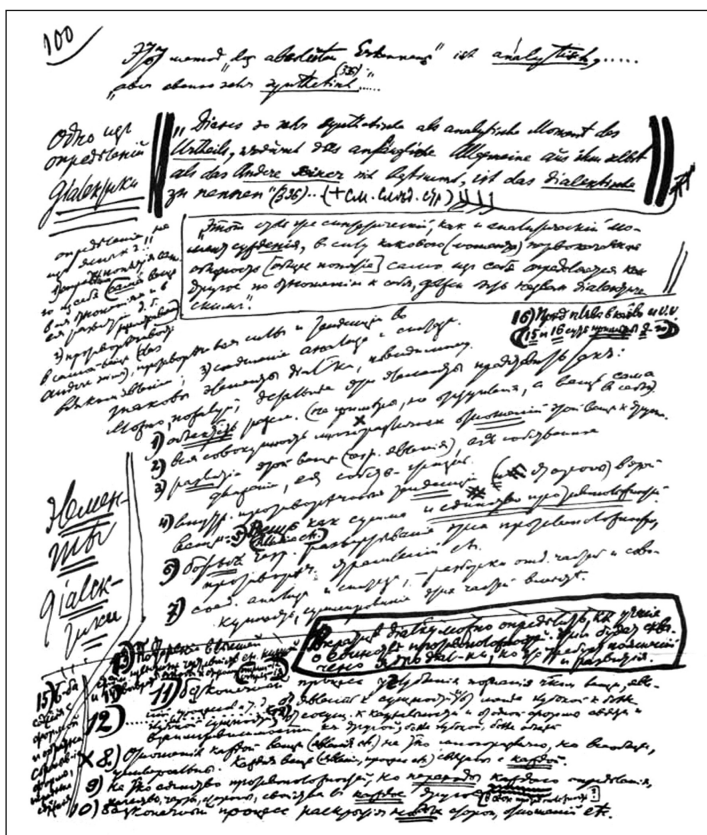
2) El boomerang sale. Exportación de la crisis a la periferia fundamentalmente por medio de la *deuda externa*. Cada vez aparecen más países cuya riqueza productiva sirve sólo para pagar “deudas eternas” con el FMI. Aumento de la transferencia de riqueza de la periferia a cambio de simple papel-deuda emitida por los organismos financieros internacionales imperialistas con la complicidad de gobiernos títeres “tercermundistas”, y acoso y agresión a cualquier gobierno que quiera sustraerse a los dictados de dichos organismos. Financiación de una “clase media” en los países centrales, no ya sólo con la plusvalía originada con la superexplotación productiva neocolonial por las multinacionales, sino con la ingente transferencia de intereses a los depósitos de la banca occidental.

3) Ruina financiera de la periferia con el “estallido-dominó” de crisis a lo largo de los años 90 y principios de la presente década: en América Latina, en Rusia, en el sudeste asiático (caída de los llamados dragones). La onda termina por amenazar a quien tiró la piedra: Occidente mismo.

4) Estrechamiento del mercado internacional para la realización de altos beneficios. Occidente en general, y en particular los EEUU, ya no pueden financiarse “gratis” de la misma manera que antes. La oligarquía financiera en los propios países imperialistas (y en fuerte competencia entre ellas), utilizando a sus propios Estados, comienza a trasvasar riqueza a toda máquina a partir de sus propias poblaciones, incluyendo a sectores que se creían intocables, constituyéndose impetuosamente en la propia periferia del sistema en el centro mismo. El Cuarto Mundo dentro del primero cada vez es más realidad que metáfora. El boomerang ha vuelto.

A tener en cuenta al afrontar la teoría

¿Qué hay que tener en cuenta con respecto a la teoría para, desde esta, poder intervenir lo más eficazmente en la transformación de la práctica? Lo fundamental que hay que plantearse es dominar la teoría acerca de *cómo la propia teoría se relaciona con la práctica*, y viceversa. Esto es, cómo cualquier elaboración o sistematización teórica –desde la más elaborada a un simple lema– surge de la práctica, con qué límites inherentes lo hace (dada su propia naturaleza “limitada” de teoría) y cómo entre el pueblo se “traduce” la teoría elaborada que le llega. La necesidad de la teoría en la elaboración de la línea política, pero también la necesidad de no confundir ambas.



Manuscrito de las notas de Lenin sobre Hegel. Fue en los Cuadernos Filosóficos (1914-1915) donde expresó: «por tanto, ningún marxista ha comprendido a Marx medio siglo después»

Acerca de la teoría marxista sobre el desarrollo de los principios políticos en su relación con la práctica¹²

*“No puede comprenderse totalmente ‘El Capital’ de Marx y en particular su capítulo I sin haber estudiado mucho y sin haber comprendido toda la lógica de Hegel. Por lo tanto, **ninguno de los marxistas que vivieron cincuenta años después de él ha comprendido a Marx**”*

“Continuar la obra de Hegel y de Marx debe consistir en el tratamiento dialéctico de la historia del pensamiento humano, de la ciencia y de las técnicas.”

(Lenin , *Cuadernos Filosóficos*, 1914-15)

1. Presentación

Recientemente en el marco organizativo de Red Roja ha habido ocasión de incursionar en el plano estrictamente teórico de nuestra concepción del mundo al cuestionarse la pertinencia de las denominaciones con las que, históricamente, variadas corrientes políticas comunistas han dado en “actualizar” al marxismo echando mano del “guionismo”: marxismo-leninismo, marxismo-leninismo-maoísmo, etc.

Así, en su último encuentro estatal¹³, Red Roja ha llegado a plantear que *«como organización comunista, [nos reivindicamos] evidentemente tanto del marxismo como del leninismo, y no [hacemos] de esta doble condición mayor problema en el plano de la lucha política»,* pero considera que incluso *«el advenimiento en su día [del] primer guión intermedio [el del mismo marxismo-leninismo] no ayudó a la comprensión dialéctica de la propia teoría marxista y está en la base del esquematismo o etapismo y del dogmatismo»*.¹⁴ Seguidamente en ese mismo documento se avanza al respecto una argumentación teórica con la clara

¹² Este escrito, que se publicó en 2013, toma como base los siguientes textos de 1999 y que no se recogen en esta recopilación: *Sobre el artículo ‘Lo universal y lo particular’*; *Comentario al escrito ‘¿Marxismo o particularismo?’* y *Comentario sobre ‘El problema de la identidad’*.

¹³ Se refiere al que tuvo lugar en octubre de 2012; evidentemente no a la Asamblea General de junio de 2015 donde Red Roja definió de forma más precisa sus Tesis.

¹⁴ Documento “Espacio político e ideológico (identidad)” aprobado en el 1º Encuentro Estatal de Red Roja en octubre de 2012.

pretensión de sustentar que no estamos ante un simple problema de utilización de términos sino ante la misma cuestión de la comprensión profunda del marxismo: *«En realidad, en el terreno estrictamente teórico, bastaría con llamarnos marxistas, porque el marxismo incluye su propio desarrollo sin necesidad de añadir etapas o ‘pensamientos principales’. Al tiempo, la propia teoría marxista nos enseña que ella no sólo es incompleta desde el punto de vista teórico (es decir, siempre es ampliable y precisable en base a la práctica), sino que jamás puede recubrir completamente (ni lo pretende) la riqueza de la propia práctica política, no ya para analizar un fenómeno concreto, sino para caracterizar las diferentes formaciones socio-económicas en sus propios desarrollos y transformaciones históricas.»*

Lo que estas declaraciones vienen a plantear en el fondo –sobre todo la segunda lo hace de manera más explícita– es la relación de toda teoría (incluida la marxista) con la práctica que queremos transformar revolucionariamente. Y para comprender esa relación es fundamental adentrarse en cómo se desarrolla la propia teoría –también los principios– y cómo una teoría correcta “se ve a sí misma” con respecto a la práctica. En definitiva, interesa avanzar en la comprensión de qué es lo que viene a plantear la teoría marxista acerca de la misma teoría, incluyendo en esta a los *principios* comunistas en su condición de *sistematizaciones teóricas* (como los definía Engels). Pues bien, sobre esta cuestión, hoy estamos en disposición de ir más allá de unas declaraciones generales –no se podía ir más lejos en unos documentos congresuales que buscan, sobre todo, una guía de acción para la militancia– y ofrecer una serie mucho más amplia de reflexiones y argumentarios que en los últimos tiempos ya han sido objeto de discusión fructífera entre una parte de su militancia. Y es que, sencillamente, este asunto, en los términos arriba planteados, no es nada nuevo: supera ya largamente la decena de años.

Efectivamente, será al calor de una polémica concreta que tuvo lugar en 1999 en el interior de la organización en que entonces yo militaba –el PCE(r)– cuando se aborda por primera vez este asunto de la teoría marxista; insisto, al menos, en los términos referidos arriba. Se trataba de una discusión que surgió a raíz de un primer artículo que se titulaba *Lo universal y lo particular* y donde su autor –el Secretario General de ese partido– procedía a una crítica de la línea teórica de Mao poniéndola en relación con la dirección política impresa en la construcción del socialismo en China y con las propias desavenencias surgidas dentro del movimiento comunista internacional.

El caso es que, para su crítica a Mao, el autor escogió una modalidad con mucha “filosofía” de por medio y, además, en términos que no hacían

ciertamente asequible el debate. Así, alertaba sobre la desviación del “marxismo-leninismo” que suponía que Mao pusiera el acento en la “particularidad de la contradicción” en su relación con lo universal a la hora de la construcción del socialismo en China. Lo universal se asociaba a los principios comunes generales del comunismo y lo particular a su aplicación concreta. Desde el mismo comienzo se planteaba que, por el hecho de centrarse en la “particularidad de la contradicción”, Mao iba a configurar toda una concepción (por supuesto, incorrecta) sobre el problema de la contradicción entre lo universal y lo particular. Y pronto se nos daba a conocer el motivo profundo: «...a Mao se le escapa la conexión entre lo universal y lo particular. Además él no concibe lo universal como el contenido esencial de lo particular, ni encuentra en lo particular la forma concreta en que se manifiesta lo universal» (*Lo universal y lo particular*, M.P.M). Con la misma terminología, le seguiría todo un añadido de formulaciones teórico-filosóficas sobre lo universal y lo particular como, por ejemplo, considerar lo primero, lo universal, como el “*todo capaz de parir infinitos particulares*”, etc., etc.

Al margen de consideraciones acerca de la pertinencia de la modalidad elegida en la crítica, expresé mi opinión de que, en cuanto a los contenidos vehiculados, se había adoptado una *vía teórica incorrecta*. Una vía que, *de antemano*, ni podía servir para valorar plenamente la posición que Mao sostuvo contra los dogmáticos —defendiendo que había que centrarse en las particularidades de la revolución China, tanto ante el problema de la toma del poder como luego a la hora de afrontar el inevitable y largo proceso de transición al socialismo en una “sociedad atrasada”— ni ayudaba a descubrir correctamente los errores que el mismo Mao pudiera haber cometido, no ya sólo en su *práctica concreta*, sino a la hora de *generalizar*, de conceptuar, de desarrollar la teoría revolucionaria a partir de la experiencia “particular” de la revolución china.

Por eso, más allá de ver la justeza o no de la peculiar crítica a Mao que se estaba realizando, *sobre todo* valoré que había que entrar en este debate porque se estaba dando sustento teórico “universal” al dogmatismo y al esquematismo, al alimentar la incompreensión de los principios (lo universal) y de cómo ir de la mano de ellos a la realidad (lo particular). Sólo por ello merecía la pena entrar al envite que implicaba tener que “lidiar” con los términos en que se estaba planteando un debate que no podía dejar de tomar un aire excesivamente dificultoso y teoricista. Tras un primer escrito crítico mío, *Sobre el artículo ‘Lo universal y lo particular’*, se recrudeció la polémica apareciendo sucesivas respuestas y contrarrespuestas.

Con todo, la verdad es que finalmente aquella polémica supuso una

oportunidad especial para dar unas cuantas “vueltas de espiral” (por emplear los términos de Lenin) en la comprensión marxista de «*la relación que se da entre los principios y la realidad que queremos transformar*» (expresión justificativa que utilicé al comienzo de mi primera respuesta) y cómo afectaba a esta comprensión lo que se dijera acerca de “lo universal y lo particular”.

La misma introducción de mi escrito *Sobre el artículo ‘Lo universal y lo particular’* terminaba así: «*Antes de descubrir en qué grado se ‘salíó por la tangente’ Mao en sus análisis, lo que tenemos que ponernos de acuerdo es en cuándo nos salimos por la tangente a la hora de hacer un análisis particular, cuándo comenzamos a abandonar los principios universales. O, ¿por qué no?, visto desde el otro lado del asunto: ¿hasta dónde debemos ‘particularizar’, ser ‘concretos’ ante lo nuevo que se nos presenta, para verdaderamente afirmar que dominamos los principios? Porque de lo que se trata es de garantizar una correcta fusión entre los principios y la necesidad de avanzar en el conocimiento y la transformación de la realidad. La cuestión no está simplemente en que nos agarremos a los principios (lo que en muchas ocasiones basta aunque se haga por ‘puro instinto’), sino en encontrar el mejor camino para que agarren bien en nosotros.*»

Fue, por tanto, a partir de una polémica en un marco militante muy concreto —y sobra decir que muy especial a la hora de dar a conocer y extender los debates— cuando comenzaron a fraguarse los “mimbres” que han dado lugar a las tesis expuestas en las declaraciones arriba recogidas de Red Roja. Aunque ciertamente, su verdadera base teórica ya estaba más que sintetizada por los clásicos del marxismo desde sus primeras obras más “filosóficas”.

Pues bien, el presente escrito es una edición de aquellos artículos de 1999 con el fin de que se sepa algo más de los contenidos que toda esta cuestión de “la teoría marxista de la teoría y de los principios” ha dado ya de sí en nuestro ámbito¹⁵. Así, se situará mejor su tratamiento (históricamente también), optimizando las bases sobre las que proseguir un debate que, en realidad, hace tiempo que habría requerido que se afrontase lo más públicamente posible, pero que el particular contexto militante en que se dio no jugó a favor de ello.

Es claro que aquí ya no se trata de reproducir polémica alguna concreta, sino de hacer sobresalir las consideraciones que ahora interesan, desprendiéndolas el máximo posible de las particularidades y detalles

¹⁵ Ver nota 12.

propios de la discusión militante en que se dieron; lógicamente, allí donde se requiera se procederá a la contextualización de determinadas formulaciones. Igualmente hay que recalcar que este escrito no se pone como objetivo la crítica específica de las obras y prácticas de Mao y de Stalin sino que surge, como ya se ha dicho, de la necesidad de profundizar en la comprensión de la relación dialéctica entre lo universal y lo particular; una correcta comprensión que quedaba, en mi opinión, comprometida a partir de la base de argumentos y tesis generales expresados en los artículos que critiqué en 1999. Esta es la razón por la que en el presente trabajo las citas que aparecen pertenezcan, más que nada, a los principales clásicos del marxismo anteriores a los líderes revolucionarios citados; lo que de, alguna manera, ayuda también a visualizar que estamos ante un problema general previo a la crítica particular de estos.

Se impone, antes de proseguir, una última consideración de carácter histórico acerca de la “osadía antiguionista”. En realidad, fue la persona con la que polemiqué —Manuel Pérez Martínez¹⁶— quien en un escrito crítico con Abimael Guzmán (*camarada Gonzalo*), en el año 1992, terminaba el mismo afirmando que bastaría con denominarnos marxistas a lo sumo revolucionarios, saliendo al paso de quienes se reconocían exclusivamente en el marxismo-leninismo-maoísmo-pensamiento principal Gonzalo. No obstante, aquello no fue más allá de aquel artículo, en una especie de compensación a tanta inflación guionista. En todo caso, quede constancia de ello por justicia, pero también porque, como habrá ocasión de comentar, las categorías y tesis están, en rigor, en permanente proceso de precisión y, en ese sentido, los contextos y momentos de “destilación” conviene tenerlos muy en cuenta a la hora de emitir valoraciones y, lo más importante, contribuir a su desarrollo ulterior.

He intentado acompañar esta edición de un esfuerzo “simplificador”, pues no se me escapa lo tedioso que puede resultar meterse en este asunto, máxime en los términos que ha habido que emplear. Sin embargo (o por eso mismo), debemos insistir en que estamos ante un tema que, por crudo que pueda parecer por su naturaleza teórica, es de gran importancia para

¹⁶ Manuel Pérez Martínez, más conocido como “camarada Arenas”, se encuentra actualmente en prisión únicamente, en realidad, por su condición de Secretario General del PCE(r), bajo figuras de acusación completamente forzadas y que contravienen hasta el propio ordenamiento jurídico del Estado español. Después de 19 años entre rejas, en períodos diferentes, la exigencia de su liberación es una tarea prioritaria de todo comunista, antifascista y, en general, de toda persona progresista.

avanzar en el dominio del marxismo *incluso*, paradójicamente, *para nuestra lucha más cotidiana* y, como veremos, en lo que se refiere a la relación de cualquier teoría política con la práctica. Y es que tal como decía en *Comentario a '¿Marxismo o particularismo?'*: «[se] ha llevado la discusión -más allá de lo que se propusiera- no al asunto de si se han aplicado correctamente los principios, sino al previo 'en qué consisten los principios'. Y más aún: nos encontramos de nuevo enfrascados en el problema del proceso de conocimiento (...) y cómo influye en nuestras tareas diarias en la actividad revolucionaria; actividad que puede afectarse ya por el empirismo (prescindir de la teoría y su propio desarrollo como síntesis de la experiencia acumulada), ya por el principismo a la hora de abordar cuestiones 'menores' ante las que mantenemos una actitud prepotente, declarando que no nos hace falta 'caer en detalles' porque dominamos lo esencial.»

La discusión sobre el origen y desarrollo de los principios es fundamental para que *la lucha contra el revisionismo sea a su vez efectiva sin que se nos cuele el dogmatismo*. Es cierto que, en general, el revisionismo es mucho peor que el dogmatismo, pero no toda acusación de dogmatismo puede ser contestada con que los revisionistas suelen responder con dicha estigmatización cada vez que se les desenmascara. Los revisionistas no lo son por el envoltorio (que puede expresar frases generales correctas, eso sí, descontextualizadas) de sus críticas, sino por el contenido incorrecto de lo que pretenden expresar; no porque digan, por ejemplo, que hay que analizar en concreto, sino porque lo desvinculan de los principios; es decir, de toda la experiencia anterior sistematizada teóricamente, como nos enseñaba Engels que era el comunismo teórico.

A propósito de esto último, nada mejor que traer desde el principio (precisamente) lo que los fundadores del marxismo pensaban acerca de los principios comunistas ya en los primeros años de su actividad teórica. Allí donde he dado a conocer la siguiente maravillosa cita de Engels no ha dejado de causar profunda impresión y, en algún que otro caso, un cierto estupor por el lenguaje empleado. Y sin embargo Engels, en sus últimos años, como tendremos ocasión de comprobar, tuvo que insistir en aquellas tesis de... sus principios:

«El señor Heinzen se imagina que el comunismo es una cierta **doctrina** que partiría de un principio teórico determinado -el **núcleo**- a partir del cual se deducirían consecuencias ulteriores. El señor Heinzen se equivoca mucho. El comunismo no es una doctrina, sino un **movimiento**; no parte de principios, sino de **hechos**. Los comunistas no tienen por presuposición tal o tal filosofía, sino toda la historia pasada y especialmente sus resultados efectivos actuales en los países civilizados. El comunismo es el producto de la gran industria y de sus consecuencias, de la edificación del mercado mundial, de la

*competencia sin obstáculos que le corresponde, de las crisis comerciales cada vez más fuertes y universales y que ya se han convertido en perfectas crisis del mercado mundial, de la creación del proletariado mundial y de la concentración del capital, de la lucha entre el proletariado y la burguesía que de ello se deriva. El comunismo, en la medida en que es teórico, es la expresión teórica de la posición del proletariado en esta lucha y el resumen teórico de las condiciones de liberación del proletariado.»*¹⁷

Así que el comunismo, en tanto que teoría, no es sino el resumen de las condiciones (históricas) en que se dan (en los hechos) la liberación del proletariado. De ahí que podamos afirmar también que todo este tema de la comprensión de los principios es también vital para, a su vez, *comprender históricamente* el propio devenir *real* que ha seguido el movimiento comunista y sus diversas experiencias de poder, así como las luchas ideológicas que en su mismo seno se han venido desatando. No en balde, otro de los escritos que redacté en aquellos años, en que tanto se hablaba de la “crisis del comunismo”, se titulaba *Comprensión de la crisis, crisis de la comprensión*.¹⁸

A este respecto incluyo en la presente edición un par de apartados en los que, haciendo referencia a la problemática histórica de la construcción socialista en la Unión Soviética y China, en realidad se extraen generalizaciones que se aplicarían a todos los países que se adentran en la revolución socialista desde condiciones de retraso histórico dentro del capitalismo y en la época del imperialismo y con el centro de países capitalistas desarrollados aún “intacto”. Inevitablemente, el tratamiento que en este escrito doy a esta problemática histórica queda impregnado de esa terminología “filosófica” propia de aquel debate de 1999 sobre “lo universal y lo particular”; un debate que luego se prolongó con la cuestión de la “unidad de contrarios”, donde intervine con un texto que es la base del segundo de los apartados a que me estoy refiriendo.

Ya casi a modo de anexo, finalizo con un apartado que versa sobre la “inevitabilidad de las malinterpretaciones” en relación directa con lo teoría marxista acerca de cómo avanza el proceso de conocimiento. Es tal la potencia clarificadora que se desprende de los textos incluidos ahí – pertenecientes a figuras tan destacadas del marxismo – que espero que se haya tenido la paciencia suficiente (y soy consciente de que habrá de ser mucha) para llegar al final del presente trabajo y descubrir semejantes joyas...

¹⁷ F. Engels, *Los comunistas y Karl Heinzen*. Octubre 1847.

¹⁸ Aunque este escrito se perdió, ya he aludido a su contenido en anteriores textos de este primer tomo así como en su mismo título.

2. Lo universal y lo particular. La realidad como principio de los principios que nunca terminan de completarse ni de explicar del todo la realidad, ni lo pretenden.

Ciertamente hablar de universal y particular suena bastante abstracto. Con respecto al asunto que ahora más nos debe preocupar —el desarrollo de la teoría, de los principios y cómo vamos con ellos a la realidad— dicha contradicción se nos hace más entendible cuando la ligamos a *la relación que se da entre el proceso de conocimiento por parte de nuestro cerebro y la realidad exterior*. ¿Cómo surgen las categorías teóricas y, en general, toda suerte de conceptos? En este sentido, como podremos ver, los principios del socialismo científico *también* siguen las mismas leyes de nacimiento y desarrollo que Marx describe para todas las categorías cuando aborda en los *Grundrisse* el método que va a seguir para estudiar la economía política.¹⁹

De la mano de las categorías teóricas nos adentramos en la complejidad de la realidad y la comprendemos mejor. Y conforme más se va desarrollando la realidad material y nuestro propio conocimiento, más también se van desarrollando las categorías existentes y surgen otras. Pero **las categorías son una elaboración del cerebro, y jamás coinciden (ni pueden) exactamente con la realidad material**. Un ejemplo paradigmático lo tenemos en la Ley del Valor que descubriera Marx.

No encontraremos determinación exacta de la Ley del Valor en la práctica: es un concepto. Sería una pérdida de tiempo querer descubrir concretamente qué resultado exacto da la aplicación de la Ley del Valor a una mercancía particular. Pero el desorden aparente de los movimientos de los precios sólo desaparece desde que aplicamos dicha ley. Por eso es verdadera, aunque jamás se materialice exactamente en un precio concreto. Es más, a pesar de su única existencia en la teoría, *es mucho más verdadera* para explicar el movimiento de los precios que cualquier media de éstos que hagamos entre un grupo de mercancías queelijamos, por más práctico que nos parezca esto último. Y es que **lo verdadero no es sinónimo de práctico-concreto**. Si Marx no hubiese partido de esto, nunca habría podido establecer —mediante un proceso de abstracción intelectual— la siguiente verdad teórica superior: el valor de una mercancía es el tiempo **socialmente** necesario para elaborarla.

¹⁹ Consúltase el apartado III (“El método de la economía política”) de la introducción del capítulo 1º (“El dinero”) de los *Fundamentos de la crítica de la economía política* de Marx.

En la *necesaria ambigüedad* (falta de concreción *práctica*) del término “socialmente” radica la *precisión teórica del concepto*; y paradójicamente, la comprensión de la maraña práctica que rodea a los precios.

En el primer artículo objeto de mi crítica, *Lo universal y lo particular*, se venía a censurar a Mao por querer generalizar (de manera universal) a partir de la realidad de China ya que, en todo caso, a la situación socio-económica de su país tenía que haberle dado tratamiento de «*individual como excepción o particular*» como aquello «*que se queda fuera de lo universalmente dominante o establecido*». Lo universalmente dominante o establecido eran los cinco regímenes de producción que conoce el análisis marxista.²⁰ Pero entonces habría que decir, por ejemplo, que en la práctica todos los regímenes considerados feudales (unos más, otros menos; cuestión de grado) se quedaron en lo “individual excepcional”, ya que como nos dice Engels en una interesante carta donde habla de lo que estamos exponiendo, para encontrar la «*expresión más clásica (la más coincidente con su concepto) del feudalismo [hay que irse al] reinado efímero de Jerusalem*» (en el período del siglo XI al XIII). Transcribamos más ampliamente dicha carta pues versa magníficamente sobre la relación entre la realidad y los conceptos que producimos para explicárnosla:

«*Las objeciones que usted hace a la ley del valor conciernen a todos los conceptos, cuando se les considera desde el punto de vista real (...) El concepto de una cosa y la realidad de esta transcurren de lado a lado, como dos asíntotas que se acercan sin cesar pero sin jamás unirse. Esta diferencia entre ellos, es precisamente la que hace que el concepto no sea inmediatamente la realidad, y que la realidad no sea su propio concepto. Del hecho de que un concepto posea la naturaleza esencial del concepto, por tanto que no coincida inmediatamente, a primer golpe de ojo, con la realidad, a partir de la cual en primer lugar ha habido que abstraerlo, no puede deducirse que el concepto no sea más que una ficción, a menos que Vd. no llame ficción todos los resultados del pensamiento porque la realidad no corresponda a estos resultados más que por una larga vuelta y que, incluso entonces, nunca se acerquen sino de una manera asintótica.*»²¹ (subrayados míos)

En aquella polémica de 1999 afirmaba por mi parte que *sí* que hay que estudiar en concreto las formaciones económicas, sacar sus conexiones (leyes) en función de nuestras necesidades políticas, utilizando las categorías económicas como modelos teóricos muy necesarios, muy verdaderos (no

²⁰ Comunidad primitiva, esclavismo, feudalismo, capitalismo y socialismo.

son una ficción a pesar de su condición conceptual), pero de la misma manera que estudiamos el movimiento de precios echando mano de esa categoría teórica que es la Ley del Valor. Históricamente todo esto hay que tenerlo más en cuenta si cabe en “sociedades en transición”, “atrasadas” desde el punto de vista capitalista, donde en muchos casos hablar de socialismo en la práctica concreta esconde un cierto voluntarismo y utopismo.

En general, toda la realidad es una *completa transición* con respecto a los modelos teóricos, a las categorías, pero sin las cuales la realidad sería – como lo fue antes del materialismo histórico– una completa confusión. Y esto es válido en todos los dominios de la vida, de la ciencia. Efectivamente, el hombre, “artificialmente” y por necesidad, divide la ciencia. Pero no hay fronteras estancas entre los diferentes dominios. ¿Qué leyes específicas sigue el interior del átomo?: ¿químicas, físicas, electrofísicas? Esos seres multicelulares que no sabemos si son plantas o animalitos, ¿siguen las de la botánica o la de la biología? ¿O en estos casos, dicho seres “ambiguos” no tienen su “esencia particular definida”? La cáscara del huevo ¿sigue las leyes de la biología o la de la geología?

Por lo demás, los principios no existen de antemano. Y no es verdad que la práctica se va a encargar de “dibujarse” conforme a ellos. Por más universales que sean, se deducen conforme se acumulan las experiencias prácticas. Pero, es más, el conocimiento de esos principios se va precisando en la medida en que se realiza cada vez más práctica, según se vayan desarrollando más y más “particulares”. Por lo tanto, sin los procesos “particulares” concretos no existirían los principios universales (estos no surgen de meras especulaciones de ninguna cabeza pensante, por brillante que esta sea). De la misma manera, sin realidad material no habría conceptos. Esto es lo que significa que “lo universal reside en lo particular”, como afirmaba Mao. Principios tan universales y consolidados como el de la explotación del obrero como única fuente que tienen los capitalistas para obtener plusvalía se han establecido por una práctica acumulada y en expansión, y no se han podido conocer antes de poder darse en esa práctica y tras un proceso analítico que, en el caso de la plusvalía, fue Marx quien principalmente lo llevó a cabo.

²¹ Extracto de una carta a Conrad Smith, fechada el 12 de marzo de 1895, incluida en *Études Philosophiques*, Paris, Edition sociales, 1972, pág. 257. La traducción es mía.

Principios como este ya están lo suficientemente desarrollados como para considerar que ninguna práctica “particular” nueva pueda precisarlos en “esencia” más de lo que ya están. Podrían parecer eternos, pero tienen su propia gestación histórica. En teoría, cualquier práctica nueva es susceptible de precisarlos más, siempre que analicemos esa práctica teniendo en cuenta la abrumadora suma de particulares anteriores (y por tanto, toda la universalidad que ya se ha desarrollado sobre estos asuntos). Son principios, en fin, lo suficientemente establecidos como para que podamos *asignar*, por ejemplo, a cualquier particular explotación capitalista (china, keniana, australiana, etc.) el carácter de simple “forma” (ahora sí) “sin” contenido añadido apreciable alguno.

Pero hay otras cuestiones que están poco desarrolladas, desde el punto de vista universal, y podemos decir que los *nuevos* procesos particulares que plantean esas cuestiones tienen mucho *relativamente* hablando de universal. A partir de esos procesos es como se desarrollarán nuevas leyes universales que nuestro cerebro deducirá. Durante el proceso revolucionario chino, previo a la toma del poder, la forma en que se relacionan las clases en los países atrasados (desde el punto de vista del desarrollo capitalista) que acceden a la revolución en la época imperialista era una cuestión que tenía menos de universalmente establecido en comparación con otros asuntos. Y no digamos nada acerca de cuánto se puede deducir ahora con respecto a la edificación socialista en ese tipo de países, y además cercados por el imperialismo, en relación a la época de Stalin y Mao en base a la experiencia acumulada. (Más abajo volveremos más concretamente sobre la problemática especial, y “no tan conocida *a priori*”, con la que se encuentran los comunistas ante los procesos revolucionarios por el socialismo en la “periferia” del sistema capitalista internacional).

Ante *estas* cuestiones tan “desconocidas”, se trata de centrarse en lo particular, no ya porque siempre haya que hacerlo para estudiar algo en concreto sino también para aumentar el fondo universal del socialismo científico, de tal manera que se establezcan las leyes que conexian todos estos procesos revolucionarios particulares con la época del imperialismo. Es mucho mejor centrarse en lo particular que perderse en especulaciones teóricas demasiado generales que, por muy revestidas de principios que aparezcan, no van a resolver ni un ápice de las problemáticas concretas que surgen.

Nada de esto debe confundirse con desarrollar etapas por cada problema o conjunto de problemas nuevos que se planteen:

el marxismo incluye su propio desarrollo sin necesidad de añadir “pensamientos principales”.²² De lo que se trata aquí es de comprender que “el conocimiento es infinito” y siempre va *por detrás* del desarrollo de la realidad material que permite “destilar” los elementos para el análisis.

Cuando los problemas particulares que se presentan no están suficientemente estudiados en sus conexiones con lo demás, cuando aparecen problemas “particulares” bastante nuevos que no se han estudiado aún mucho, entonces, el “peso de universal” que tienen esos particulares es muy grande. Jugando con las palabras, podemos decir que la “responsabilidad universal” de esos particulares es muy grande; tanto, que su estudio concreto no se hace desde la concepción de lo particular como simple forma de un contenido esencial que, en realidad, apenas existe o no conocemos todavía. Ese contenido esencial va a derivarse de más de un proceso particular práctico como el que nos hemos encontrado. Ante estos nuevos problemas, lo universal depende mucho de lo particular.

Si cuando me enfrento a mi proceso revolucionario particular me planteo negar o modificar los principios universales ya establecidos, ya sintetizados y prácticamente corroborados y confirmados, estaré incurriendo en el revisionismo. Pero si ante lo que todavía no se conoce mucho, lo poco que se conoce es muy pobre y no pasa de ser bastante general e impreciso, y encima no me esfuerzo por sacar enseñanzas de mi particular, estaré cometiendo dogmatismo. La cuestión es saber por qué, para qué, con qué objetivo pongo el acento en lo particular.

3. El proceso de conocimiento, o cómo se hace absoluta la certeza en la verdad siempre relativa.

En los *Cuadernos Filosóficos* de Lenin encontramos una excelente base para explicarnos la relación entre lo universal y lo particular. En realidad, cuando hablo de “particulares” estoy abstrayendo tanto como cuando hablo de “universal”. Es decir, los particulares sin más no dejan de ser una generalidad que produce mi cerebro por necesidad del análisis para conocer y transformar. Hay tantos particulares “como queramos” (o como necesitemos) porque *el propio proceso de definición de particulares es un proceso de*

²² Aquí reside la base del defecto teórico del guionismo (marxismo-leninismo-maoísmo-pensamiento principal etc.) al que me refería en la presentación, más allá de la flexibilidad política que podamos mostrar ante él en la práctica no haciendo de dichas denominaciones un problema mayor.

abstracción de nuestro cerebro. Veamos un ejemplo de la vida cotidiana y “políticamente neutral”.

Tras la palabra *vaso* se pueden esconder muchos “particulares” en función de los límites de nuestro estudio. Todo el mundo material está íntimamente ligado, pero somos nosotros los que para conocer el mundo acotamos unos límites de estudio y definimos un fenómeno concreto, un particular. Pero, insistamos, son límites que nuestro cerebro define por necesidad. Al estudiar esa parcela así definida, al hacerlo de forma concreta con la experiencia acumulada de conocimiento, con toda la universalidad anterior (este sería el modo de visión de partida), además de conocer esa cosa (en realidad, lo que nos hemos propuesto de esa cosa) estamos creando las condiciones para que lo universal se desarrolle o simplemente se precise. Por tanto, y en términos más “filosóficos”, en cada particular se encuentra un elemento de desarrollo de universal, en la medida en que de todo particular, de toda individualidad, nuestro cerebro puede inmediatamente desarrollar un proceso de abstracción, de conceptualización, de génesis de teoría, que en un grado u otro se enfrenta a toda la teoría anterior para precisarla más (conocerla mejor), desarrollarla, etc.

Jamás serán los principios universales lo suficientemente potentes para permitirnos conocer plenamente un particular. En realidad, nunca podremos conocer nada completamente, pero sí lo suficientemente para nuestras necesidades y lo que es más importante: siempre tendremos la posibilidad de avanzar en nuestro conocimiento de forma progresiva. Y aquí hay que advertir que el marxismo toma distancia del kantismo, que, negando la posibilidad de conocer la “cosa en sí”, alimenta la angustia de no poder saber nada y da alas al relativismo mal entendido (el oportunismo en política). Y es que la “cosa en sí” no existe; solo “partes de la cosa” que, una vez establecidos los límites de esas partes, puedo tener la certeza de conocerlas en un gran grado y, sobre todo, para las necesidades del momento en que me encuentre.

El hecho de que lo real-concreto sea más complejo o rico que lo abstracto-teórico es lo que hace que toda verdad que sustentemos sea relativa. Pero en unas condiciones concretas, según lo que nos hemos propuesto en el análisis, las verdades que alcanzamos son absolutas. Es sólo *relativamente verdad* cuando digo que “sé lo que es un vaso”, si desconozco que, desde el punto de vista atómico, tiene más “huecos” que otra cosa. Y es *absolutamente cierto* que lo conozco cuando digo que “es macizo”, si lo que me propongo es utilizarlo para que contenga la cerveza sin que se me derrame, como pasaría si se tratara de un colador. Pero no

nos quepa duda de que para un químico, aunque el vaso pueda contener la cerveza, no se aleja demasiado de un colador... atómico. Y es que el vaso, a efectos de un estudio atómico, *no es el mismo particular* (aún basándonos en el mismo objeto material) que para el “estudio” de las necesidades de la fiesta del sábado. Sin embargo, utilizo el mismo nombre; límites del lenguaje... que los tiene.

Por lo demás, cuando Lenin nos dice que *«lo individual entra incompletamente en lo universal»*, precisamente nos está diciendo que no hay universalidad (principio, tesis general de partida) que nos ahorre el estudio individualizado de las cosas reales. Es más, en sentido estricto, jamás podremos terminar de conocer un proceso individual (la verdad es infinita, *“es proceso”*, nos recuerda en *Los Cuadernos Filosóficos*).

Así pues, hay que insistir mucho en eso, en que los principios universales nunca son lo suficientemente potentes como para ahorrarme el estudio concreto de algo, de un fenómeno; cuanto más, si este es complejo y bastante “nuevo”, porque en este último caso lo que tenemos *a priori* es más bien es un déficit de universalidad. Y si esto no se tiene claro, cosa que les ocurre a los dogmáticos, habrá que incidir en la importancia de lo particular.

Ahora bien, de la misma manera que un particular no puede ser gran cosa en comparación con los infinitos particulares que pueden definirse, la universalidad que contiene no debe nunca compararse en importancia con toda la universalidad anterior que va desarrollándose. Por ello, jamás será un particular más importante que lo universal. Pero en realidad, lo que queremos decir es que no habrá más conocimiento esencial en un particular, por “grande” que sea este, que en lo universalmente establecido *hasta entonces*. De ahí la necesidad de **considerar el conocimiento como un proceso en espiral, infinito, que tramo a tramo se va desarrollando**. Cada tramo o parcela de estudio lo definimos nosotros y lo consideramos como particular; la curva en espiral, a la que pertenece esa parcela, es la universalidad de conocimientos existente. En el último apartado retomaremos esta noción.

Que lo individual se convierta en universal es el ya mencionado proceso que desarrolla nuestro cerebro para extraer más conocimiento que se suma al ya existente. El problema de “salirse por la tangente”, de olvidar los principios, no es sino romper la unidad que hay entre lo que tiene de conocimiento universalizable cualquier individual con todo lo universal preexistente hasta entonces. Es querer extraer más de lo que se puede de un individual, del estudio individualizado de una cosa, de

un fenómeno, de un proceso. Pero si bien no se trata de extraer “de más”, lo que está claro es que hay algo más (por poco que sea) que extraer. Así pues, el estudio concreto de un nuevo fenómeno que se desarrolla ante nosotros ha de partir de que *hay algo ahí que todavía no conocemos*, y que sólo podremos conocer (por supuesto en parte y en base a los límites que nos ponemos) si partiendo de una *posición*, que tenga en cuenta los principios (lo universal hasta entonces), nos disponemos a estudiar en concreto, *particularmente*, ese fenómeno, ese proceso. Solo así podremos abandonar toda prepotencia prejuiciosa.

4. Centrarse en lo particular: un viejo problema que siempre se trató, pero no con tanta “filosofía”.

En mi opinión, Mao²³ demostró tener bastante clara la conexión entre lo universal y lo particular con respecto a los dogmáticos en el Partido Comunista Chino (PCC). Estos, como todos los dogmáticos, creían poder conocer y superar la realidad que tenían enfrente estudiando los principios universales del marxismo sin darse la obligación, a su vez, de estudiar en concreto dicha realidad; error que aún era más grave en China, dados el atraso industrial y la diferenciación étnico-cultural de este vasto país con respecto a Occidente. Y es que, como decimos, los principios universales (lo universal), dada la naturaleza de la que están “hechos” y cómo surgen, no bastan para conocer la realidad. Hemos visto que los principios universales “simplemente” conforman la *posición*, el modo de visión con el que debo analizar la realidad para que no me pierda entre los inevitables e innumerables detalles que tiene esta. Pero sin entrar en detalles no podré culminar jamás el conocimiento necesario para transformar la realidad; sobre todo –insistamos constantemente– cuando reparamos en cuestiones complejas e “imprevisibles” como, por ejemplo, las que se les plantearon a los dirigentes comunistas soviéticos y chinos.

Ahora bien, que Mao tuviera claro que había que investigar minuciosamente cada problema particular, no le inmunizó (como a nadie) contra posibles errores en la resolución de esos problemas. Asimismo, tampoco significa que en su lucha contra los dogmáticos eligiera la mejor

²³ Hay que recordar que si se “implica” tan insistentemente a Mao en esta cuestión de la comprensión de la teoría y de su relación con la práctica –asunto que, evidentemente, es mucho más universal que el caso del proceso revolucionario en China– es porque el debate surgió en torno a una crítica a él; también porque, ciertamente, Mao le dedicó un tratamiento teórico especial.

forma para explicar o expresar que había que centrarse en lo particular. En este sentido, a mi entender, trató tan “filosóficamente” el asunto, le dio tantas vueltas, que es cierto que parece que está tratando algo en “primicia”, cuando, en realidad, esta era una vieja cuestión que venía preocupando a los fundadores del marxismo, y sobre la que, en esencia, poco más había que añadir.

Efectivamente, esa misma actitud dogmática contra la que tuvo que lidiar Mao, ya era conocida por los propios fundadores del marxismo. Veamos, si no, lo que Engels en los últimos años de su vida escribía a los dirigentes socialdemócratas alemanes, poniéndoles en alerta contra esa tendencia a no estudiar en detalle; insistiéndoles, en definitiva, en que no hay universalidad que ahorre estudiar en particular:

«En general, la palabra ‘materialista’ sirve a muchos escritores recientes en Alemania de simple frase con la cual se etiqueta toda clase de cosas sin estudiarlas en profundidad, pensando que basta con pegar esta etiqueta para que todo sea dicho. Ahora bien, nuestra concepción de la historia es, ante todo, una directiva para el estudio, y no una palanca que sirva para realizar construcciones a la manera de los hegelianos. Hay que reestudiar toda la historia, hay que someter a una investigación detallada las condiciones de existencia de las diversas formaciones sociales antes de intentar deducir los modos de concepción (...) que les corresponden. Sobre este punto no se hecho hasta ahora sino muy poco (...) Pero en lugar de eso, las frases vacías sobre el materialismo histórico (todo se puede precisamente transformar en frase) para un número demasiado grande de jóvenes alemanes no sirven sino (...) [para] imaginarse enseguida que poseen unos potentes espíritus.»²⁴

Es bastante probable que el dirigente chino se encontrara con semejantes poderosísimas mentes ante las que tuvo que “machacar” la importancia de centrarse en lo particular, después de que dichos portentos le recordaran cada dos por tres que tenían los principios universales muy asimilados... quizá por esa vía tan “universal” que consiste en repetirlo frase tras frase.

Los fundadores del marxismo sí que insistieron sobre la necesidad de centrarse en lo particular, pero *no* lo hicieron *directamente* de forma, digamos, “filosófica”. Es Lenin quien más explícitamente sitúa la importancia de lo particular en sus *Cuadernos Filosóficos*. En realidad, tanto Marx como Engels recomendaban constantemente que había que estudiar en concreto cada problema. Les urgía dejarse de generalidades, “darlas por sabidas” en lo fundamental, y dedicarse a aplicar el

²⁴ Extracto de una carta a Conrad Smith, fechada el 5 de agosto de 1890, incluida en *Études Philosophiques*, Paris, Edition sociales, 1972, pp. 236-237. La traducción es mía.

materialismo histórico al estudio de la sociedad para guiar su transformación más eficaz.

Es de suponer que Marx y Engels quedaran muy “agotados” de su primera etapa, y dieran por establecidas las leyes más generales de la concepción materialista-dialéctica tras unos años bastante “abstractos y filosóficos” en los que prácticamente se dedicaron a superar a Hegel, a los hegelianos de izquierdas, a Feubarch y, en definitiva, a sí mismos («[arreglando] *nuestras cuentas con nuestra conciencia filosófica anterior*» como dijeron en *La ideología alemana*). A partir de entonces, dichas leyes generales (el método de estudio, la dialéctica materialista) las precisan más indirectamente, en la medida en que profundizan en el estudio de los problemas prácticos (más o menos generales). Un ejemplo lo tenemos en el –anteriormente aludido– análisis sobre cómo surgen las categorías en los *Grundrisse* de Marx. Pero aquí ya se trata de un análisis ligado a la necesidad inmediata de establecer el método que va a seguir en el estudio de la economía política (concretamente en *El Capital*), sin prácticamente polémica alguna, sino más bien entrando en el *desarrollo* preciso de una concepción general ya establecida en lo fundamental.

Será Engels quien en la última etapa de su vida –en la que gran parte de su actividad responde a las necesidades militantes de los socialdemócratas alemanes– vuelva al asunto de la filosofía. Pero lo hará en el proyecto de sistematizar los principios generales del marxismo, de cara a esas necesidades militantes. Por eso no es tan descabellado decir que, en lo que respecta a la labor formalmente filosófica, los fundadores del marxismo versaron “tan sólo” sobre la universalidad de la contradicción, estableciendo un modo de visión general (universal) que dio un paso de gigante con respecto a toda el pensamiento anterior, apareciendo por primera vez la posibilidad de ordenar conscientemente toda la Historia... hasta la futura.

No parece que Mao olvide esto y crea que va a llenar un gran olvido poniendo el acento en la “particularidad de la contradicción”. Pero es evidente que en los fundadores del marxismo la importancia de lo particular se canaliza más por la vía de las recomendaciones y el valor del ejemplo propio, y no tanto por una vía tan manifiestamente llena de “generalidades” como la filosofía, después de que a esta la redujeron «a la *teoría del pensamiento y de sus leyes, la lógica formal y la dialéctica*»²⁵, ahorrándose así la inevitable *abstracción* que ello implicaba.

Es cierto que –como dice Mao– para muchos, los éxitos cosechados en la interpretación y transformación de la Historia no hacen sino avalar y explicar, sin necesidad de muchas palabras, los principios universales del

marxismo, que luego pretenden trasladar mecánicamente sin más a cualquier situación. Y no ven cómo esos éxitos, esos principios universales, históricamente sólo han podido surgir acumulando análisis concretos y particulares, y conectándolos entre ellos. Es esto lo que aquel nos quiere decir cuando afirma que esa “universalidad de la contradicción” (que tanto declaran los dogmáticos conocer) “reside en la particularidad de la contradicción”. Mao sostiene que la asimilación y utilización correcta (con éxito) de los principios universales del marxismo solo puede venir tras una comprensión de la importancia de la particularidad alejada de toda actitud dogmática.

Seguramente, en la lucha contra los dogmáticos, el dirigente chino no contaba con la autoridad que entre aquellos sentarían los propios fundadores del marxismo. Sobre esto –por lo demás, muy normal– ya había precedentes, como la actitud de los mencheviques (tan “guardianes” de la ortodoxia marxista) contra Lenin. No es tampoco descabellado pensar que Mao sintiera la necesidad de expresar filosóficamente (aunque, como digo, a mi entender al final “filosofó” demasiado el asunto) lo que recomendaron y realizaron los anteriores clásicos del marxismo. Pero no se ve, por ejemplo en su escrito *Sobre la Contradicción*, que pretenda ir más allá de explicar lo ya dicho por estos. No obstante, habría que ver la influencia del líder chino, ya sea por activa o por pasiva, en que se interpretaran sus escritos (sobre todo los filosóficos) como un desarrollo principal del marxismo... leninismo.²⁶

5. El concepto de “formación económica”, a mitad de camino entre los modos de producción establecidos por la teoría y la realidad concreta a estudiar.

El concepto de formación económica surge precisamente en el análisis histórico para, dentro del propio plano de la teoría, “compensar” o tener en cuenta la diferencia insalvable entre las categorías (conceptos) de los regímenes económicos (feudalismo, capitalismo, socialismo, etc.) y las propias realidades nacionales o estatales concretas sobre las que actuamos (comprendiéndolas y superándolas). En cualquier caso, el propio concepto de formación económica (como todos) no es inexacto con respecto a la realidad porque se refiera a “una realidad social impura”, sino debido a su propia «*naturaleza esencial del concepto*» (como nos dice Engels, *Op. cit.*). Pero,

²⁵ F. Engels, *Anti-Dühring*, Introducción.

²⁶ Ya en su momento elegí poner puntos suspensivos y no el guión para visualizar la negativa a “etapizar” el marxismo *incluso* con respecto al leninismo.

además, en este caso nos encontramos ante una categoría que por propia definición teórica es tan vaga, tan general, que podemos decir que es de las menos inexactas con respecto a la realidad, al “reconocer” la propia inexactitud en su (propia falta de) definición.

Precisamente Marx nos previene en *El Capital* de que él va a suponer que toda la formación económica concreta sobre la que principalmente está estudiando (en este caso, la inglesa) es puramente capitalista para deducir ciertas leyes de dicho régimen económico (las más básicas) que solo se pueden deducir, elaborar y plantear si nos abstraemos del conjunto de la formación económica base de estudio. Por tanto, Marx resuelve la contradicción que le supone, por un lado, *tener* que basarse en formaciones concretas para deducir las leyes universales de los diferentes regímenes económicos, al tiempo que necesita *distanciarse* de las particularidades más “particulares” de dichas formaciones económicas. Por eso, más que nada, al principio de su *obra económica* Marx no analiza las formaciones económicas en tanto que tales, sino analiza en base a ellas (como insoslayable elemento material de investigación) para separar los regímenes económicos históricos y luego poder entablar el estudio más ordenado posible de las formaciones económicas en concreto, que es lo que realmente interesa para la actividad revolucionaria.

La formación económica es un concepto que es necesario en la medida en que recuerda que la realidad de un país es una “combinación” que en esencia obedece a distintos regímenes económicos (con importancia diferente). Pues bien, dicha combinación en ningún modo deja de responder también a ciertas leyes en el sentido de conexiones internas; leyes que pueden ser sistematizadas universalmente para un conjunto de formaciones parecidas; leyes cuya comprensión alejan toda sospecha de eclecticismo. Y aquí, en sentido estricto, ya no hablamos en el plano de los diferentes regímenes económicos fundamentales (feudalismo, capitalismo, socialismo...), sino más bien podemos decir que hablamos de: países adelantados industrialmente imperialistas; países no tan adelantados e industriales pero apenas feudales; países con grandes reminiscencias feudales, etc. Concretemos más: por ejemplo, países donde la burguesía ha superado el problema agrario con respecto al feudalismo y la clase obrera cuenta con un gran período de existencia y de experiencias diversas; y, entre ellos, países que han conocido un gran período como potencia colonial capitalista. O, por otro lado, países como la Rusia del 17, donde a la vez que se da una clase obrera muy numerosa (en términos absolutos) aunque relativamente pequeña, pero muy joven y concentrada, también se da un

gran campesinado que apenas ha salido del vasallaje y que ya no puede contar con la burguesía para que termine de resolver su contradicción feudal con la aristocracia, debido a que ya estamos en la época del imperialismo y de la revolución proletaria mundial (lo que hace que la burguesía timorata se alíe como sea con la propia aristocracia).

Pues bien, aunque el concepto de formación económica es más vago que el de régimen económico, permite también, como decimos, el estudio agrupado de las realidades económicas concretas para deducir leyes de rango universal, *aunque menos importantes* (en cuanto a su universalidad) que las leyes propias de los regímenes económicos fundamentales por separado. Son leyes universales porque superan una particularidad concreta, y además nos conducen a entender mejor, a enriquecer el contenido de las leyes universales más importantes que se refieren a los regímenes fundamentales en que clasificamos la evolución histórica. Es así como habría que entender la recomendación de Engels (*Op. cit.*) acerca de que «*hay que reestudiar toda la historia, hay que someter a una investigación detallada las condiciones de existencia de las diversas formaciones sociales antes de intentar deducir los modos de concepción (...) que les corresponden*». Y en pura lógica con lo dicho acerca de la inexactitud intrínseca de los conceptos, dichas leyes algo menos universales (pero universales al fin y al cabo) tampoco serán “exactas” con respecto a cada formación económica por separado, lo que siempre obligará a estudiarla en concreto (cada formación por su lado).

6. La construcción del socialismo, algo más complicado que aplicar un manual²⁷

Para la comprensión de los problemas surgidos en el desarrollo de la revolución socialista mundial no vamos a avanzar mucho reavivando posicionamientos entre Stalin y Mao acerca, por ejemplo, de lo que defendían que debería ser considerado como mercancía o no. Algo más complicada debe ser la realidad de la problemática de la construcción del socialismo, cuando resulta que prácticamente en todos los países del campo socialista, con toda las combinaciones posibles de dirigentes más o menos

²⁷ El artículo que critiqué en 1999 terminaba con un apartado que versaba sobre la construcción económica en el socialismo y enfrentaba las posiciones de Stalin y Mao acerca de lo que “el “manual socialista” (retomando los términos que entonces utilicé) dictamina por mercantilizable o no, y en general, sobre la línea de edificación socialista a seguir. Una cuestión, esta, de máximo debate en lo referente al desarrollo del socialismo en los países que históricamente no son precisamente los más centrales y desarrollados del capitalismo en la época del imperialismo.

ortodoxos, más o menos dogmáticos, más o menos eclécticos, la contrarrevolución ha cosechado triunfos.

En línea con lo que venimos sosteniendo, Stalin y Mao, para sus políticas inmediatas, no se encontraron con un fondo universal del marxismo tan nutrido como para que ante las cuestiones que se le plantean a una revolución que se quiere socialista —máxime en países atrasados y cercados por los imperialistas— todo se reduzca a una cuestión de forma a la hora de aplicar el “manual socialista”.

A riesgo de parecer teorista —pero entendiendo que el hilo conductor de este trabajo es cómo vamos de la mano de los principios a la realidad que queremos transformar— de lo que se trata es de adentrarse en la complejidad de las cuestiones prácticas que se le plantean a una revolución y de qué asuntos se “adaptan” a tal o cual principio ya existente y cuáles son en sí mismos tan “desconocidos” que no cabe de momento una respuesta general válida universalmente, sino que se precisa un esfuerzo de los revolucionarios locales por encontrar la situación más óptima que permita el progreso. Y, por supuesto, siempre con el interés de precisar las leyes generales que nos permitan a todos andar menos “a ciegas”. No hay que temer que la vigilancia revolucionaria acerca de los principios se resienta; al contrario, la alejamos de esas “particulares” interpretaciones que la caricaturizan.

Una cosa es que, porque un país sea atrasado industrialmente y además cercado por los imperialistas, los comunistas locales no fomenten una estatalización de todas las empresas ya que lo consideren un voluntarismo que no tiene en cuenta las demandas ni las posibilidades reales de las clases trabajadoras, y otra cosa es que a los obreros de las empresas privadas les quieran convencer de que lo que se embolsan sus propietarios, por muy “patrióticos” que se les presente, no es ya producto de una explotación como la descrita en *El Capital*. Dichos comunistas locales se ven obligados a reconocer la imposibilidad o inoportunidad de eliminar a todos los capitalistas, pero no pueden (bajo ropaje patriótico alguno para la ocasión) “desburguesar” a los que queden. Como comunistas deben fomentar la lucha de clases para que maduren y se aceleren las condiciones a fin de que la plusvalía desaparezca lo antes posible. Ante lo primero, no hay que apresurarse por estigmatizar a esos comunistas por no “cumplir” el programa comunista establecido internacionalmente. Si no tienen en cuenta lo segundo, habría que entrecomillar su condición de comunistas; y esto, sin necesidad de vivir particularmente su experiencia. Confundirse ante esta situación es tan absurdo como declarar que, porque hayamos

acabado con la burguesía, ya el peligro burgués es sólo internacional, cuando resulta que la ideología burguesa se reproduce, por ejemplo, vía corrupción de los funcionarios del Estado que en algún modo “mercantilizan” lo que se ha prohibido²⁸. Sobre todo, resulta más absurdo no tener en cuenta esto con la experiencia acumulada en el siglo XX.

Por supuesto que, si China y la Unión Soviética eran socialistas y sus dirigentes comunistas, estaban obligados a cumplir unos principios internacionales, porque el movimiento comunista se debe más como comunista a sus obligaciones internacionalistas que a las tareas nacionales. Pero la transformación revolucionaria de cada sociedad dependerá fundamentalmente del grado de madurez de la misma, o sencillamente nos encontraremos con un voluntarismo que en un contexto internacional adverso no hará sino favorecer su retroceso.

Por el hecho de decir que China y la Unión Soviética son socialistas, los límites de ambas para la construcción del socialismo no se elevan por arte de magia. Y aunque no sea lo mismo (porque la voluntad en el socialismo pesa más que en el capitalismo), que ahora se declarasen capitalistas no les situaría en la misma situación histórica que la India, como si nada hubiera pasado. En realidad, más bien va a tomar importancia hablar de *época socialista mundial* que se inicia con la Revolución de Octubre y donde cada revolución, aparte de las tareas nacionales (en función de su composición nacional), tiene una importancia internacional que va a ir más allá de los propios avatares, aunque algunas revoluciones, en el plano nacional, no puedan de momento ir mucho más lejos de un programa democrático y algo “eclectico”.

Además, y hablando de revolución en países atrasados en el desarrollo capitalista industrial, para ser más precisos hay que recalcar que es más justo hablar de revoluciones populares que conscientemente se adentran en la vía socialista y bajo la dirección de los comunistas; vía socialista que, en realidad, es la única “viabilidad” progresista en la época del imperialismo, y cuando ya la burguesía no es capaz de hacer, ni aún menos de concluir, su revolución clásica. Y, sobre todo, tiene sentido hablar de vía socialista en la medida en que se materializan las medidas socialistas que ya se exigen.

²⁸ Sobre este asunto que denomino “interpenetración y reproducción de contrarios” volveré en el posterior apartado, que es una edición de mi escrito, también de 1999, *Comentario sobre la unidad de contrarios*.

En la época del imperialismo, desde el momento en que se plantea el objetivo del socialismo, las sociedades revolucionarias poco desarrolladas realmente no tienen otra salida que incluir sus etapas de “nueva democracia” (en la terminología maoísta) como eslabones intermedios dirigidos en todo momento a la propia construcción del socialismo con los únicos límites admisibles que definen la maduración interna de la sociedad y las condiciones internacionales. Por esto, las medidas y etapas o fases democráticas en la revolución de “países atrasados” dirigidas por la clase obrera, y que se adentran en la vía socialista, deberían ser consideradas como problemas del socialismo científico (de su universal) y no desechadas porque no están hasta entonces recogidas de manera clara o acabada en los principios del movimiento comunista.

La Revolución de Octubre ya se denomina socialista, pero históricamente se imponen muchas tareas que no son, en sentido estricto, socialistas. Por ejemplo, una de las tareas que se da es consumir al máximo las reivindicaciones democráticas de las masas campesinas en cuanto a la propiedad y el reparto de la tierra; reivindicaciones que no superan (porque no se podía) el marco capitalista. Esto llevó a Kautsky y otros a decir que en Octubre no se debería haber “impuesto” una revolución socialista. Los bolcheviques respondieron que no iban a esperar más a lo que previamente debería llegar (según “los manuales”) para avanzar hacia el socialismo pero que nunca iba a llegar (de la mano de la burguesía). Y que, por tanto, con la clase obrera como núcleo de dirección del poder se iba a ayudar a los campesinos a materializar por fin reivindicaciones de la democracia-burguesa. Con ello, los bolcheviques —que ya están comenzando a dirigir la aplicación de medidas socialistas— esperan que a partir de ahí se pueda dar un salto en la conciencia de la masa de campesinos pobres y se sumen a la obra de construcción del socialismo. O sea, si bien la medida de la nacionalización de la tierra no es una medida en sí socialista, no tiene el mismo significado (y por supuesto, consecuencias) si se toma en un país capitalista que cuando se toma tras la revolución socialista; revolución esta que desplaza de la dirección del Estado a la burguesía, que destruye su maquinaria represiva y burocrática, que comienza a edificar el poder obrero. Y que por nada en el mundo es más apropiado denominarla como revolución democrático-burguesa, por más que se dé en un “país atrasado”.

En definitiva, históricamente el planteamiento y la solución de las reivindicaciones y tareas anteriores al socialismo, pero con la clase obrera en el poder, no se parecen a cómo se plantean y solucionan cuando la

burguesía no ha sido derrocada. Y de esa experiencia se derivan enseñanzas para el movimiento comunista que van más allá de lo particular y que, en definitiva, enriquecerán el conocimiento universal sobre la problemática de la superación del capitalismo por el socialismo.

Por tanto, más allá de nombres, lo importante es cómo contextualizar la complejidad de cada sociedad y su revolución en función de su madurez en la época del tránsito del capitalismo al socialismo y al comunismo en un plano internacional. En ese lento y largo proceso, ningún esfuerzo y sacrificio nacionales serán en vano, aunque que parezca que a veces se está dando marcha atrás. En realidad, ¿no es este el significado profundo de esa tesis universal que cada vez se precisa más y que ya comenzara a establecer Marx cuando planteó en *La ideología alemana* que “el comunismo solo podría ser un acto de países desarrollados”²⁹? A lo que no se refirió (y no podía referirse) es a la complejidad de ese acto y al papel que en él representarían el resto de los pueblos del mundo. Y, además, hay que reparar en que hoy los propios conceptos de “desarrollo” y “atraso” han quedado muy modificados; solo sea teniendo en cuenta la experiencia socialista vivida que hace que, en muchos aspectos, los pueblos que la han protagonizado hayan tomado la delantera a las que viven en los más “modernos” países imperialistas: son muchas las décadas en que el propio imperialismo capitalista ha sido limitado por el campo socialista, son muchas décadas como para que la Historia se escriba como si sólo hubiera habido imperialismo.

El conocimiento y el dominio de las leyes históricas de la construcción socialista van a superar con mucho lo que dio de sí la teoría que acompañó a las políticas inmediatas que tuvieron que afrontar Stalin y

²⁹ En la parte primera, titulada “Historia”, del apartado A “La ideología en general y la ideología alemana en particular” de *La ideología alemana* aparece una nota marginal de Marx en la que habla del comunismo como «la acción simultánea de los pueblos [de países] dominantes, lo que presupone a su vez el desarrollo universal de la fuerza productiva y de los intercambios mundiales». Antes llega a decir que «toda extensión de los intercambios [universales] aboliría [experiencias de] comunismo local». Evidentemente, estas afirmaciones de Marx no pueden tomarse al pie de la letra sin las debidas actualizaciones y precisiones. Pero con todas las salvedades pertinentes, estamos frente a unas palabras que reflejan una extraordinaria potencia de análisis teórico-histórico del comunismo como conclusión e “inserción” práctica en el propio desarrollo de la humanidad. En esta misma nota marginal es donde se encuentra también la afirmación: «El comunismo no es para nosotros ni un estado que deba ser creado, ni un ideal ante el cual la realidad deba adaptarse. Nosotros llamamos comunismo al movimiento real que anula y supera el estado actual de las cosas». En realidad, toda esta nota marginal debería ser de lectura obligada. (Todas las citas son de traducción propia del texto en francés correspondiente a *L'idéologie allemande*, Paris, Editions sociales, 1974).

Mao. Estos se encontraron con la “patata caliente” de construir el socialismo cercados por el imperialismo. Quizá por esto, sus contribuciones teóricas en este campo están impregnadas de los propios límites históricos con los que se encontraron. E impregnadas también de demasiada “inmediatez” como para ligar sus problemas urgentes e inaplazables con el proceso de maduración para el socialismo, no ya en sus países, sino a escala mundial. Además, no se podían ni imaginar cómo se han desarrollado los acontecimientos de la famosa “caída del campo socialista”. Por todo esto, para la comprensión de la problemática inherente al desarrollo del socialismo se impone, paradójicamente, una *vuelta a Marx como punto de partida sólido*. A partir del cual, las contribuciones particulares y necesarias de Stalin y Mao encuentran mejor su sitio.

Efectivamente, a pesar de las actualizaciones pertinentes, dada la experiencia vivida, sigue siendo en Marx (en el plano teórico) donde encontramos bastantes claves para comenzar a abordar cuestiones como: revolución popular o ya socialista; diferenciación de revolución en época socialista con contenido socialista de una revolución; sociedades de transición; desarrollo de la conciencia comunista de los pueblos más allá de momentos de euforia histórica que se llenan de proclamas pero que no pasan de ser *de hecho* movimientos con aspiraciones democráticas; etc. ¿Cómo es posible encontrar más universalidad en Marx si le faltaron “los particulares” de las revoluciones rusa y china?

Las leyes más precisas para la construcción *sólida* del socialismo van a surgir de una práctica de masas que incluya tanto a los propios países desarrollados como a los países “en transición”. Hay que tener en cuenta también que las leyes para la construcción del socialismo no comienzan a surgir con los primeros pasos prácticos dados allí donde la revolución ha triunfado, sino que se vienen gestando desde la propia práctica acumulada por el desarrollo capitalista y la lucha de clases internacional que lo acompaña. De aquí que, a pesar de que Marx no protagonizó ninguna política inmediata de construcción socialista, sí pudo adelantar —sólo sea en retazos— bastantes tesis geniales.

Las tesis específicas para la construcción del socialismo se corresponden con una gran etapa histórica: necesitan sumar una gran experiencia. Y precisamente, desde la perspectiva histórica de conjunto de la evolución de la humanidad, y por haber comenzado la revolución socialista por países atrasados desde el punto de vista del desarrollo capitalista, la gran comprensión de conjunto de Marx, su genialidad, sigue siendo más potente para la elaboración de esas tesis específicas que los

años de “ventaja” práctica directa o indirecta que muchos le podamos llevar.

Toda la época que vivimos no es sino el desarrollo necesario de toda la historia anterior, y muchos comportamientos de las masas en las revoluciones socialistas pueden ser en gran parte explicados por la manera de actuar —comprobada y estudiada— de los pueblos a lo largo de los movimientos revolucionarios que se suceden desde hace ya más de 200 años. Máxime, cuando *objetivamente* las grandes masas de países atrasados desde el punto de vista capitalista han actuado en la revolución socialista no tanto como los comunistas hubiésemos deseado, sino a menudo a semejanza de las revoluciones cuyas aspiraciones no podían superar las meramente democráticas.

La madurez de las masas no debe medirse por las consignas que proclaman, sino por aquello a lo que aspiran. No es lo mismo que aquellas pongan en duda el modo de distribución de las mercancías que el modo de producción de las mismas. ¿No supondría un avance aún mayor que quisieran enviar la misma producción de mercancías al basurero de la historia porque comprendan que hoy, en cualquier cambio mercantil, ya no es posible reproducir otra cosa que no sea un “trozo” de ideología burguesa (por más que ya hubiera mercancías antes del capitalismo)?

Cada vez quedará más claro que no es lo mismo el socialismo como transición mundial hacia el comunismo que incluya, por fin, a los países capitalistas desarrollados, que lo que hay detrás del nombre ‘socialismo’ en países más atrasados (siempre según el punto de vista del desarrollo industrial capitalista) en los que el imperialismo ha logrado desarrollar directa o indirectamente en capas de la población el apetito mercantilista por “insuficientemente satisfecho” (lo desconocido); incluso, si se ha procedido a la eliminación de la clase burguesa *local*.

Precisamente, una cuestión muy importante estriba en saber en qué grado las masas han superado “ideológicamente” a las mercancías, en qué grado se imposibilitan las condiciones internas para que se reproduzca lo burgués, ya que sobre esas condiciones internas actúa el imperialismo como factor externo. Se ha visto que el imperialismo no ha necesitado exportar físicamente burgueses en el campo ex-socialista; han surgido muchos candidatos de los propios “aparatos oficiales”. En el siguiente apartado trato más específicamente sobre este aspecto.

Es imposible, pues, avanzar *sólidamente* en la conciencia necesaria para desarrollar el socialismo *sin avanzar en la destrucción del imperialismo a escala mundial*. En este sentido, traigo a colación un extracto de un comentario

que redacté poco antes de que estallara la polémica sobre “lo universal y lo particular” y cuando todavía el capitalismo estaba pletórico de su “triunfo eterno” sobre el comunismo. Un texto que resalta la responsabilidad de nuestros procesos revolucionarios en el centro del campo de países imperialistas por el solo hecho de debilitar a nuestros Estados e independientemente de la “lejanía” en la toma del poder:

«Es cierto que el Occidente reaccionario no puede jugar el papel de ‘centro’ revolucionario, pero sobre todo no lo es, en cuanto al comienzo de la revolución. Sin embargo, seguramente sigue teniendo en sus manos las llaves para su ‘consolidación’. Esto es importante, porque lo que ha pasado y podrá aún pasar, ‘independientemente’ del revisionismo [entrecomillo independientemente porque, en ningún caso, ha de despreciarse la lucha contra el revisionismo], tiene que ver con el límite histórico-mundial que supone que los países imperialistas continúen siéndolo. No en vano, debe ser tomada en cuenta la tesis de Marx de que el comunismo es sobre todo un acto de los pueblos desarrollados, de que sólo puede entenderse a escala mundial. (...) Cada revolución, además de sus consecuencias nacionales, en cuanto a sus realizaciones, tiene una significación internacional. Y esto, cada partido nacional o estatal ha de tenerlo en cuenta.

La responsabilidad internacional de las revoluciones en Oriente finalmente ha sido la de ‘abrir la veda’ contra el monstruo imperialista; las del Occidente, ese Occidente tan reaccionario ahora, sigue siendo la de consolidar la construcción mundial del comunismo. (...) El Occidente reaccionario, en tanto continúe, seguirá siendo fuente de problemas, seguirá limitando la construcción del socialismo allí donde comience este, por más claridad en la línea que se tenga allí. (...) Y no sólo el Occidente reaccionario limitará por su agresividad y chantaje militares, sino porque en no pocos aspectos, muchas sociedades que acceden a la revolución socialista (en este sentido, la época de tránsito del capitalismo al socialismo marca a todos los pueblos) siguen arrastrando muchos atrasos históricos a los que ese mismo Occidente reaccionario condena al estar dominando permanentemente las relaciones económicas internacionales.

*Históricamente, para muchos pueblos, su ‘tragedia’ se sintetiza en la imposibilidad de seguir la vía capitalista, porque en la época imperialista sólo el desastre les puede tocar en la división internacional del trabajo, pero a su vez, nacionalmente no han superado toda una serie de experiencias que les haga afrontar el socialismo de la forma más madura. Esos pueblos sólo podrán profundizar incluso en la propia construcción del socialismo de una manera internacional. Este, el socialismo, sin embargo se presenta a menudo como estandarte de independencia nacional, patriótico, cuando no el sustituto de muchas referencias ancladas en el pasado».*³⁰

El imperialismo impide el proceso “natural” de madurez de los pueblos. Por supuesto que no se debe seguir la consigna de “revolución mundial ya o nada”; en cualquier caso, como ya hemos dicho, los pueblos no esperan, y tropezón a tropezón, con sus “limitadas” y “particulares” revoluciones van llenando de contenido a la propia revolución socialista mundial y explicándonos su “esencia”, diciéndonos que si bien la revolución socialista mundial no avanzará sólidamente sin el concurso de los pueblos desarrollados dentro del sistema capitalista, estos no se moverán sin los esfuerzos y sacrificios de los pueblos situados en su “periferia”.

Entre tanto, incluso cuando las revoluciones nacionales “se niegan”, la revolución mundial madura cada vez más. Una mayor madurez para el socialismo en su conjunto es, por ejemplo, la que se da cuando muchas personas en el campo ex-socialista experimentan y desgraciadamente sufren el coste de querer hacer realidad esas “ilusiones mercantiles insatisfechas”; cuando comprenden que el socialismo está reñido con una actitud *pasiva* que espera del Estado socialista lo que se le ha negado por años de atraso con respecto al capitalismo avanzado. Y extraen sus conclusiones acerca de un ilusionismo que se les ha convertido en pesadilla.

Las revoluciones son necesarias tanto por sus “épocas doradas” como por sus “negaciones”. La revolución mundial hacia el comunismo finalmente será (está siendo) un conjunto aparentemente desordenado de muchas revoluciones “locales” que se irán apoyando entre sí, que se irán tropezando, ridiculizando a sí mismas (por emplear las palabras de Marx), al echar un vistazo atrás a la obra realizada. Un proceso donde el significado histórico de cada revolución nacional va más allá de las propias aspiraciones y transformaciones nacionales. Y es que, a modo de ejemplo, aunque todos los rusos negaran Octubre, Octubre no les pertenece en exclusiva; la Historia no sólo “les encomendó” que lo protagonizarán para ellos solos.

7. Acerca de la identidad de los contrarios: su interpenetración y reproducción.³¹

La cuestión filosófica de la unidad de contrarios forma parte de la base teórica de cómo llevar la lucha de clases en general, y en particular contra la burguesía en las diferentes fases o etapas por las que pasa la revolución socialista.

³⁰ Parte de este texto fue incluido en el artículo *La comprensión como ánimo* que abre esta recopilación.

Hay quienes deducen que la raíz de la restauración capitalista en China está en no haber eliminado al contrario burgués, debido fundamentalmente a una mala interpretación o comprensión por parte de Mao del problema de la “unidad de contrarios”. Y que Stalin lo comprendió bien en la Unión Soviética, procedió correctamente en la eliminación de la burguesía, la declaró aniquilada, señaló “el exterior” como el mayor peligro y, en base a esto último, llamó a fortalecer el Estado.

Sin embargo, entre quienes así piensan, no niegan también que unos “señores” —que, por cierto, aplaudían y juraban fidelidad a Stalin como los que más— comenzaron inmediatamente tras su muerte a abonar el terreno para la correspondiente restauración capitalista en la Unión Soviética. De ahí, que deberíamos preguntarnos, en toda lógica, acerca de la *reproducción del contrario* en una unidad determinada donde este ha sido prácticamente eliminado. Y no estamos hablando de la reproducción capitalista a partir de los restos que han quedado de lo que hasta entonces había sido la burguesía, sino a partir de la aparición de *nueva* burguesía.

En línea con lo ya apuntado en el anterior apartado, estaremos de acuerdo en que la restauración capitalista en la Unión Soviética no vino de los restos físicos de kulaks (campesinos ricos) y capitalistas que quedaron tras su eliminación como clases culminada oficialmente en 1934. ¿En qué grado de maduración quedó la unidad de contrarios soviética como para que elementos interiores a esa unidad y situados del lado positivo (al menos oficialmente) no hayan ido progresivamente llenando el vacío dejado, configurándose a fin de cuentas como el “contrario necesario”? Si bien esto es un proceso en alguna medida inevitable (y culpar a Stalin es de un simplismo absurdo que agrada a la burguesía internacional), ¿en qué condiciones ideológicas se encontraba la clase obrera y el resto de trabajadores para al menos contrarrestar el fenómeno criminal que se les venía encima, si prácticamente sólo veían contrario peligroso en el exterior?

Cabe preguntarse si la pasividad del pueblo soviético en la lucha de clases no viene mucho de esas recomendaciones a centrarse en la producción y en el fortalecimiento de un Estado que, mientras le pedía más y mejor trabajo para salvar el retardo histórico, le aseguraba que se

³¹ Lo que sigue es una edición de mi comentario de 1999 al escrito *El problema de la identidad* donde su autor, M.P.M., trataba de las interpretaciones de este problema por parte de Mao y Stalin y las ponía en relación con el curso histórico tomado por la construcción socialista en sus países.

encargaría él mismo de “gestionarle” la lucha de contrarios con la burguesía en el único terreno donde se le decía que sólo había físicamente burguesía como clase: en el extranjero.

En cualquier caso, los problemas de inmadurez para afrontar el socialismo en sociedades “atrasadas” (en lo que a desarrollo de capitalismo se refiere) y cercadas por el imperialismo han quedado corroborados. Sin embargo, como venimos diciendo y por paradójico que parezca, en la época imperialista *no hay otra vía* que la de profundizar en la perspectiva socialista, aunque el conjunto de las masas no lo vea siempre. Tanto, que por mucha etapa previa al socialismo que se considere, la lucha de clases contra la burguesía y, en definitiva, la independencia de clase con respecto a ella es algo que la clase obrera no debe relajar tras el triunfo de la revolución. Esto es importante remarcarlo porque, incluso en las primeras etapas de la revolución (esas que se denominan simplemente “democráticas”), la Historia demuestra que el control político frente a la burguesía debe ser más estricto que la permisividad que se tenga con ella en el plano económico.

En el tratamiento teórico-filosófico de este asunto, la clave está en tener en cuenta cómo se relacionan los aspectos contrarios *dentro* de una cosa y las cosas contrarias entre sí. Porque todo esto tiene que ver mucho con la posibilidad de “reproducción del contrario”, incluso después de su eliminación. (No me voy a extender en la abstracción –por otro lado necesaria– que conlleva el concepto de “cosa”; en este sentido, valdría con lo ya dicho anteriormente acerca del concepto de los límites que definen un *particular* determinado.)

Que el mundo material está unido todo él y que todo está en alguna medida relacionado con todo es verdad, pero más interesante es destacar *cómo se unen* las cosas bajo el criterio de la necesidad de existencia mutua por más que se excluyan. Soy consciente de que el término *necesidad mutua* puede llevar a equívocos si consideramos necesidad como connivencia; lo empleo en el sentido de relación de existencia histórica: el proletariado necesita (se conecta) a la burguesía y no a la nobleza que necesitaba a los siervos. Sólo en este sentido hay que interpretar las palabras de Mao de que “una piedra no pone un huevo” porque no se necesitan (despreciando las relaciones que en última instancia tiene todo).

Hay que adelantar que ello no significa que, en el transcurso de una revolución en una sociedad relativamente atrasada y dada unas circunstancias determinadas adversas y de cerco imperialista, no se deba eliminar totalmente a la burguesía en tanto que clase por más que sus

condiciones de reproducción interna continúen; es decir, a pesar de que el proletariado no ha madurado lo suficientemente todavía para eliminarse a sí mismo. Pero debe hacerse admitiendo siempre dicho peligro de reproducción *interna*.

La Historia viene a hacer una síntesis, por un lado, de la superior visión de Mao en este asunto (sus textos están llenos de verdaderas profecías, aunque dicha visión no fuera lo bastante consecuente como para deshacer en todo momento el peligro de conciliación) con, por otro lado, la justa implacabilidad antiburguesa de Stalin (más allá de que no viera *todos* los posibles caminos de la restauración capitalista).

Stalin hablaba de lo viejo y de lo nuevo, de acuerdo, pero ¿y de la reproducción de lo viejo en la nueva unidad en caso de que lo nuevo victorioso no conforme una unidad suficientemente madura?

En cualquier caso, no debe confundirse la existencia de contrarios ni la exclusión de los mismos con que debe eliminarse *ya* el contrario viejo. (Otra cosa, como ya se ha indicado, es que la revolución se vea obligada a despejar el horizonte por un buen rato, antes de meterse en experimentos pedagógicos inservibles). El aspecto nuevo se desarrolla en lucha con el aspecto viejo para que, llegado un momento, se alcance una unidad donde ambos desaparezcan. Pero, sobre todo, lo nuevo debe garantizar una madurez suficiente a la nueva unidad que posibilite su consistencia; si no, siempre ha de estar alerta a la reproducción de lo viejo.

La clase obrera soviética no quedaba en buena disposición de madurar, de superarse a sí misma, si reconocía sólo el aspecto viejo capitalista en la burguesía extranjera imperialista; más aún, si delegaba su lucha en el Estado que se encargaría de mantenerla a raya. Dificilmente se puede mantener una lucha de clases si se declara liquidada una de ellas. Aquí puede haber mucho de deseo que la realidad se encarga de negar.

Hay que insistir en la necesidad de avanzar en la comprensión de la naturaleza interna de las cosas, en la interpenetración entre ellas, no sólo en su relación externa. Las cosas se excluyen, sí, pero también se modulan e interpenetran; son sistemas abiertos. Por ejemplo, mucho de lo que creemos nuevo se desliza progresivamente a ocupar la naturaleza y posición de lo viejo (capas superiores de la sociedad socialista, pequeña burguesía...). No sólo es cuestión de restos anteriores de la burguesía, ni de contradicciones con los campesinos, intelectuales, y pequeños-burgueses simplemente como tales. Hay que estudiar con más detenimiento dicho proceso de interpenetración de los contrarios: cómo se relacionan unidades “parciales” de contrarios (la Unión Soviética y el resto del mundo) y se

condicionan; cómo ante un defecto de lo viejo y un subdesarrollo de lo nuevo en una unidad parcial (como la URSS, en tanto que parte de una unidad superior, internacional) se crean las condiciones para que algo de lo “nuevo” se haga “viejo” y se reemprenda la lucha de contrarios interiormente en esa unidad parcial de contrarios.

Es muy cierto que el cerco a la Unión Soviética no dio mucho margen de maniobra, pero quizá una determinada política coyuntural se generalizó o sistematizó demasiado. Es comprensible que tras la Segunda Guerra Mundial hubiera mucha necesidad de paz interna como para, además de centrarse en los enemigos imperialistas (que “se olvidaron” muy pronto de su condición de aliados antinazis), tener que alertar de que interiormente se podía alumbrar más de un “monstruito revisionista” cuando, encima, se había procedido a una “limpieza” considerable en los años 30.

En un plano internacional, cuando desaparezca la burguesía desaparecerá el proletariado. Y surge una nueva unidad donde sólo habrá trabajadores, donde los problemas y contradicciones serán otros, y el huevo que daba pollos burgueses habrá desaparecido, siendo imposible que de la nueva piedra a la que se ha llegado salgan polluelos capitalistas. Pero mientras exista el imperialismo, este actuará como factor externo que “caliente” a las sociedades revolucionarias para que lo que tengan de huevo burgué alumbren cada cierto tiempo sus criaturitas capitalistas.

Como decimos arriba, en el caso de que llegue a eliminarse a la burguesía en tanto que clase, el mayor problema no viene de los restos que hayan quedado. Pero amenaza mayor sí que todavía subsiste: son los elementos más reaccionarios de lo “nuevo” los que poco a poco van regenerando la burguesía aprovechándose del atraso relativo de la nueva sociedad. Comienzan por lo que menos acumulación de riqueza material se necesita, la ideología, y de momento se contentan en tomar posiciones en la disposición de los medios de producción que el pueblo trabajador les delega para, llegado el mes del parto capitalista, estar en condiciones de poseer lo que antes simplemente disponían (que se lo pregunten si no a los Chernomyrdin³² de turno) y convertir en títulos de propiedad sus “derechos” políticos. Son estos personajes quienes se postulan como negociantes ante el capitalismo internacional porque, evidentemente, algo sí que conocen del análisis marxista, y saben muy bien que en la época imperialista está más que asignado el papel de cada burguesía. Es decir, al tiempo que se aprovechan de que no es tarea fácil dar con la tecla para construir el socialismo en sociedades relativamente subdesarrolladas, no

desconocen que es imposible convertirse en potencia capitalista “autónoma”.

En términos de “unidad de contrarios”, la sociedad ex-socialista ha sufrido una polarización aún mayor, pero esta vez el fortalecimiento es del lado positivo, y muchos que objetivamente reforzaron lo viejo ahora refuerzan lo nuevo. Otra vez, una interpenetración de contrarios, pero ahora inversamente. Así, uno de los factores positivos que podrían contribuir a la reiniciativa de la revolución socialista en Rusia es sin duda la imposibilidad de encaje en el capitalismo mundial y la desaparición de muchas ilusiones mercantilistas. Pero está claro que esto no basta. La conciencia comunista experimentará un fuerte avance cuando se acabe con la concepción del Estado socialista como un Estado paternalista que asegura lo que el desorden burgués no permite. No obstante, es bueno que hasta los patriotas, los nacionalistas, vociferen contra la burguesía internacional, ya que sirve para demostrar que lo que tuvieron es mucho más realista que el propio capitalismo real. Es una gran experiencia que ayuda a las fuerzas comunistas, pero estas no olvidan que ser comunista no es una etiqueta ni una foto de quita y pon, y que, por tanto, aunque la cosa avanza se va a sufrir: ni ahora tenemos el pleno sol a la vuelta de la esquina, ni todo era sombrío cuando lo de la famosa “Caída del Muro”.

En fin, sabemos que la burguesía, además de clase que habrá que eliminar, juega un papel histórico. Pero en la época del imperialismo ya ha quedado más que demostrado que ningún país “subdesarrollado” (sobre todo sus pueblos) puede ya soñar ser “desarrollado” dentro del campo capitalista, por lo que la perspectiva socialista es la única viable incluyendo en esta la etapa meramente anti-imperialista (o de nueva democracia). No obstante, debe considerarse un serio problema las condiciones internas en que queda la sociedad “atrasada” que accede al camino socialista para superar enteramente a la burguesía.

Dado que lo nuevo no ha podido madurar suficientemente, las unidades parciales que conozcan el triunfo revolucionario no podrán extirpar definitivamente al contrario burgués o, mejor dicho, no podrán hacer desaparecer la amenaza de que se desarrolle en base a sus condiciones

³² Víctor Chernomyrdin ocupó altos cargos administrativos, como miembro del PCUS, en la industria estatal soviética. Tras la desaparición de la URSS, fue primer ministro de Rusia con Boris Yeltsin de 1992 a 1998. Celebrado por Occidente por su rol clave en la transición a la “economía de mercado”, era al mismo tiempo considerado como “oligarca de los negocios rusos”.

de reproducción interna, mientras exista el “calor imperialista”. *De ahí la importancia que hemos de dar al desarrollo del movimiento antiimperialista en el centro mismo del imperialismo.* Y ello, en base a una convicción de responsabilidad internacionalista: antes de entrar en la crítica detallada y “lejana” de por qué se ha reproducido lo viejo en una unidad revolucionaria parcial que no es la nuestra (en un país donde triunfó un proceso que se quiso socialista), antes, habrá que ganarse el derecho a esa crítica “exterior” desarrollando en nuestro propio marco el proceso revolucionario que dificulte que los agentes inductores de misma nacionalidad que la nuestra (“nuestra” burguesía) contribuyan a reproducir lo viejo allí.

Se ha demostrado que, en sociedades relativamente atrasadas, toda destrucción de la burguesía interior debe ir acompañada de una fuerte ayuda exterior de sociedades socialistas más avanzadas y de un combate por el debilitamiento imperialista; en cualquier caso, de un despliegue de la lucha de clases que vaya combinando el ataque a la burguesía exterior (ayuda a otras revoluciones) con un fuerte control de la burguesía interior con respecto a la cual puede haber diferentes tratamientos según las etapas en que se encuentre el proceso revolucionario, no considerando a este como una línea recta.

Habrà que estar alerta ante los vaivenes que se puedan dar y, en definitiva, ante las interpenetraciones entre contrarios, en un sentido y otro (habrà que saber moverse en la inestabilidad), todo ello en una línea de desarrollo histórico ascendente, en busca de que la unidad de contrarios internacional dé paso a una nueva donde tanto la burguesía (lo viejo) como el proletariado (lo nuevo) desaparezcan.

8. La inevitabilidad de las malinterpretaciones: ¿otra “ley universal”?

Está claro que siempre hay que esforzarse por procurar a toda a costa no dar argumentos a los revisionistas. Pero, en realidad, es imposible que los teóricos del marxismo puedan mantenerse tan perfectos, tan “puros”, tan “completos” y “exactos” en todo momento, como para evitar que los que se quieran “salir por la tangente” no encuentren algún tipo de “agarraderas” en el desarrollo de su obra. En este sentido, ¿ha quedado libre alguno de los clásicos del marxismo (incluido el propio Marx) de esos discípulos que, jurando mantenerse en la ortodoxia de su Maestro, no lo hayan utilizado para encubrir, en no pocos casos, su vocación de vulgares *Judas*?

El hecho de que, por ejemplo, Mao, en su intento de contribuir al desarrollo de la revolución en China, formulara ciertas tesis, hiciera afirmaciones y practicara ciertas cosas que contravinieron leyes universales

(por tanto, aplicables a China) ya establecidas, eso es algo que por principio no hay que descartar a la vista del proceso seguido posteriormente por la Revolución china y lo que allí ha habido de restauración capitalista. Es más, conforme vaya transcurriendo el tiempo y tengamos un mayor conocimiento de lo que ha pasado en China durante y después de Mao, es indudable que estaremos en mejores condiciones para contrastar su obra, pero de la misma manera que deberemos contrastar la de cualquier líder revolucionario. Sobre todo, la de aquellos cuya tarea ha sido la de dirigir de forma inmediata la revolución, sin tiempo ni elementos para ver cómo conjugar con la realidad de los países atrasados desde el punto de vista capitalista una teoría revolucionaria que ha deducido sus principios universales teniendo en cuenta el desarrollo de los países industrializados avanzados. Este es el caso de Mao y hasta del propio Stalin.

Es muy posible que el líder revolucionario chino, en la necesaria *lucha teórica* que tuvo que llevar a cabo (esa que consideraba Engels como ‘tercer apartado de la lucha de clases’), forzara las cosas hasta un punto que, o bien él mismo se salió a veces por la tangente, o bien dio elementos justificativos para que otros desarrollaran su revisionismo y oportunismo. Así, uno de los campos que Mao trató, y que fue especialmente utilizado por el revisionismo y el oportunismo, era el de la “filosofía”; concretamente, cuando tuvo que poner el acento en la *importancia de lo particular* en su relación dialéctica con lo universal. Debe quedar claro que la importancia de centrarse en lo particular no es algo que se le deba a “pensamiento maoísta” alguno y, desde luego, Mao cometió un error si no se enfrentó a semejante interpretación y no siempre defendiera de forma consecuente que **el marxismo no necesita que se le añada ninguna etapa de desarrollo general**.

Pero, independientemente de las imperfecciones o límites (tanto teóricos como prácticos) de tal o cual líder revolucionario, parece que se precisa como una *ley universal* la inevitabilidad de que el revisionismo y el oportunismo busquen y encuentren “agarraderas” en todo desarrollo *concreto* de la teoría revolucionaria.

Efectivamente, todo desarrollo de la teoría revolucionaria se hace en *lucha concreta* contra unas tesis falsas que pretenden establecerse. Y toda tesis falsa pone el acento en un aspecto de la teoría, por lo que los revolucionarios se ven *obligados* a resaltar lo que se pretende negar como cierto, y que, además, *en ese momento* es necesario destacar. Pero, precisamente, desde el momento en que se resalta un aspecto, sobreviene el peligro, se establecen condiciones (y “agarraderas”) para *salirse por la*

tangente. Incluso es muy posible que ya se salga, sólo sea un “poco”, el propio revolucionario que *en ese momento* está representando la posición avanzada, progresista y justa, en definitiva, lo nuevo. El riesgo aumenta cuando los revolucionarios marxistas que se enfrentan a este asunto son, a lo sumo, talentosos discípulos de Marx, aunque alejados de la genialidad de este (como diría Engels, incluyéndose él mismo entre ellos). Pero ni la misma genialidad de Marx pudo conjurar el maleficio que supone la posibilidad de falsas interpretaciones.

Podríamos referirnos a otros ejemplos similares, pero baste por el momento con la queja expresada por el propio Engels en una carta dirigida, en septiembre de 1890, a J. Bloch, líder socialdemócrata alemán, en la que se lamenta de las interpretaciones unilaterales hechas por algunos “marxistas” de los planteamientos de Marx y de él mismo: *«El que los discípulos hagan a veces más hincapié del debido en el aspecto económico, es cosa de la que, en parte, tenemos la culpa Marx y yo mismo. Frente a los adversarios, teníamos que subrayar este principio cardinal que se negaba, y no siempre disponíamos de tiempo, espacio y ocasión para dar la debida importancia a los demás factores que intervienen en el juego de las acciones y reacciones. (...) Desgraciadamente, ocurre con harta frecuencia que se cree haber entendido totalmente y que se puede manejar sin más una nueva teoría por el mero hecho de haberse asimilado, y no siempre exactamente, sus tesis fundamentales. De este reproche no se hallan exentos muchos de los nuevos ‘marxistas’, y hay que decir también que han hecho cosas singulares»*.³³

En realidad, si reparamos en cómo avanza el propio conocimiento humano, ayudamos a explicarnos la amenaza de falsas interpretaciones. Sin referirse exactamente a este asunto, Lenin ya nos dice que *«el conocimiento humano no describe una línea recta, sino una curva que se aproxima indefinidamente a una (...) espiral. Todo segmento, trozo, de esta curva puede ser cambiado (cambiado unilateralmente) en una línea recta independiente, entera (donde ella es fijada por el interés de clase de las clases dominantes)»*³⁴. Ciertamente que aquí Lenin está explicando la causa científica del idealismo, pero es evidente que si esto lo relacionamos con la necesidad de estudiar en concreto las cosas —de recorrer la curva del conocimiento tramo a tramo— es cuando debemos reparar no ya en el riesgo de que un autor de una tesis sea él quien protagonice, en lo fundamental, la salida de tangente, sino que sean otros los que

³³ Extracto de una carta a Joseph Bloch, fechada el 21 de septiembre de 1890, incluida en *Études Philosophiques*, París, Edition sociales, 1972, pp. 240-241. La traducción es mía.

aprovechándose de los lugares más vulnerables (y siempre los hay) de esa tesis la interpreten falsamente. Imaginemos lo que resultará de si a *poder* hacerlo se le suma el *interés* de hacerlo.

Ni que decir tiene que se trata, en cualquier caso, de analizar sin tapujos toda formulación teórica, por más *buen*a intención que abrigue su autor, pero teniendo en cuenta, al mismo tiempo, el *contexto* en que se da esa formulación. Y ello, a fin de descubrir la “esencia” de lo que se pretende formular —más allá de sus inexactitudes y de las interpretaciones falsas e interesadas— sirviendo el contexto para dilucidar qué es lo que hay superar en el momento de la formulación de esa tesis. De esta manera seremos capaces de precisar posteriormente aún mejor lo que el autor se ha propuesto, no ya superando las propias inexactitudes que en su momento podía haber —con el grado de conocimiento entonces existente— sino, ahora, contando con la experiencia posterior y viendo cómo se ha interpretado en su conjunto esa tesis. Sólo así podremos valorar justamente al autor.

Desde luego, lo que no es buen remedio para situar correctamente a un autor y contrarrestar la amenaza de malinterpretaciones, incluidas las involuntarias, es que la crítica caiga en la tentación de esa lógica “deductiva”, pero muy facilona, consistente en decir que “algo de grave tiene que haber en la formulación de dicho autor porque algo tiene que explicar lo que ha pasado”. Ya que afirmar esto último no deja de ser una generalidad que, por sí misma, no nos hace avanzar un ápice en la búsqueda de la verdad, y que, además, justifica muchos “saltos mortales” entre causas y efectos. Máxime, cuando todo está relacionado en última instancia y, en algún que otro grado, todo es causa de todo.

³⁴ Lenin, *Cuadernos Filosóficos*.

La importancia del análisis internacional³⁵

Síntesis previa.-

Debe ponerse el acento en la necesidad de seguir la evolución de las contradicciones interimperialistas como factor mayor que contribuye al desarrollo de la revolución. Hoy en día esto supone principalmente:

1.- No sólo reconocer las evidentes diferencias entre el campo imperialista occidental en su conjunto y los países del “tercer mundo”. No contentarse con ampliar esas diferencias a las que cada vez se manifiestan más entre “Occidente” y, por otro lado, Rusia y China, que se creían resueltas tras las nuevas orientaciones de “economía de mercado” en estos países. Nos interesa también identificar las contradicciones –todavía en gran parte ocultas por la diplomacia– que vienen surgiendo tras el fin de la Guerra Fría dentro del propio campo imperialista occidental, principalmente entre el núcleo central de la Unión Europea (UE) y los Estados Unidos. Desde luego, no exagerar diciendo que ya están en guerra, sino describir en qué momento están en la evolución de sus diferencias y cómo las manifiestan, incluidas las guerras a “terceros”, como en el caso de Irak.

2.- Crítica de la tesis acerca del poder “supremo” y único del imperialismo USA. EEUU no tiene la fuerza para ser la única potencia sin discusión, aunque sí tiene todavía (y por bastante tiempo) la suficiente para que no haya dos iguales. He aquí una de las características de la actual situación mundial que explica la diferente forma y cobertura y el ritmo descompasado con los que se manejan los diferentes Estados imperialistas. Así, por ejemplo, mientras que el país que está en la base de la Unión Europea, Alemania, va de “tapadillo” y hace aún todo lo posible por no moverse de la foto, los estadounidenses –conscientes de que el tiempo no juega a su favor– embisten a menudo, arrogantes y con descaro, a fin de que sus contrincantes terminen por definirse o simplemente todos vean en él la única potencia estabilizadora, precisamente porque es la que puede poner todo “patas arriba” cuando le venga en gana. *La crisis global de*

³⁵ Este texto-esquema redactado en 2004 inaugura una serie de escritos dedicados al análisis de la situación internacional. De alguna manera adelanta las tesis principales que al respecto ha de retener, a mi juicio, el cuadro revolucionario y que ya están en la base del punto 5 de *La Comprensión como ánimo* con el que se abre esta recopilación.

hegemonía de los Estados Unidos les lleva a provocar crisis militares como única forma de mantener aquella más allá de la que se deriva de su peso relativo internacional tanto económico como político. Se ven abocados a mantener una *inestabilidad* internacional *permanente* para reafirmar y prolongar una hegemonía contestada incluso dentro del campo que históricamente han liderado.



El desarrollo de la revolución mundial por la destrucción del capitalismo depende mucho del grado de enfrentamiento entre los propios imperialistas, por lo que de aprovechamiento en diferentes terrenos (político, propaganda, etc.) nos permiten sus contradicciones y peleas y, si estas llegan a traducirse en conflictos bélicos directos, por lo que finalmente pueda conllevar de debilitamiento y destrucción de sus aparatos de represión, de sus instituciones en general. Se puede comprobar históricamente cómo también las peleas entre imperialistas por disputarse sus esferas de influencia favorecen la lucha antiimperialista en los países dominados o neocolonizados. En apoyo de lo dicho, baste reparar en cómo las revoluciones de gran trascendencia mundial –más generalmente, los ciclos revolucionarios– han tenido lugar, cada una a su manera, en el contexto de guerras entre potencias que han supuesto el debilitamiento de Estados nacionales.

La propia Comuna de París en 1871 tuvo lugar mientras los cañones prusianos en Versalles certificaban la derrota y debacle de las institución imperial francesa de Napoleón III; enfrente, Bismarck, no sólo buscaba con su victoria una afirmación tardía del Estado nacional alemán, sino que planteaba, ya por esos años, desde el mismo corazón de Europa, apetitos imperialistas que entraban en competencia con los de los franceses y británicos.

Cuatro décadas más tarde, el movimiento socialista internacional no pudo evitar la carnicería del 14, pero esta dio paso a un largo ciclo revolucionario que se inició con el triunfo de los *bolcheviques* rusos en 1917 y que incluiría insurrecciones revolucionarias en Alemania y Austria: toda una avanzadilla de una Europa obrera y popular que iba haciendo suya la consigna de “socialismo o barbarie”.

Un tercer ejemplo mayor de la relación histórica entre revolución y conflicto entre imperialistas lo tenemos en la Revolución Popular en China en 1949. Este triunfo tuvo mucho que ver con la habilidad de los maoístas

para liderar la resistencia a la cruel y larga invasión de los japoneses, que fueron finalmente derrotados durante la Segunda Guerra Mundial por los norteamericanos, no sin antes haber terminado de llevarse por delante el milenarismo sistema imperial chino.

Parece claro, pues, que los revolucionarios deben seguir lo más fiel y exactamente posible el movimiento *real* (no el deseable) de las contradicciones interimperialistas para adecuar su táctica política. Se trata de prever por dónde pueden ir los tiros, la evolución probable de los hechos, para ver dónde debemos poner el acento en lo que respecta a la extensión de nuestra influencia política entre diferentes clases y sectores populares, persiguiendo la consiguiente deslegitimación y debilitamiento del sistema político dominante que favorezca y facilite la movilización de masas contra él. Es necesario aprovechar al máximo los réditos en el terreno de la propaganda revolucionaria que dan las diferencias, contradicciones, objetivos políticos inmediatos contrapuestos, peleas, etc. que puedan ir dándose entre diferentes Estados imperialistas. Y también los que se dan entre sectores dominantes de un mismo país y sus expresiones políticas (partidos, medios de comunicación, etc.); sobre todo, tratándose de países intermedios que son teatro en buena parte de potentes y contrapuestos intereses extranjeros.

En general, no debemos olvidar aquella tesis leninista de que una brizna de verdad que “los de arriba” destapan en sus disputas puede ser más eficaz políticamente para los intereses revolucionarios que la verdad más completa que estos puedan (y que deben) estar denunciando desde mucho antes. Por eso no basta con poner el acento en su misma condición (“todos son iguales de mafiosos...”) aunque, desde luego, suponga un principio necesario *de partida* para no caer en la supeditación política directa o indirecta a ninguno de ellos y forjar la *voluntad* de lucha. Necesitamos también contribuir a inculcar la *confianza* en la victoria, descubriendo sus intereses particulares diferentes (“...pero forman bandas diferentes que se disputan nuestro expolio”) y sus fisuras por donde introducir mejor nuestras palancas a fin de tumbarlos a todos.

En el plano estrictamente internacional, no basta sólo con ver políticas imperialistas por parte de EEUU, por más que sea, sin duda, el imperialismo más agresivo y potente, o sea, el peligro inmediato mayor. Debemos, por ejemplo, desenmascarar mucho más las intenciones imperialistas que se cubren bajo el mito de la construcción europea y que, precisamente, entran en fuerte conflicto con las de aquel país. Y no hemos de considerar —como hasta llegan a hacer los espíritus mejor

intencionados— que el problema mayor al que se enfrenta esta Europa en construcción es el que supone las presiones ejercidas por el Imperio (por supuesto, el americano) para que cambie de sistema: hacia un “liberalismo” (*of course*, anglosajón) en sustitución de un “Estado social de mercado” que, por lo visto, no tiene relación con la expoliación histórica colonial o neocolonial ejercida por nuestro querido continente (incluso durante los “treinta gloriosos”).

El análisis del movimiento real de las contradicciones interimperialistas nos ayudará a atisbar —y esto es fundamental— los posibles índices que muestren que las relaciones entre potencias entran en un período de graves tensiones con probables consecuencias militares, ya tomando la forma de conflictos indirectos y por interposición (conflictos regionales por esferas de influencia: Balcanes, Medio Oriente, etc.), ya directos (del mismo tipo que las dos guerras mundiales precedentes). Claro que, con respecto a esta última posibilidad, hay que considerar los elementos que hoy dificultan que se dé un enfrentamiento directo entre potencias nucleares (y, en general, poseedoras de armas de aniquilación masiva). Evitaremos, pues, toda afirmación a la ligera acerca de que las grandes potencias están a punto de declararse la guerra; aún menos, de que ya se la han declarado. De lo contrario, apareceremos como subjetivistas y poco serios; y lo que, en el caso de algunos, es más lamentable: se desvalorizará todo lo que ha significado haber previsto con tanta antelación (justo después de la implosión de la Unión Soviética, o sea, allá por aquellos tiempos desmoralizadores del “fin de la Historia”) que las contradicciones entre las potencias capitalistas pasarían a un primer plano.

Pero no concluiremos de las dificultades de los Estados imperialistas a enfrentarse directamente que ya no incuban la tendencia al conflicto entre ellas, sino que, precisamente porque no se resuelven directamente, se enconan cada vez más, por lo que buscan e imaginan desesperadamente otras salidas. Y esto conlleva un agravamiento mayor de la inestabilidad y la inseguridad internacionales, no sólo porque aumenta la probabilidad de que dichos Estados fomenten conflictos regionales interpuestos, sino a causa de que puedan organizar o facilitar ataques encubiertos, o hacer la “vista gorda” ante ellos, en el corazón mismo de metrópolis rivales.

Finalmente, se nos impone hacer un seguimiento de los planes de militarización de los Estados imperialistas para asegurar sus retaguardias con todo lo que ello significa de puesta en práctica de planes de contrainsurgencia en nombre de la lucha antiterrorista, etc. *La propia suerte de un movimiento revolucionario depende mucho de su táctica ante una evolución de la*

*situación internacional que tiene grandes consecuencias internas en los países del campo imperialista. No en vano, es el movimiento revolucionario el que primero recibe los golpes de la reacción a fin de que esta se asegure retaguardias controladas. No bastará, pues, con posturas de principio ni con el planteamiento de salidas programáticas a largo plazo, sino que estas deberán *forzosamente* acompañarse de un *gran esclarecimiento político en el día a día*. Ni siquiera bastará con prever guerras de una forma general, pues antes de que estas lleguen se sucederán planes de represión, campañas intoxicadoras tanto patrióticas como contra las luchas de resistencia imperialistas, que exigirán de los revolucionarios saber disputar a los Estados la capacidad de influencia y movilización en el seno de las diferentes clases y sectores populares.*



La crisis global de hegemonía de los EEUU les lleva a provocar crisis militares como única forma de mantener aquella más allá de la que se deriva de su peso relativo internacional tanto económico como político. Se ven abocados a mantener una hegemonía contestada incluso dentro del campo que históricamente han liderado.

A propósito de la “Europa-potencia”³⁶

Está claro que Alemania hace mucho tiempo que ha elegido la vía europea para elevar su voz como potencia en igualdad con los EEUU. Porque no tiene otra alternativa más clara. Pero me parece que aquí también se encuentra con una gran debilidad. Pienso que los alemanes, desde una situación de debilidad comparativa en su enfrentamiento con los estadounidenses, vienen eligiendo Europa como la alternativa *menos mala*, por el momento, para avanzar en sus planes. Pero esta situación *menos mala* refleja también que están en una situación *todavía muy mala* en cuanto a planes *ofensivos* en un enfrentamiento directo con el “amigo americano”. A Alemania se le ve venir a leguas... y al final, por más vueltas que dé para que no se le noten sus intenciones, resulta que en cada pasito que da no puede evitar descubrir sus debilidades; lo cual es aprovechado no sólo por sus competidores más «antagónicos», como es el caso de Estados Unidos, sino por algunos de sus más «firmes» aliados, como ocurre con Francia.

Dada su debilidad, no sólo militar sino política –por la situación heredada de sus derrotas anteriores–, Alemania necesitaría mucho tiempo todavía para enfrentarse tal como lo hizo con Hitler, es decir, en tanto que potencia «por libre» que se haga con «*Europa como su feudo*» (como se habla en *Antorcha*). Por tanto, en el presente, me parece que Alemania se encuentra en un largo período de defensiva con respecto principalmente a EEUU. Y necesita que, de momento, se vayan cumpliendo dos tareas: una, ir conquistando de forma casi completa, y *sin apenas compartir*, al mayor número de países, sobre todo en Europa, comenzando por el centro y parte de los Balcanes, para proseguir por el Este; dos, ir haciendo esto en una primera fase sin que sea agredida directa o indirectamente sobre todo por

³⁶ El presente texto es un extracto de un comentario realizado a principios del año 2000 a la parte internacional de la revista *Antorcha* nº7. El sentido del comentario era precisar (centrándome, sobre todo, en Alemania) la multiutilización (según los intereses de cada país) que se hace de la unidad europea. En la presentación del comentario se decía que para el marxismo lo que interesa es acertar al máximo *en qué punto real se está* en lo que respecta al desarrollo de las contradicciones interimperialistas. Si bien, en aquellos tiempos, hablar de diferencias –como se hacía en el ámbito de influencia del PCE(r)– entre un bloque en torno a Alemania y EEUU, no era solo adelantarse muchísimo a la actualidad, sino al futuro “más actual” ya que, aún hoy, esas diferencias no se tienen en cuenta de forma consecuente.

la primera potencia mundial, para en una segunda fase garantizar que los conflictos que ella misma *tiene que provocar* en su operación de conquista no requieran de la intervención estadounidense. Alemania persigue impedir la intervención de EEUU allí donde quiere asegurar su presencia dominante porque, cada vez que este país interviene, y por la manera en que lo hace, a los alemanes se les complican sobremanera sus planes, se les paralizan o retrasan. Así que, de momento, y no por poco tiempo, Alemania no se puede plantear más de estos dos objetivos. Y en realidad ya es mucho, comparado con la situación que tenía durante la Guerra Fría.

En mi opinión, esta es la *realidad* que los alemanes están con muchas dificultades construyendo. Y lo están haciendo bajo el proyecto de la Unión Europea. Pero porque no pueden de otra forma. Esta les cubre y les avala sus conquistas, hasta el punto de que todo aparece como política europea de expansión a los nuevos candidatos, al tiempo (lo principal en una perspectiva estratégica) que les blinda de una agresión yanqui, que tendría que enfrentarse a la Comunidad Europea para parar los planes alemanes. Pienso que nadie se cree que el actual desorden comunitario sea el que se adecue a una política agresiva y ofensiva semejante a la de los estadounidenses. Pero precisamente este guirigay es el que mejor blindo la *actual* fase de la política imperialista de Alemania: defensiva (en lo militar) fuera de Europa contra los Estados Unidos, ofensiva *in crescendo* (donde prima lo político y lo económico) dentro de Europa. En realidad, ese marco lo está materializando ya desde hace tiempo, si bien lo lleva a cabo azuzando determinados conflictos y con desplantes frente a sus aliados europeos. Así pasó con su actitud *antieuropea* cuando planteó unilateralmente –en contra, por ejemplo, de Francia– el reconocimiento del desmembramiento de Yugoslavia para forzar que le cubrieran, en un primer tiempo, su apetito en Eslovenia y Croacia.

Entonces, Alemania pretende por ahora que haya mucha más Europa que comerse, por supuesto en nombre de Europa, para cimentar todo lo que ya está haciendo por su cuenta en los países del centro y Este europeo (integración de Polonia, Chequia, etc.). Por otro lado, y en lo concerniente a otro capítulo, trata de consolidar la entrada del máximo número de países en las estructuras europeas que dificulte y *neutralice* una ampliación y consolidación de potenciales aliados europeos de EEUU (ampliación de países desarrollados como los escandinavos, control de los británicos, etc.). Asimismo Alemania mete más prisas que antes para que se avance lo *suficiente* en lo militar al objeto de que las intervenciones «humanitarias» europeas se hagan... por europeos; o sea, a la alemana.

Los alemanes dan por descontado que en la actual fase de sus planes imperialistas, tanto proyecto rimbombante militar de eurocuerpos y europolicías puede quedarse bastante disminuido con respecto a la letra, pero *al menos* tiene que servir para controlar los conflictos regionales que se deben atizar para que toda la Europa «emergente», tras el derrumbe del bloque socialista, siga el camino de las Eslovenias y Croacias donde los alemanes se pasean como si de sus colonias se tratase. Y que no les pase, como he apuntado ya, lo mismo que en Yugoslavia, donde la intervención yanqui a la tremenda no ha hecho sino quebrar el ritmo que los alemanes querían imprimir a sus conquistas balcánicas. Aunque, ya que hablamos de Yugoslavia, reparemos en cómo Alemania se revuelve y continúa *por su cuenta* profundizando y extendiendo dentro de Serbia tanto el «problema kosovar» como otros parecidos en su obsesión de quebrar la rebeldía serbia o borrarla hasta de los libros de Historia.

En fin, Alemania quiere la “construcción europea” porque en lo esencial (o sea en el conflicto directo con las principales potencias imperialistas, principalmente los EEUU) está a la defensiva. Y es por ello que ajusta sus proyectos, mejor dicho, trata de que de todos los proyectos europeos se materialice *lo que le hace falta* para que se cumplan los objetivos fijados en la actual fase de su expansionismo imperialista.

A favor de sus planes actuales juega el hecho de que las otras potencias imperialistas integrantes en Europa han perdido mucho de su fuerza pasada y no están para pasar a ofensivas como antaño. Son potencias secundarias en cuanto a su capacidad imperialista. Y como es el caso de Francia, ya les vale con que su zona francófona le siga dando frutos y no se le convierta en una sangría en la que los EEUU hagan de las suyas como viene ocurriendo en África Central. Y pienso que como, de momento, más que nuevas conquistas quieren apuntalar lo mejor de su herencia colonial, los franceses no entran en Europa en excesiva contradicción con los alemanes. Así que estos les financian (por supuesto, en nombre de Europa y el esfuerzo mancomunado del resto de miembros de la UE) para que mantenga más que artificialmente sus grandezas (incluido sus proteccionismos de su propio mercado interior), al tiempo que los franceses se configuran como los mejores avalistas y garantes del blindaje alemán de cara a los estadounidenses e incluso a los británicos.

Efectivamente, los alemanes buscan compensar sus actuales retardos militar y político aprovechándose de la potencia militar francesa y su mayor iniciativa política y diplomática y «presentabilidad». Pero esta entente tiene

mucho de «interés nacional» por separado todavía. Y, además, está en la base de muchas debilidades, sobre todo de los franceses con respecto a los alemanes, ya que la solidez de los planes estratégicos de los primeros no es comparable a la de los planes de sus vecinos. De ahí que los franceses no dejen de poner orejas a ofrecimientos coyunturales de terceros. O como ha ocurrido con el conflicto en Yugoslavia, en que los franceses han soñado en voz alta con ir por su cuenta. Lo que está claro es que por razones diferentes, Francia y Alemania apuestan por Europa: una para alargar *sa gloire*; la otra para conquistarla. Pero sobre todo porque, por un buen tiempo, Francia no entra en las miras directas de la Gran Alemania.

Sea como fuere, está muy por ver que los franceses se plieguen lealmente a los intereses del «amigo alemán». La prueba es que hasta el momento no parece que Francia haya hecho muchas concesiones estratégicas. Por ejemplo, se habla de unificar la industria militar europea, pero ya informaba hace algunos meses *Le Monde* (por supuesto quejándose; este sí que parece que tiene bien hinchada la vena germánica) que, después de años conversando, al final los franceses han renunciado, en lo que respecta a sus materiales y tecnología... menos que los británicos, que ya es decir. (Por cierto: ¿esa mayor disposición británica no encerraría en parte el deseo de tener cerca al enemigo (los alemanes) para controlar mejor sus movimientos?). Y si nos vamos al plano estrictamente económico, tenemos, por ejemplo, que la misma política monetaria (gran paso adelante en el proyecto europeo) sigue siendo fuente de fuertes tensiones dentro del mismo eje París-Berlín hasta por subidas decimales en los tipos de interés que decide el Banco Central Europeo... sede Francfort.

Alemania también pretende utilizar a Europa para que esta le ayude a lavarle la cara y recuperar toda la iniciativa y justificación de gran potencia imperialista que perdió tras la experiencia hitleriana. Ya ha logrado pasos, como que quede en el pasado la prohibición de intervenir fuera de sus fronteras. Pero, además, nunca ha cejado en llegar a ser potencia que pueda tener derecho a veto en las decisiones internacionales. Aunque esto último ha perdido interés, ya que la ONU ha quedado como una piltrafa y no se nota tanto la exclusión alemana. Con todo ello, además de avanzar en que se garantice su peso directo y proporcional a su potencia en las intervenciones europeas, más a largo plazo quiere salir lo más fortalecida posible de una eventual voladura de la actual Unión Europea, que le permita planes más ambiciosos y ofensivos, ya por su

cuenta o, como mucho, liderando un bloque militar pero con su propia identidad de Gran Alemania. Aunque todo esto es consciente de que lo tiene muy difícil, y por eso no se lo plantea como deseable ni a medio plazo.

En cualquier caso, quisiera reiterar mi opinión de que el actual proyecto europeo, y su ritmo de construcción, no casa con una eventual política de iniciativa en la ofensiva contra, por ejemplo, los EEUU o incluso de conquistas de potencias militares como son Rusia y China. Al respecto de esto último, a lo sumo aspira a desestabilizar, sobre todo a la primera, en nombre también de unos cánones de «moralidad democrática europea» (ver cómo actúa en el asunto de Chechenia).

Para ir más lejos, Alemania tendría que convertir a Europa efectivamente en su feudo, y pienso que ello implicaría romper tarde o temprano con Europa tal como está ahora. E incluso se cargaría Europa en nombre de ella. Lo que parece que está claro es que no está dispuesta a desaparecer diluyéndose en Europa. De ahí que sea ella misma la que de vez en cuando se encargue de crear conflictos que dificultan la construcción, y siempre guarde las más variadas cartas en cuanto a la edificación europea: «Europa a diferentes velocidades», «núcleo duro de Europa», etc. Así, de esta manera, siempre pretende tener controlado el *mínimo* de Europa que en cada momento le hace falta a su proyecto de Gran Alemania. Pero sin que los demás europeos se crean tanto “lo de Europa” como para que le exijan que desaparezca o que reparta por igual. En esto no cede ni a los franceses.

Y es que por más locura que al final fuera la experiencia hitleriana, en realidad, es cuando más cerca Alemania lo ha tenido para establecerse como potencia a lo estadounidense. A esa locura se tendría que ver forzada si quisiera meterse en planes mayores dentro de Europa y fuera de Europa. Que aún hoy resulte más imposible y desvariado que se meta en esa aventura, no hace sino reflejar su tragedia de siempre y, en definitiva, su histórica debilidad. Tan claro parece que lo tiene, que de momento le interesa alargar al máximo su actual fase estratégica defensiva y de conquista progresiva por medios principalmente económicos salpicada de provocaciones de conflictos locales a cada tapón “a lo Milosevic” que se encuentre. Y todo ello, abanderándose como la que más (y aún más) de humanismo y democratismo: a ver si así logra definitivamente la cabriola de sacudirse del sambenito nazi-espantapueblos y transferírselo a los EEUU.

*Sobre la consigna de los Estados Unidos de Europa*³⁷

No debe entenderse que Lenin defendiera que se pueda formar un imperialismo coaligado en Europa casi tan unificado como el estadounidense o el nipón. En su artículo *La consigna de los Estados Unidos de Europa*, lo único que pudiera hacer pensar lo contrario sería la frase, pero sólo si se aísla de su contexto, que dice: «*En este sentido son también posibles los Estados Unidos de Europa, como un acuerdo de los capitalistas europeos...*»³⁸. En realidad, todo el texto de Lenin va en el sentido de demostrar lo absurdo de unos Estados Unidos de Europa comparables, en cuanto a su cohesión interna, a los Estados Unidos de América y al propio Japón. Los «Estados Unidos de Europa» tendrían imperialismos dentro; las otras potencias imperialistas son únicas.

Cuando Lenin habla de acuerdos en el sentido expresado en la cita anterior, se refiere a países imperialistas que no van a hacer dejación de sus intereses y soberanías nacionales, y que los harán (los acuerdos) de forma táctica contra la puesta en cuestión del reparto colonial del siglo XIX. Y, además, se refiere al reparto colonial principalmente realizado por Inglaterra y Francia. En aquel momento Estados Unidos está afirmándose como potencia hegemónica y quieren desbaratar los imperios coloniales de los diferentes imperialismos europeos. Estados Unidos era parte de lo nuevo en comparación con la vieja Europa. Ahora no estamos ante una misma situación en Europa. Ahora hay un *ya viejo* imperialismo americano que con respecto a las otras grandes potencias de ahora (Alemania y Japón) tiene más diferencia militar que económica. Europa es un acuerdo, en todo caso, para que sobre todo Alemania compense tanta diferencia.

Otra diferencia con respecto a 1915 es que ahora son todos decrepitos, y no hay nada que represente lo nuevo dentro del capitalismo. Al tiempo, no existe una amenaza socialista de la que defenderse. Por tanto, los Estados Unidos de Europa de ahora serían muy diferentes de los que habla (y ya como hipótesis) Lenin. No serían sino una artimaña completamente antihistórica para aparecer tan modernos como lo fueron

³⁷ *La consigna de los Estados Unidos de Europa* es un artículo que Lenin publicó el 23 de agosto de 1915 en el número 44 del periódico *Sotsialdemokrat*. Para la presente publicación, he editado el principio de este apartado en el sentido de desprenderlo de toda referencia a la parte del artículo del *Antorcha* n° 7 en que habla de “los Estados Unidos de Europa”, pues el lector necesitaría que se le transcribiera dicha parte para entender el sentido de determinadas frases que yo empleé cuando escribí este texto.

³⁸ *Ibídem*.

entonces los Estados Unidos y que estos aparezcan como la Francia y la Inglaterra de aquel momento. Así, si bien hay un grano de verdad (sólo un grano) en la comparación, en el sentido de que los Estados Unidos defienden sus posiciones de apetitos de terceros, lo cierto es que la situación no se puede trasladar más que en “modo caricatura”. Y ante tal intento se ajusta muy bien aquello de Marx de que la Historia nunca se repite de la misma manera. Sobre todo, cuando se quiera cambiar los papeles entre los mismos personajes... pero todos ellos con unos añitos de más y con dificultades, no ya para aprender nuevos papeles, sino para recordar los que aún tienen que jugar.

Así pues, los Estados Unidos de Europa de ahora no serían para defenderse de lo que los Estados Unidos y Japón quieran «robarles», sino para que sean, sobre todo, los Estados Unidos los «robados». En aquel entonces —cuando hablaba Lenin— se trataba de unas potencias imperialistas europeas (principalmente Inglaterra y Francia) que no querían ceder sus colonias y que seguían siendo fuertes; ahora estas son unas potencias relativamente de segundo orden con mucho de su imperio colonial ya perdido. En realidad, sólo Alemania sigue siendo lo más parecido a sí misma: como si no pudiera salir jamás del maleficio de parecer menos de lo que es, pero sin dejar de ser menos de lo que tiene que ser para sus planes de Gran Alemania. Y como siempre, tratando de recomenzar su tarea de hacerse su imperio que nunca le dejaron. Y como siempre, haciéndolo ya tarde.

Lo nuevo ahora es que Alemania utiliza a los otros imperialistas europeos para ver si esta vez crece lo suficiente que le permita codearse de igual a igual con potencias como los Estados Unidos, sabiendo que todas ellas (Alemania también) ya huelen a podrido, en el sentido de que hay una profunda decadencia del capitalismo, independientemente del poder militar que se tenga. Es decir, es como si Alemania se dijera: «ahora es la mía porque, en realidad y a largo plazo, no es la de ninguno de nosotros». Y además, seguro que a Alemania no se le quita de la cabeza el hecho de que la Unión Soviética es un fantasma... que, de «resucitar», adiós muy buenas a sus sueños imperiales de primer orden.

Por lo dicho, creo que, tanto entonces como ahora, la consigna de Estados Unidos de Europa no representan un proyecto real de un imperialismo comparable al de Estados Unidos y Japón, siendo sólo posible una verdadera profundización de la unidad europea de la mano del socialismo. Si en Europa hay un bloque imperialista, este sólo podrá ser en torno a un imperialismo que implicara la derrota o fuerte sumisión de los

otros. En la práctica, la única potencia que pudiera soñar eso es Alemania. Y es que, como hemos indicado, el objetivo de una Europa imperialista sin destrozar los diferentes viejos imperialismos actuales es aún mayor entelequia que aquel sueño criminal de Hitler. Por eso, la «pesadilla hitleriana», aun siendo de la misma materia que los sueños, ha sido lo menos imposible.

Acerca del carácter imperialista de la construcción europea³⁹

(una contribución al debate tras el NO en Francia a la Constitución)

(Firmado con seudónimo) Jan Antony
28 de julio de 2005

Antes y después del referéndum del 29 de mayo en Francia, el consenso ha sido casi general a la hora de afirmar que las cuatro partes del proyecto de Tratado constitucional para Europa (TCE) puesto a votación no añaden gran cosa a los precedentes tratados y cartas europeos, salvo la carta de derechos fundamentales para ciertos países de nueva incorporación – ciertamente, un retroceso comparada con la Declaración de Derechos del Hombre– y algunas disposiciones para facilitar la votación entre 25 miembros. Así, el proyecto de Constitución no comprendería, aparte de las definiciones de la Unión y la carta de derechos, más que los grandes ejes de los tratados europeos anteriores (Roma, Maastricht, Niza...) y algunos elementos que ya se incluyen en directivas actualmente en curso como la de Bolkestein. Para los partidarios de la aprobación del TCE, esta idea ha constituido uno de los argumentos más empleados para convencer al pueblo francés de que lo aceptara sin mayor problema: no hay nada nuevo que temer. Por el contrario, para sus contrincantes de izquierda, esa misma idea se ha configurado precisamente como una de las bases para argumentar su rechazo: estamos ante una buena ocasión para votar contra el conjunto de tratados y medidas antisociales y antidemocráticas que se han sucedido en el tiempo. Esta esperanza por acabar con todos esos tinglados que vienen de lejos existe todavía, a pesar de que todo el mundo ha reconocido que el hecho de rechazar el TCE no implicaría en absoluto tamaño “desmontaje”, sino tan sólo la posibilidad de expresarse en ese sentido y de abrir el “diálogo”.

Pues bien, hemos visto como después del 29 de mayo “progres” ese diálogo en Francia, con qué agresividad preventiva las fuerzas del SÍ responden a las del NO (sin apenas escucharlo ni reconocerlo). Frente al éxito popular del 29 de mayo, los perdedores (la patronal, la administración, los medios de comunicación...) llaman abiertamente a dar cerrojo sobre

³⁹ Artículo publicado por primera vez en francés, en colaboración con Michelle Brand.

todo aquello que los vencedores creían impedir o al menos retardar haciendo fracasar la Constitución. Y a fin de paralizar a estos, llegan incluso a ponerlos a la defensiva con la acusación de que han suministrado armas contra la “construcción europea” a euroescépticos tales como los británicos o, peor aún, a los “neocons” norteamericanos.

Resulta, entonces, que estamos ante lo que podría parecer un gran misterio: ¿cómo explicar la existencia y la importancia, en la actual coyuntura, de un tratado que aparentemente no es tan necesario, y al mismo tiempo toda esa presión desesperada de los dirigentes por hacerlo pasar? Después del NO en Francia y en Holanda, elementos financieros del *establishment* (bancos, *lobbys* e industriales) son más claros: tanto la integración económica de Europa como las “reformas” en curso en los diferentes países van a continuar con o sin esta constitución “liberal”, y su rechazo no conlleva crisis económica alguna. No hay más que considerar la situación en los EEUU —y aquí mismo— para reconocer que uno de los eslóganes de los partidarios del SÍ no está exento de fundamento: “el liberalismo no necesita constitución”. El hecho de haber escrito blanco sobre negro sus intenciones de imponer “la competencia libre y no falseada”, y luego haber tenido la audacia de pretender hacerlo aprobar por el pueblo (al menos en algunos países) mediante referéndum, podría aparecer como una actitud algo inocente por parte de los dirigentes de Bruselas y de otras capitales europeas, ya que, en efecto, hay métodos mucho más eficaces y sutiles de destruir “lo social”.

Pero debemos partir del principio de que los políticos no son nunca tan inocentes, incluso si es cierto que esta vez han estado particularmente torpes y han gestionado bastante mal sus intereses. Por tanto, a fin de orientarnos en las batallas tras el NO, habrá que analizar más profundamente la Constitución y la conjuntura presente. Ya que, evidentemente, no basta con haber apoyado el NO a contracorriente y haberlo hecho ganar; se trata también de ganar el después-del-NO, y desprenderse de toda actitud defensiva ante los ataques de los perdedores que reproduce prácticamente el conjunto de medios de “comunicación”, que están a su disposición.

Si la situación tras el referéndum se ha caracterizado por una cierta desorientación en las filas de los vencedores, se debe en gran parte a que muchos de nosotros hemos desarrollado antes y después del voto una argumentación errónea: el TCE se habría concebido bajo una orientación fundamentalmente *económica*, comprendiendo la liberalización de mercados, la flexibilización del trabajo y la subasta de los servicios públicos, todo en

aras de forzar y acelerar la sustitución de los “Estados de Bienestar” europeos por un modelo neoliberal anglosajón. Sin embargo, si bien es cierto que esta “liberalización” es buscada por los redactores del TCE, *no es su principal motivo*. Antes que nada, la Constitución responde a una razón *política*, cual es la de profundizar en la construcción aquí en Europa de un bloque competitivo frente a los EEUU, principalmente en torno al eje germano-francés (más que franco-alemán), con la intención de actuar de forma autónoma sobre el plano internacional. Autónoma, pero no “diferente”: las intenciones imperialistas de este bloque son de la misma naturaleza que las de los norteamericanos, y se dirigen no sólo contra regiones fuera de Europa, sino también, y en primer lugar, hacia los países del Este recientemente incorporados.

Evidentemente, el hecho de que estemos ante una cuestión fundamentalmente política no quiere decir que la Constitución no sea utilizada —al igual que ha ocurrido en los anteriores jalones de la construcción europea— para dar un buen pie de acelerador a un proceso de destrucción de conquistas económicas y sociales que, en realidad, ya viene dándose desde la década de los 80 en países que durante gran tiempo se habían creído al abrigo. En este sentido, los partidarios del NO han hecho muy bien en utilizar la campaña contra la Constitución para poner sobre la mesa todo este capítulo económico y social.⁴⁰ Pero a condición de considerarlo como un *segundo* objetivo mayor de este proyecto, detrás de la pretensión de formar un bloque imperialista frente a los Estados Unidos. Para llegar a esta conclusión, habría que reconocer antes que nada la intenciones imperialistas que se dan en la propia Europa; y acto seguido, no deberíamos exagerar la potencia norteamericana hasta el punto de creer que los otros países capitalistas desarrollados se le someten sin más y se disponen a situar sus diferentes proyectos de integración dentro de la estrategia de un solo Imperio.

⁴⁰ Aunque haría falta que la lucha contra todo lo que representa de antisocial la Constitución no se viera infectada por la mitificación de un pretendido “modelo social europeo”, de unos “valores específicamente europeos” y, más generalmente, por esa tendencia que consiste en señalar al “liberalismo” como la alternativa a rechazar y no el capitalismo a secas. Desde luego, esta es una cuestión ante la que merece pararse mucho más que el par de referencias que se harán en este artículo. Con más razón, si reparamos en que es un asunto que no puede ser abordado seriamente sin desvelar el carácter históricamente contrarrevolucionario del “modelo social de mercado”, o lo que lo es mismo, de su naturaleza imperialista y su relación con el enfrentamiento de “sistemas” que ha tenido lugar durante el siglo XX.

Solamente así, jerarquizando los diferentes objetivos que persigue esta Constitución, podremos *a la vez* rechazarla y *explicar* la diversidad de la reacciones que ha venido suscitando, sobre todo, la innegable alegría de los gobiernos inglés y estadounidense de verla hacer aguas. Efectivamente, sólo así, no nos veremos obligados a forzar el análisis de la realidad hasta negarla, ante el temor de que pudiéramos coincidir aparentemente con tendencias políticas que se sitúan a mil leguas de nosotros, tanto sobre la escena nacional (el NO de derechas) como sobre la internacional. Sólo si reparamos en el objetivo imperialista de la Constitución europea, no estaremos tentados por afirmar que un Blair, dado que es un “rabioso liberal”, no hace sino teatro cuando se lamenta mucho menos que un Chirac o un Schröder ante este tratado liberal agonizante. Simplemente, nos parecerá claro que el británico sacará muchos más beneficios de sus relaciones bilaterales con los países de la UE (en connivencia con su aliado americano) que si tiene que respetar una política común que no dejaría de girar en gran medida en torno a la potencia industrial alemana. No tenemos ninguna necesidad, pues, de entrar en el falso debate de ver quién es más o menos “neoliberal” entre los países europeos.

En la misma perspectiva, tampoco seremos llevados a falsear la realidad diciendo que, a fin de cuentas, el TCE encarna los intereses del imperialismo estadounidense. Ciertamente, esta actitud es inducida por el temor a que el rechazo al tratado favorezca las detestadas políticas norteamericanas. Pero lo que hay que destacar es que, precisamente frente a la decadencia de la potencia estadounidense, se está formando un bloque imperialista en Europa; una “construcción” que, en ningún caso, desde posiciones progresistas podremos defender.



El expansionismo imperialista no se caracteriza obligatoriamente por la agresión militar directa e inmediata. Lo que realmente importa es, en primer lugar, el objetivo estratégico de crear una esfera económica y política, al que se ha de someter el elemento militar teniendo en cuenta además las limitaciones internacionales del momento. La anexión, sin subvenciones sustanciales, de los países del Este por todo un grupo de países federados en torno al motor económico que representa Alemania tiene el carácter propio de una estrategia imperialista. Ciertamente que podríamos calificarla de estrategia “soft”, sobre todo si la comparamos con los procedimientos de los norteamericanos, pero, a fin de cuentas, estamos ante una actitud

imperialista. No importa que los dirigentes de aquellos países abran sus puertas voluntariamente y ellos mismos pongan en práctica políticas extraordinarias a fin de atraer las inversiones extranjeras (entre otras, tasas de imposición muy bajas a las empresas). De hecho, la venta de los recursos de esos países (recursos naturales, humanos y de infraestructuras) se hace por y a través de los gobiernos en plaza, como a menudo en los países neocolonizados. Y la expansión europea facilita y presupone la apertura de estos nuevos mercados y recursos al capital extranjero, mayoritariamente alemán, que parte a la conquista de sectores enteros de las economías de estos nuevos asociados a la Unión Europea.

Las inversiones directas extranjeras se sirven de recursos y de una mano de obra a muy bajo precio, pagan pocos impuestos, para reconducir luego los beneficios al extranjero. Tal como pasa con las zonas definidas por el TLCAN (Tratado de Libre Comercio de América del Norte) y el ALCA (Área de Libre Comercio de las Américas), y otros tratados que, como el TCE, están en concordancia con los reglamentos de la OMC (Organización Mundial de Comercio), la zona europea a 25 no se hace entre iguales; estos tratados conllevan elementos que impiden toda igualación, toda “armonización por lo alto”. Todas estas zonas de libre cambio coinciden con esferas de control económico, cuando no militar, de los países imperialistas. La que se construye en Europa abarca también una esfera perteneciente a un núcleo de países del Oeste europeo, cuyos intereses convergen. El proceso político al que responde esta Constitución persigue la consolidación de un eje germano-francés, y puede verse sobre todo en lo concerniente a las enmiendas a los mecanismos de voto en el seno del Consejo de Ministros. El TCE disminuye en gran medida las posibilidades de veto y pone fin al sistema de ponderación de voto (incluyendo el peso excepcional que, a modo de concesión, el Tratado de Niza acuerda a España y Polonia), reemplazándolo por un voto mayoritario cualificado que favorece los países con más habitantes: Alemania y Francia.

A fin de comprender bien la formación de zonas de control regional en torno a potencias capitalistas en competencia entre ellas, debemos dejar de lado esa idea, tan extendida entre los altermundialistas, de que asistimos a una mundialización del capital “postmoderna” desconectada de los Estados. Estos sirven y son necesarios para proteger y facilitar los intereses capitalistas en toda su dimensión. La caracterización del bloque europeo como un imperialismo “multilateral” y “voluntario” (un “imperio cooperativo”) —como hace Robert Cooper, antiguo consejero de Tony Blair y luego adjunto a Javier Solana, comisario de asuntos exteriores de la UE—

no busca sino ocultar que de lo que se trata es más bien de una política que esté al servicio de los intereses imperialistas de un núcleo de países del Oeste del continente.⁴¹ Un imperialismo que se viste de cooperación, ocultando la identidad de aquellos que sacarán el máximo beneficio de esta expansión, y que representa un método eficaz y poco caro de tomar el control de los recursos extranjeros; y por otro lado, se adapta a las limitaciones militares con las que desde siempre se viene desarrollando la integración europea. El hecho de no reconocer los intereses capitalistas nacionales detrás de las políticas “liberales” que deja entrever la expansión europea conduce a una confusión paralizante. En este sentido, la utilización de términos “liberalismo” y “neoliberalismo” cae en la trampa de creer que es posible un mercado sin intervención: la competencia libre no se hace entre iguales, es la ley del más fuerte.

A partir de ahí, podemos adivinar sin mayor problema las razones por las cuales ha sido necesario explicitar en el TCE la prohibición de un “mercado falseado”. Por ejemplo, si un país como Hungría quisiera proteger con subvenciones una industria de reciente creación contra los competidores del Oeste, no podría hacerlo. Si Polonia quisiera nacionalizar su red de telecomunicaciones (comprada por France Télécom en el 2000), o subvencionar un eventual competidor polaco, tampoco podría. La canción que incluye el TCE en favor de una “competencia libre y no falseada” sirve para forzar la apertura de los mercados y la explotación de los recursos de los países del Este, en el mismo sentido que las políticas de apertura que se llevan a cabo a través de las condiciones de ajuste estructural impuestas por el FMI a los países subdesarrollados. Las condiciones de austeridad incluidas en la agenda de Lisboa retoman igualmente las exigencias del FMI. Pero a este respecto, si hay algo que muestra que la consigna de “mercados no falseados y altamente competitivos”, así como todas las medidas de restricción de gasto público

⁴¹ “... En las zonas del este y del centro de Europa, la Unión Europea está comprometida en un programa que conducirá eventualmente a una masiva ampliación. En el pasado, los imperios imponían sus leyes y sistemas de gobierno; en este caso nadie está imponiendo nada. Al contrario, lo que está dándose es un movimiento voluntario de auto-imposición. Mientras eres candidato a integrar la UE tienes que aceptar lo que te viene dado –todo un conjunto de medidas y regulaciones- tal como los países miembros en su momento hicieron. Pero el precio es tal que una vez que estás dentro tendrás una voz en la ‘commonwealth’ (comunidad de intereses). Si este proceso es un tipo de imperialismo voluntario, el estado final al que se llegase debería ser descrito como un imperio cooperativo. La UE posmoderna ofrece una visión de imperio cooperativo...” “Restoring Order to the World: Long-term implications of September 11” en *Re-ordering the World* (Foreign Policy Center, 2003).

y de subvenciones, etc., son *antes que nada* instrumentos al servicio de una política imperialista, es el hecho de que son países como Alemania y Francia los que cuentan con la impunidad para saltarse a la torera todos esos corsés en nombre de salvaguardar e impulsar el crecimiento de... toda la comunidad europea. Se trata de corsés sobre todo para los otros, y un poco menos para esos países altamente desarrollados del Oeste de Europa de donde parten los grandes conglomerados empresariales —estos sí, bien protegidos por sus Estados fuertes— a la conquista de países que prácticamente no podrán oponer ninguna barrera proteccionista.⁴²

Serán, pues, los países más fuertes los que tendrán la libertad de “falsear” el mercado en su favor; por ejemplo, exigiendo a Polonia que no compre más Boeings y que favorezca la entrada de empresas y de inversiones directas europeas y no norteamericanas. Además, como es sabido, los países dominantes tienen necesidad de garantizarse una estabilidad política y social en su propia casa; entre otras razones, para que las políticas de dominación de otros países sean consentidas por sus propios “ciudadanos”. Es por esto por lo que también se permiten alguna que otra excepción a las reglas que ellos mismos dictan: sus mercados son aún más “falseados” todavía que los de los nuevos países miembros en la medida en que lo aconseje el hecho de que se den exigencias sociales demasiado próximas a sus “cuarteles generales”. En este orden de cosas, los países más poderosos conceden subvenciones por los mismos servicios públicos que exigen a otros países (sobre todo, a los nuevos miembros) que abran a la privatización (extranjera).

Parece claro que la formación de un bloque imperialista necesita de la puesta en marcha de una política única al servicio de un país o de una alianza de países fuertes. Aún más claro resulta esto cuando hay 25 países

⁴² No podríamos mostrar esta hipocresía de forma más clara que lo ha hecho el propio gobierno francés, con sus manifestaciones de pánico ante la amenaza de una OPA de Pepsico sobre Danone. No paran de hacer contorsiones para encontrar la fórmula que les permita erigir barreras proteccionistas contra las OPA's que provengan especialmente de los Estados Unidos, al mismo tiempo que puedan continuar exigiendo la apertura “no falseada” de los mercados en el espacio europeo. Villepin habla de un principio de “reciprocidad”: las reglas aplicables en Francia serán las mismas que las del país de origen de la empresa asaltante. ¿Pero qué habría pasado si Polonia se hubiese adherido a ese principio en el momento de la compra de su red de telecomunicaciones por France Télécom? (esa misma France Télécom que acaba de alabar, en medio de todo este pánico proteccionista, la buena voluntad de España de no oponerse a la venta de su tercer operador de telefonía móvil, Amena).

que “gestionar”. Ahora bien, entre los países más fuertes de la UE se está lejos de esa unanimidad necesaria para acordar una política común. Una fuerte división reina entre ellos. Tenemos por un lado Gran Bretaña, que sostenida por los estadounidenses y junto a ellos, lo que quieren es aprovecharse de un gran mercado europeo pero sin que este se transforme en una potencia política que compita en influencia y poder con los Estados Unidos. Y por otra parte, tenemos a un grupo de países en torno al núcleo germano-francés que quiere disputar el control histórico que los estadounidenses han venido ejerciendo sobre la UE. Es **en este último grupo** que **surgió la necesidad de una Constitución**, cuyo proyecto actual fue evocado por primera vez por el ministro de asuntos exteriores alemán, Joschka Fischer.

En realidad, la célebre dicotomía de los dos modelos económicos (“modelo liberal anglosajón” / “modelo social europeo”) –de la que se hacen eco no solamente los partidarios del NO, sino también dirigentes políticos europeos que, en el fondo, están todos de acuerdo en cargarse las ventajas sociales– refleja en gran medida esta división de intereses de la que hablamos. Más precisamente, este discurso de los dos modelos económicos es un arma que sirve para ocultar la división puramente política entre estas dos ideas mencionadas de la construcción europea; arma utilizada, sobre todo, por el núcleo germano-francés para reforzar su posición, y ante lo que los británicos responden que ellos *también* sostienen un “modelo social”. En el discurso de los dirigentes continentales, el “modelo social europeo” sirve también como propaganda para forjar una identidad específicamente europea frente a un proyecto hegemónico estadounidense cuyas fisuras son cada vez más notorias.

Y es aquí que podemos identificar otro mal argumento de base que ha venido sosteniendo, antes y después del voto, una gran parte de los que se oponen al TCE: sólo se ve un Imperio, el de los Estados Unidos. Cuando lo cierto es que el imperialismo norteamericano, aunque es el más poderoso y estridente, está en franca decadencia, y su hegemonía es cada vez más puesta en cuestión en el seno mismo del mundo capitalista; mientras que, por su parte, el bloque europeo que se crea en torno al eje germano-francés busca hacerse una plaza sin poder expresar a las claras sus intenciones. No comprender todo esto es lo que hace que surja la tesis –tan extendida entre los partidarios del NO– que consiste en decir que esta Constitución sometería a Europa a los intereses estadounidenses, no sólo porque aquella encarnaría un modelo económico “anglo-americano”, sino también porque no permitiría ninguna política de defensa fuera del marco de la OTAN. La

cláusula sobre la OTAN (I-41) no entra en contradicción con las pretensiones a corto y medio plazo del eje germano-francés.

El TCE exige a los Estados miembros a comprometerse a “mejorar progresivamente sus capacidades militares”, lo que implica una política común de seguridad y de defensa “compatible” con la OTAN, pero esto no significa que se le someta. El eje germano-francés persigue, sobre todo, construir una política común de seguridad y de defensa que permita un compromiso militar al interior de Europa (ataques terroristas), en su periferia (ante conflictos como el que estalló en los Balcanes) e incluso en lugares más lejanos (como la intervención “Artemis” en el Congo en 2003...) sin necesidad de hacer un llamamiento a los Estados Unidos. El documento redactado por J. Solana en el 2003 y adoptado por el conjunto de Estados europeos, “Una Europa segura en un mundo mejor”, llama a la militarización activa de la Unión Europea con la misión de “comprometerse de forma preventiva” contra “amenazas lejanas”. Ahora bien, en lo que respecta a posibles conflictos mayores con terceros países (Rusia, por ejemplo), la OTAN (por tanto, los Estados Unidos) siempre será bienvenida en el seno de la UE al margen de las divisiones mencionadas, dado el déficit actual de desarrollo militar europeo apropiado para este tipo de conflictos. La consolidación de una política extranjera común es esencial también para impedir a los países europeos periféricos que participen en esas guerras norteamericanas que sólo buscan prolongar una hegemonía en decadencia.

Podemos ver la importancia que se le da al reforzamiento de esta política común de seguridad y defensa en las diferentes declaraciones que se han sucedido, inmediatamente después del rechazo al TCE, sosteniendo que lo que es “salvable” de este tratado, y que puede llevarse a la práctica a pesar del NO, es antes que nada la creación de un puesto de ministro de asuntos exteriores. Por su lado, J. Solana, que ocupará dicho puesto, había defendido (en una entrevista concedida al *International Herald Tribune* justo antes de la visita de Bush a Bruselas en febrero de 2005) la “creación de un sistema de alerta precoz para desactivar la tensiones trasatlánticas”, a fin de “resolver los problemas antes de que lleguen a la mesa”.⁴³ Este tipo de declaración acerca de tensiones que evidentemente no son de naturaleza militar, en esa fecha

⁴³ Judy Dempsey, “An EU voice of caution”, *International Herald Tribune*, 21 de febrero de 2005.

y en la prensa estadounidense, no podía sino ser mal encajada y considerada como un elemento agravante por parte de los norteamericanos.



La obsesión europea por compararse con los Estados Unidos, ya sea para imitarlos, o para evitar su suerte, satura todo el espectro político. Y a menudo, estas reflexiones sirven para reforzar la idea de una Europa-potencia frente al Imperio americano. Incluso algunos partidarios del NO critican al TCE y al BCE (Banco Central Europeo) por no estar a la altura de sus equivalentes norteamericanos (el TCE no sería tan simple y legible como la Constitución norteamericana, y el BCE ¿no estaría sometido al mismo “control democrático” que la Fed⁴⁴!), como si esta estuviera verdaderamente al servicio del pueblo... La exageración de la potencia de un imperialismo –que, en realidad, está en decadencia– ha contribuido mucho a cegarnos ante la formación de otro.

El razonamiento según el cual se debería promover una Europa fuerte, a fin de contrarrestar los Estados Unidos –no importa si ello se traduce en un voto por el SÍ o por el NO– no ayuda a hacernos avanzar en la lucha anticapitalista y antiimperialista, en la perspectiva del socialismo a nivel internacional, que es el verdadero desafío que tenemos ante nosotros. Hay que considerar todos estos imperialismos en competencia entre ellos como clanes mafiosos en lucha, sin tomar partido por ninguno. Esto demanda que se vean claramente las contradicciones interimperialistas que inexorablemente se desarrollan dentro del mundo capitalista, las mismas que provocaron las guerras durante el siglo XX y que la Guerra Fría contribuyó en gran medida a... enfriar.

⁴⁴ Fed: Sistema de la Reserva Federal, banco central de EEUU.

¿Qué se cuece detrás de la crisis nuclear iraní?⁴⁵

«Me resulta difícil comprender (...) por qué la administración Bush continúa con su política agresiva contra Irán, especialmente en un momento en que su posición en Irak se encamina hacia el más completo fiasco, (...) pero seguramente lo que uno se interroga con mayor desconcierto es acerca de las razones que han llevado a la Unión Europea a mostrarse tan dispuesta a seguir a la administración Bush en una causa más que dudosa.».

David MacMichael,
«An Unnecessary Crisis: The Iranian Nuclear Showdown»
en *Counterpunch*, 22 de marzo de 2006.

Una guerra sin justificación alguna puede estar preparándose contra el pueblo iraní, y más allá de la opinión que nos pueda merecer el régimen iraní, los movimientos anti-guerra y anti-imperialista occidentales necesitan dar una respuesta a esta amenaza de agresión. La mera posibilidad de que se pueda reproducir o extender la catástrofe en Irak (más allá también de la opinión que podamos albergar acerca de posibles calendarios o incluso de si la actual amenaza a Irán no es más que una fanfarronada) debería ser un acicate para animar y renovar nuestra solidaridad con los pueblos de Oriente Medio, que se encuentran sometidos a invasiones y a toda suerte de presiones occidentales bajo el cínico pretexto de reestructurar democráticamente la región. Pero para que estemos a la altura de las circunstancias, parece cada vez más claro que necesitamos una mejor comprensión de estas presiones, ya que no hay nada más desmoralizador que creer que los Estados Unidos y los otros países imperialistas conforman un sólido e omnipotente bloque. No obstante, no hay que perder de vista en ningún caso que, por más que la debilidad y la falta de estrategia occidentales sean más que evidentes, el peligro de ataque es real. Es imposible saber exactamente lo que viene pasando en las múltiples negociaciones a puerta cerrada que están teniendo lugar en torno a la crisis nuclear iraní. Pero si es cierto que hay cosas que no podremos desenmarañar, no menos lo es que hay elementos de la situación que pueden ser interpretados.

⁴⁵ Artículo redactado conjuntamente con Michele Brand, que lo publicó en EEUU bajo el título: *What's driving the Iran Nuclear Crise?* (Ver www.counterpunch.org en la edición 7-9 de abril de 2006)

Para empezar, y siendo breve, hay que reconocer que Irán no ha roto con sus obligaciones legales con el Tratado de No Proliferación (TNP). No vamos a entrar aquí en detalles sobre esta cuestión por dos razones: primero, porque si uno sigue la secuencia de hechos -desde los comienzos de las inspecciones de la AIEA (Agencia Internacional para la Energía Atómica) y de las negociaciones con los europeos en 2003, pasando por la suspensión voluntaria iraní de las actividades de enriquecimiento del uranio bajo el «protocolo adicional», hasta llegar al rechazo por parte de Irán de las propuestas europeas del verano de 2005 y el subsiguiente retorno a dichas actividades de enriquecimiento -, queda claro que Irán vino actuando de buena fe durante las inspecciones y negociaciones, aunque eso sí, exigiendo en todo momento su derecho a enriquecer el uranio para fines pacíficos. Tal como admite este país, su solo pecado fue haber «escondido» su tecnología nuclear al Occidente, una tecnología que precisamente había sido en un principio suministrada y promovida por los Estados Unidos y Europa. El análisis bien documentado de David MacMichael, publicado en *Counterpunch* el 22 de marzo, pone fin a cualquier duda al respecto. Es interesante también leer la página completa que el propio gobierno iraní publicó en el New York Times del 18 de noviembre de 2005, en un esfuerzo por contrarrestar la incesante campaña occidental en su contra, y que es disponible en la página de Internet:

www.antiwar.com/blog/more.php?id=2523_0_1_0_M.

En segundo lugar, aunque no por ello menos importante, no debemos sobreestimar la legitimidad de los procedimientos de la AIEA, la cual es claramente utilizada por los países occidentales para hacer avanzar sus políticas imperialistas. No es cuestión de hacerse ilusión alguna acerca de la legitimidad de un TNP que es aplicado discriminatoriamente y de forma diferente (o no es aplicado en absoluto) según el país de que se trate, como podemos observar en los casos de Irán y Brasil, India, Paquistán e Israel. Tal como ha explicado con el más absoluto cinismo un comentarista-experto francés en *Le Monde* el 13 de enero de 2006: «Israel no ha firmado el TNP; por tanto, su programa nuclear [militar] no viola la ley internacional». Ante esto, lo mínimo que se puede decir es que si las reglas y acuerdos de la «ley internacional» son sólo voluntarios, entonces, no comprometen absolutamente a nadie. Quede claro, dicho sea de paso, que esta última reflexión no ha de ser entendida como una manera de meter de contrabando la idea de que es necesaria la ley internacional, sino más bien como un llamamiento a poner en plaza alternativas reales y legítimas (y no sólo «legales») que no sirvan a los intereses imperialistas.

Recientemente se ha hablado mucho de diferencias entre la posición de los países occidentales sobre Irán y la que mantienen Rusia y China. No hay dudas de que hay una diferencia fundamental entre las intenciones imperialistas de los primeros y los intereses mucho más amistosos que abrigan los citados países del Este con respecto a Irán. Esta desavenencia se hizo aún más evidente el pasado 30 de marzo, cuando en un ejercicio de «unidad» de los cinco con derecho a veto en el Consejo de Seguridad (más Alemania), se pudo llegar finalmente a la firma conjunta de un «ultimátum» (sin ninguna amenaza concreta), y al día siguiente, Rusia y China declararon que en ningún caso el problema podía resolverse mediante ataques militares o sanciones.

Efectivamente, Irán tiene relaciones y lazos económicos más amistosos con Rusia y China, aunque parece que hace bien en no confiar en ellos ciegamente. Rusia y China están maniobrando en el asunto de Irán tanto con la intención de apuntalar su fortaleza frente al Occidente como con la de conseguir una mejor integración en la economía mundial (la aceptación de Rusia en la Organización Mundial de Comercio es una de las fichas en juego; aceptación recientemente denegada de nuevo por los Estados Unidos). En cualquier caso, tales diferencias y tensiones entre el Oeste y el Este vienen de antes de la crisis con Irán y no pueden explicar la reciente escalada internacional en torno a este país, y aún menos explican por qué los Estados Unidos deberían atacar Irán precisamente ahora, en un momento nada apropiado para aquel país, incluso teniendo en cuenta la carrera por el petróleo. La verdad es que para entender lo que está pasando, necesitamos prestar mayor atención a las tensiones (más o menos encubiertas) entre los Estados Unidos y Europa y a sus respectivas relaciones con Oriente Medio, ya que es del campo occidental de donde provienen las presiones contra Irán.

Algunas voces oficiales en Irán, al igual que muchos otros observadores, han sostenido que el reciente esfuerzo de los europeos para comprometer a este país en la vía de las negociaciones ha sido por encargo de los Estados Unidos, que son los que de verdad alimentan la agresión contra Irán. Dicen, en pocas palabras, que ya que los Estados Unidos no pueden seguir actuando unilateralmente, han permitido que sus lacayos tomen la delantera, iniciando así una ronda de falsa diplomacia a fin de preparar el terreno para las verdaderas medidas que tienen en mente. En realidad, este argumento concede demasiado poder a los estadounidenses, cuya precaria y vacilante situación tanto económica como militar aparece más obvia ante muchos gobiernos que ante las propias fuerzas progresistas

internacionales. Y es que: ¿por qué razón Francia y Alemania, en lo que supondría un giro de 180° con respecto a su posición en la guerra de Irak, apostarían ahora por la estrategia de los Estados Unidos con respecto a Oriente Medio?

La respuesta es simple: no lo han hecho. El actual consenso del «Oeste» en el Consejo de Seguridad de la ONU encubre profundas fallas que explican el porqué se ha llegado a la situación actual. Ha sido Europa la que ha estado en el origen del *actual* «problema» nuclear iraní, no los Estados Unidos, a fin de forzar su propia presencia en la región. Los europeos esperaban someter a Irán por la vía diplomática y establecer una relación privilegiada y política entre la Unión Europea y ese país, excluyente de los Estados Unidos. En este sentido, David MacMichael está en lo correcto cuando argumenta en su artículo del 12 de marzo en *Counterpunch* que quizá los europeos *«temen que si los Estados Unidos, en alguna medida, tienen éxito en su objetivo de convertir a Iraq en una quasi-colonia y luego son capaces de someter a Irán, entonces ellos, los europeos, serían marginados completamente en el futuro de la escena de Oriente Medio.»* Este es el análisis que debería desarrollarse aún más al objeto de comprender la situación.

Cierto que ahora, ni los europeos ni nadie piensan realmente que los Estados Unidos van a tener éxito en su colonización de Irak. Pero en 2003 sí que lo temían, y por ello los primeros comenzaron un proceso de diplomacia y de negociaciones encaminados a asegurar una relación con Irán en beneficio propio. Tanto si los Estados Unidos tenían éxito en Irak como si no, los europeos necesitaban poner un pie en la región para garantizar así su presencia futura allí al mismo tiempo que prevenir una posible mayor desestabilización de la misma, por parte de los estadounidenses, que afectaría a sus intereses. Pensemos en el resultado que para Europa habría tenido que los Estados Unidos hubiesen colonizado Irak según sus planes. Se habría consumado la división entre la «nueva» Europa (aliada a los Estados Unidos) y la «vieja» Europa, acabando así con la capacidad europea para actuar autónomamente en la escena internacional. El viejo continente habría sido sometido a los intereses de los Estados Unidos y al ritmo que estos le impusiesen en todo lo concerniente a Oriente Medio; en realidad, habría sido descartado de la zona, salvo cuando los Estados Unidos le permitiesen una presencia. Pero, por otro lado, en caso de fracaso, los estadounidenses arrastrarían también a los europeos, tanto por la asociación de estos con los Estados Unidos como por la inestabilidad resultante de dicho fracaso, que haría peligrar los propios intereses de Europa y su acceso al petróleo. Es por ello, que

Europa necesitaba en cualquier caso contar con un bastión amigo en la región y ponerse en condiciones de obstaculizar una nueva conflagración norteamericana, aprovechando la cuestión nuclear de Irán para intentar crear su propia zona de influencia en Oriente Medio.

Ahora consideremos las implicaciones que para los Estados Unidos habrían tenido que Europa hubiese culminado con éxito el pasado agosto su maniobra de acorralamiento diplomático de Irán. Un Irán pro-europeo, con la «colonia» estadounidense de Irak en llamas a las puertas y la invasión de este país deslegitimada, habría consolidado la potencia europea tanto internacionalmente como en la región, demostrándose la necesidad de su presencia en el tablero internacional como un actor mayor.

En la práctica, la apertura europea a los iraníes (y «apertura» es la palabra correcta) se ha ido desarrollando frente al creciente fracaso de los Estados Unidos en asegurarse Irak y ante la situación de pre-crisis económica norteamericana. En oposición a un imperialismo estadounidense abiertamente agresivo en Asia del sudeste y central, los europeos han mantenido un imperialismo («suave») más contenido, económico, hacia los países del Este, comenzando por los países de Europa oriental para extenderse posteriormente a Ucrania y a Oriente Medio. Europa necesita desesperadamente asegurarse de un suministro de petróleo fiable, amistoso y a largo plazo, y la locomotora alemana busca mercados, fuentes de suministro y una mano de obra barata para sustentar su expansión económica. Más importante aún ahora, Europa necesita un cortafuego contra la «proliferación» de fiascos norteamericanos como el de Irak. Con los Estados Unidos en una posición de debilidad tanto económica como en los escenarios militares, la Unión Europea parece que ha estado intentado sacar ventaja de la hegemonía tambaleante de aquellos en vista a comenzar un proceso de acaparamiento de Irán. En este sentido, no se proponía ni «cambiar de régimen», ni un ataque militar, ni sanciones económicas. Y es que la última cosa que desea la Unión Europea es desestabilizar aún más la región de Oriente Medio. Más bien persigue hacer de Irán un «asociado», un terreno de pasto, al cual acceder con prioridad.

Repasemos brevemente el proceso de negociaciones que los europeos llevaron a cabo con los iraníes. En el verano del 2003, después de que hubiesen comenzado las inspecciones de la AIEA, la «troika» europea (Francia, Gran Bretaña y Alemania) abrieron un proceso de negociaciones con Irán, en las que a cambio de que este pusiera término a los aspectos problemáticos de su programa nuclear, le ofrecía inaugurar un

período de relaciones privilegiadas en los terrenos político, económico y militar. Las negociaciones iniciales trajeron como resultado, en el otoño de 2003, la firma voluntaria por la parte iraní del protocolo adicional al TNP, que implicaba la suspensión del proceso de enriquecimiento del uranio al mismo tiempo que se permitían inspecciones por sorpresa. Esto fue hecho en vista a un acuerdo, que se materializó el 15 de noviembre de 2004, el Acuerdo de París, en que se decidió la continuación de las negociaciones hasta la firma de un tratado entre las dos partes, a cambio de futuras inspecciones y la suspensión de la actividad en las instalaciones nucleares.

Después de que en la primavera de 2005, la esperada proposición concreta de cooperación siguiera sin materializarse, y tras las elecciones en Irán que dieron paso a un nuevo presidente, este país decidió forzar la cuestión en agosto de 2005 anunciando la reanudación del enriquecimiento del uranio. La Unión Europea respondió con la amenaza de llevar el asunto al Consejo de Seguridad de la ONU, y luego le pidió a Irán que esperase hasta que su propuesta le fuera entregada. Los europeos entregaron a Irán su propuesta de cooperación el 5 de agosto de 2005, la cual fue inmediatamente rechazada por este país, ya que en ella se le requería que cesara permanentemente todo enriquecimiento del uranio (el uranio enriquecido le sería en adelante suministrado por la Unión Europea u otros países) al mismo tiempo que no obtenía garantías concretas de cumplimiento de las promesas que le habían sido hechas en el proceso de negociaciones.

La oferta de la «troika»⁴⁶ del 5 de agosto de 2005, que Irán rechazó como «insultante», incluía en la forma de «incentivos»: acceso a *«las tecnologías [europeas] de medio ambiente, de comunicaciones y de información; preparación en el terreno de la educación; [...] estimular la cooperación en áreas tales como los transportes aéreo, ferroviario y marítimo, la sismología, infraestructuras, la agricultura y la industria de alimentos, y el turismo»* así como *«promover el comercio y las inversiones»* y *«apoyar la ascensión de Irán a la Organización Mundial de Comercio (OMC), y darle asistencia técnica para que realice los necesarios ajustes técnicos a su economía.»* Léase: convertir a Irán en un verdadero terreno de pasto donde los europeos llevar a cabo sus inversiones y ejercer su control. Una cláusula

⁴⁶ No confundir con la conocida Troika en el ámbito económico: Comisión Europea, Banco Central Europeo y Fondo Monetario Internacional. Aquí nos referimos al ya mencionado trío formado por Francia, Gran Bretaña y Alemania.

vista por los iraníes como particularmente insultante y condescendiente era aquella en la que se decía que «[los europeos] *estarían dispuestos a realizar una declaración política por la que veían a Irán como un fuente de suministro de petróleo y de gas para la Unión Europea.*» Un editorialista iraní se refería a estos incentivos como «*concesiones económicas del tipo de realizar compras de petróleo*» y como un insulto al desarrollo ya avanzado de Irán. No obstante, es interesante comparar esta lista europea de incentivos con la ofrecida por los Estados Unidos durante el mismo período de negociaciones: apoyo a la adhesión de Irán a la OMC y el suministro de piezas de recambio para aviones. Tal como pretendían los norteamericanos, esta mísera «zanahoria» habría sido efectivamente considerada no ya sólo un insulto por los iraníes, sino también como un insulto al propio proceso europeo de negociaciones, que los Estados Unidos querían, y eventualmente lograron, minar.

Aunque parezca que Irán haya sido tentado por las «promesas» de los europeos, la verdad es que es un país que está en una buena posición para identificar las intenciones imperialistas que subyacen tras las presiones diplomáticas. La «troika» europea pensaba aparentemente que podría utilizar la cuestión nuclear para forzar a Irán a adoptar un único posible acuerdo; acuerdo que (aparte de las referencias a respetar la ONU y la ley internacional) prácticamente descartaba explícitamente a los Estados Unidos. Pero, con su oferta, los europeos venían a reconocer que una gran parte de su poder de influencia sobre los iraníes descansaba en que los Estados Unidos habían estado amenazando con atacarlos, y que Irán podría por ello estar forzado a concluir cualquier tipo de acuerdo con «Occidente». Elegir a los europeos sería en ese caso el mal menor. Evidentemente, el cínico imperialismo de tapadillo europeo contrasta con el que su contraparte americana ejerce sin tapujos. La «troika» europea, en su declaración del 12 de enero de 2006, decía con toda la falsedad del mundo: «*Los europeos negociaron con buena fe. El pasado agosto presentamos proposiciones de cooperación en los terrenos económico, político y militar con Europa que eran las más favorables de las que jamás Irán haya recibido desde la Revolución.*» Sin embargo Irán, aunque, tal como se ha indicado, aparentemente estuvo tentado en algún momento por la oferta europea, no se llevó a engaños ante la hipocresía de un trato al estilo de «o te vienes con nosotros, o tendrás que vértelas con los leones». Está claro que Irán no podía sino sentirse insultado por semejante uso de manipulación coercitiva con la que al final se le presentó la privilegiada relación de «cooperación amistosa».

Tal trato habría sólo funcionado si Europa hubiese respaldado

creíblemente sus promesas. Esto es lo que estaba realmente en juego en lo concerniente a la oferta europea, aunque no fuera mencionado por ambas partes: para Irán, aceptar la «relación especial» con los europeos habría significado convertirse en su protectorado. Esto explica que Irán se refiriera repetidamente durante el proceso de negociaciones a las «promesas» que se le habían hecho, y que al final se sintiera enojado al ver que no se materializaban en garantía concretas; probablemente, no en lo que respecta a los incentivos económicos, de cuya sinceridad y viabilidad los iraníes no albergaban dudas. En todo este aspecto particular de las garantías exigidas por los iraníes, difícil no pensar que el elemento crucial de la «seguridad» en la oferta original europea tuvo que tener bastante eco en Washington. ¿Por qué Irán necesitaría respaldo militar? El *Washington Post* de 6 de agosto de 2005 plantea sin rodeos los límites que no podían sobrepasar las partes negociadoras: *«Irán había esperado, en base a las propias palabras que en un principio venían de Europa, que las proposiciones de esta, ahora que tropas norteamericanas se encuentran en sus fronteras afgana e iraquí, incluirían una seguridad militar para el país ante posibles planes (militares) de los Estados Unidos. Pero los europeos sólo ofrecieron limitadas garantías en lo que respecta a sí mismos y no en lo concerniente a los Estados Unidos.»* De acuerdo con la prensa iraní de 26 de julio de 2006, antes de que la propuesta europea fuera dada a conocer, una fuente oficial iraní *«advirtió que la propuesta europea no debería limitarse a incentivos económicos y políticos, añadiendo que las bases están ya echadas para una cooperación de Irán con Europa a fin de resolver crisis como las de Irak y Afganistán así como afrontar la lucha contra el terrorismo.»*

La Unión Europea había esperado cínicamente esgrimir la “fuerza diplomática» para asegurarse un acceso privilegiado a los recursos y al mercado de Irán (y de paso contar con una posición privilegiada en el Medio Oriente); una apuesta que han perdido, dada su incapacidad militar (cosa que sabe Irán) tanto para imponerle a Irán un determinado intercambio, como para protegerle. Durante las negociaciones, la Unión Europea dejó claro que no podía llegar a un acuerdo que no contase con los Estados Unidos, lo que revela a la vez la diplomacia con la que debe conducirse con la primera potencia mundial y esa actual debilidad militar europea de la que hablamos. Es posible que al final, tal como Irán denuncia, Europa haya recibido presiones de los Estados Unidos en el sentido de que tenía que dejar de lado todo lo que supusiese garantía reales para Irán; y que, efectivamente, los europeos hayan concluido que no iban a tener fuerza suficiente para responder a todas los posibles desbordamientos en caso de que los Estados Unidos no hicieran marcha atrás en su dinámica

directamente agresiva contra los iraníes. Baste considerar las implicaciones reales de la propuesta europea: alineamiento de instalaciones militares a lo largo de las fronteras iraquí y afgana por una Europa aliada a uno de los miembros del «eje del mal»; algo que, sin duda, no podía sino ser visto por los Estados Unidos como una provocación.

Los intereses divergentes entre los Estados Unidos y Europa se pueden ver en el hecho de que los primeros claramente no han apoyado o creído en las posibilidades de éxito de la apertura de Europa a Irán; claro está, sin expresarlo explícitamente en público. Los Estados Unidos habían destapado la participación británica en el programa nuclear de Israel, quizá con la intención de minar la confianza de Irán en el proceso de negociaciones con Europa. Y habían revelado, justo días antes de la oferta europea del 5 de agosto, que actualmente Irán está aún a 10 años de la bomba; una revelación que en ese momento probablemente buscaba quitarle urgencia al proyecto europeo.

Lo que verdaderamente está en juego en la agresión de «Occidente» contra Irán no es la bomba nuclear, como bien sabemos, ni la bolsa de petróleo en euros, ni la cuestión del «apartheid nuclear» (el control del ciclo de utilización pacífica del combustible por un puñado de países desarrollados); si bien, todos estos elementos están presentes en una situación que es compleja. Más bien, la verdadera cuestión central es la que tiene que ver con la hegemonía estadounidense y el aumento de la inseguridad global futura en un contexto de competencia de imperialismos tras el fin del consenso de la Guerra Fría y la aparición cada vez más clara de grietas en la fachada imperial estadounidense. Efectivamente, el momento actual está marcado por más inseguridad internacional y por una incertidumbre que no se había conocido en generaciones. Exactamente como en el caso de Iraq, el principal interés de los Estados Unidos no es simplemente apropiarse a Irán, sino prevenir que sus rivales no lo hagan suyo. Un signo de la fragilidad de los estadounidenses es que el control de los tiempos en su agresión contra Irán no ha venido estando en sus manos, sino en las de sus rivales. Si Europa no hubiese forzado la cuestión de Irán, los Estados Unidos, dado sus problemas en Irak, no estarían haciendo los mismos ruidos de guerra que ahora estamos escuchando; unas vociferaciones que, por tanto, no pueden soslayar una falta de estrategia que cada vez se hace más notoria.

El caso es que ahora a los países de Occidente les resulta tan difícil echar marcha atrás como desestabilizar aún más la región. Los numerosos retrasos en el Consejo de Seguridad, junto con el reciente «ultimátum»

descafeinado⁴⁷ sirven para mostrar que la situación «diplomática» es de total desorden. Al menos, Europa parece querer una salida honorable, al repetir ahora (después de haber amenazado el verano pasado con el Consejo de Seguridad y aún más) que desea mantener las negociaciones diplomáticas como hasta este momento. De acuerdo con *Le Monde* del 11 de marzo, diplomáticos europeos están ahora promoviendo, un poco ridículamente, un proceso «gradual y reversible». Y según la AFP (Agencia France Press), el 17 de marzo, el ministro ruso de exteriores Sergei Lavrov decía en respuesta a la pregunta de si el Consejo de Seguridad podría llegar a la unanimidad sobre la cuestión: *«Todo depende de las propuestas específicas que se tengan para discutir en el Consejo de Seguridad, y dada la falta de estrategia, no me puedo imaginar qué tipo de proposiciones puedan existir»*.

Ahora, después del fracaso diplomático, la Unión Europea ha perdido la iniciativa y se ve abocada a permanecer completamente detrás del matón americano, incluso si este no quisiera una salida violenta. Sin embargo, las fisuras entre ambos son evidentes. Tras el teatro de “unidad” que se representó el 30 de marzo, de la que Condaleeza Rice se mostraba tan orgullosa, el ministro alemán de exteriores Gernot Erler declaró a una radio alemana: *«el mundo entero puede ver quién es constructivo aquí y quién no»* (dando a entender quién está por la diplomacia y quién está amenazando con ataques.) Dijo también que la opción de levantar las sanciones existentes, que él calificó como una *«oferta muy atractiva»* estaba todavía sobre la mesa. Es decir, Alemania no sólo no quiere sanciones, sino que desea levantar las ya existentes en una oferta que se parecería a la propuesta de la troika europea del pasado verano. Así que tenemos a los Estados Unidos empujando para la adopción de unas sanciones, que son apoyadas débilmente, al menos públicamente, por británicos y franceses, pero que son vetadas por Rusia y China, mientras los alemanes dejan caer la idea de que las sanciones existentes deberían ser (estratégicamente) levantadas: la situación dentro del Consejo de Seguridad debe ser de un “impasse” total.

Irán sabe todo esto. Como país que cuenta con una política extranjera y doméstica de relativa independencia —y por ello, naturalmente, en la línea de tiro—, Irán parece que sabe que su mejor esperanza de éxito es sacar ventaja de la situación actual (y nadie mejor que él para ver las contradicciones que se esconden tras la fachada de multilateralismo) y

⁴⁷ Este artículo fue publicado el 7 de abril de 2006.

continúa manteniendo con fuerza una línea independiente. Pronto recibirá los dividendos por haberse conducido en la crisis sin perder su autonomía: la oportunidad de confrontar a su enemigo directamente sobre la cuestión iraquí. En ese encuentro podría obtener las promesas de «seguridad» que necesita de la parte de los Estados Unidos, a cambio de promesas por su parte de no interferencia en Iraq; la ventaja ahí puede que esté del lado iraní.

Ante este panorama, a los Estados Unidos les toca decidir si están realmente interesados en comenzar con el lanzamiento de bombas sin una esperanza realista de asegurarse el control del país; especialmente si esta agresión, tal como la de Irak, no es «legalizada» por Naciones Unidas. Un parlamentario ruso declaró recientemente que los ataques de Estados Unidos contra Irán «*acelerarían el colapso de los Estados Unidos*», que no pueden sostener sus deudas (*Gazeta*, 31 de marzo de 2017). La estrategia norteamericana es volátil e irracional, pero el caso es que está en el interés de los Estados Unidos seguir por ese camino. Se trata de un país que obviamente está actuando desde una posición de debilidad, empantanado en dos guerras, y dependiente del petróleo mundial y del financiamiento de sus deudas. Y tal como un matón, su respuesta a su debilidad es ser aún más agresivo, al menos de palabra.

En este sentido, el «consenso» entre superpotencias para llevar a Irán al Consejo de Seguridad, más que relacionado con la propia cuestión iraní, puede que se trate de un compromiso internacional para hacer actuar a los Estados Unidos de acuerdo con las reglas internacionales. En cuanto a la agresividad verbal, aunque es efectiva hasta un cierto punto, tiene sus límites. Lo cierto es que los Estados Unidos están dispuestos de forma irracional a llegar adonde sea con tal de mantener su tambaleante hegemonía. Un ataque aéreo (no «autorizado») sobre Irán podría servir también a los Estados Unidos para su objetivo de poner las cosas difíciles a sus rivales, Europa y China. Dado que su única verdadera fuerza, sin comparación posible, reside en lo militar y no en lo económico o en lo diplomático, EEUU actúa como un bombero pirómano, metiendo fuego en diferentes escenarios a fin de crear una razón que haga necesaria su presencia allí donde se desatan incendios al tiempo que se previene contra una presencia de sus competidores. Está convencido de que, al menos, en la medida en que Oriente Medio se haga cada más inestable, más difícil resultará también para Europa y China mantener allí su presencia. Como un desesperado y tambaleante imperio —aunque todavía, y con mucho, el más fuerte—, Estados Unidos sólo pueden mantener su potencia relativa prendiendo gigantescas barreras en el camino de sus rivales.

Y que los de abajo nos enteremos...⁴⁸

(La importancia de poner el acento en las contradicciones
interimperialistas)

No basta con que los de abajo no quieran, sino que es necesario que los de arriba
no puedan continuar como han venido haciéndolo hasta ahora
(parafraseando a Lenin).

Y que los de abajo nos enteremos... de que no pueden.

Desde un amplio abanico de páginas progresistas se identifica certeramente al imperialismo de los Estados Unidos como el enemigo principal de los pueblos, capaz de llevarnos a la barbarie... si antes no lo impedimos. Pero como precisamente de lo que se trata es de esto, de impedirlo, es imprescindible saber en qué verdadero estado se encuentra ese enemigo y la solidez del sistema que encabeza. En este sentido, es de lamentar que entre el movimiento progresista en general se venga exagerando en demasía en los últimos años el poder de los Estados Unidos al tiempo que no se tengan en cuenta suficientemente las contradicciones entre estados imperialistas. Esto no contribuye a comprender la inestabilidad permanente en que se ha instalado la situación internacional y a prever lo más posible su evolución.

En el presente escrito se mantiene la opinión de que la actual inestabilidad internacional sin fin responde, en última instancia, a la voluntad yanqui de prolongar *como sea* una hegemonía absoluta que *no* tiene base real. Y que esta hegemonía absoluta no sólo es contestada de forma combativa por pueblos del Tercer Mundo o, a través de divergencias profundas, por potencias como Rusia y China, sino que ella es también puesta en cuestión dentro del propio campo imperialista occidental, principalmente por el núcleo central de la Unión Europea; evidentemente, en este caso, por razones muy diferentes de las abrigadas por los pueblos y sólo a la manera en que los mafiosos se ponen en cuestión entre sí.

Ciertamente, toda una serie de elementos históricos y presentes han dificultado (y dificultan) sobremanera que se consideren en su justa medida las contradicciones *entre* Estados imperialistas y la crisis de hegemonía del imperialismo de EEUU. Está la *inercia*, causada por décadas de Guerra Fría, de liderazgo estadounidense avalado y apoyado a cualquier precio (y nunca

⁴⁸ Escrito en 2006 bajo el seudónimo de Ernesto Martín

mejor dicho) por todo el campo capitalista avanzado occidental, cuando no se jugaban una u otra posición de fuerza dentro de su sistema común, sino el sistema mismo. Al acabar la Guerra Fría tal como lo hizo, el liderazgo de EEUU las tuvo todas consigo para *mitificarse* en hiperimperio vencedor al que sólo le quedaría dirigir a todos sus aliados anticomunistas en la empresa única de extender la “mundialización” al resto de países que la división del mundo en bloques había sustraído a la influencia plena (o sea, “neoliberal”) del sistema occidental.

Además, hoy especialmente, y al menos por un “buen momento”, las diferencias entre potencias capitalistas han de dirimirse mediante, o aprovechando, conflictos *regionales* más o menos lejanos, sólo sea evidentemente porque un enfrentamiento directo entre ellas provocaría una destrucción mucho mayor aún que las dos precedentes guerras mundiales; lo que conlleva que las tensiones interimperialistas que animan dichos conflictos se difuminen en dicha lejanía dificultando su identificación. Finalmente no pueden obviarse las *propias dificultades* de los competidores de los EEUU dentro del campo de potencias capitalistas (la UE y, no digamos, los japoneses) para conformar bloques imperialistas sólidos. Esto no juega a favor de que puedan liberarse definitivamente de las servidumbres que les impuso la Guerra Fría en materia de mantenimiento de la supremacía estadounidense, ni tampoco para que puedan presentar cara a las nuevas amenazas que se ciernen también contra ellos —en tanto que copartícipes del (des)orden imperialista mundial— sin demandar la protección del “amigo americano”. Entre esas amenazas se encuentra principalmente la que proviene de la lucha de resistencia antiimperialista de los pueblos del Tercer Mundo (en Irak, en América Latina...) y la amenaza que todos los imperialistas sin distinción siguen viendo en países como Rusia y China, quienes han heredado una gran potencia de su pasado socialista, que ahora utilizan, como mínimo, para desarrollar una línea de desarrollo independiente en el marco económico internacional que no conviene a las grandes corporaciones capitalistas (norteamericanas y no norteamericanas) que buscan controlar aquellos inmensos mercados.

Sin embargo, a pesar de lo que (no) parece, las contradicciones y disputas interimperialistas sí que están ahí, y juegan cada vez más un papel de primer orden, realimentadas por una crisis de hegemonía del coloso yanqui que *viene de lejos* y que, como ya hemos indicado, sólo la persistencia de la Guerra Fría hizo que no se manifestaran mucho más antes. Recientemente lo expresaba bastante bien un editorialista de *Les Echos*,

periódico francés de referencia en asuntos económicos, en un artículo titulado: “La mundialización continúa pero ya no la dirigen más los Estados Unidos”, del 15 de junio de 2006. En dicho artículo, entre otras cosas jugosas, se nos dice que “*el triunfo* [estadounidense sobre el comunismo al final de la Guerra fría] *tapaba un debilitamiento que había comenzado mucho tiempo antes*” y cuya “*primera señal fue [...] la derrota de Vietnam.*” Por ahí van los tiros. Y hay que insistir en ese aspecto cronológico del declive norteamericano ahora que, por fin, algunos (eso sí, aún con mucha timidez) ponen en duda la existencia de un ultrapotente imperialismo estadounidense ante la evidencia de su fracaso en Irak y situando en este fracaso el comienzo del declive norteamericano. En realidad, los fracasos en la guerra de Irak, y con ellos el de toda la estrategia neoconservadora de “reordenamiento democrático” de Oriente Medio, no suponen el punto del comienzo de ese declive norteamericano, sino una consecuencia y una neta visualización del mismo. Este declive, efectivamente, comenzó mucho antes, pero incluso antes de la derrota de Vietnam. Así, ya a caballo entre los años 60 y 70 del siglo anterior aparecen fuertes señales indicando que Estados Unidos no tenía base *económica* suficiente para continuar con el mismo rol imperialista hegemónico en el Occidente capitalista que la Segunda Guerra Mundial le había consagrado.



Hasta finales de los 60 el hecho de que la hegemonía estadounidense sea apenas contestada dentro del mundo capitalista avanzado no sólo resulta de necesidades comunes de orden geopolítico e *ideológico* impuestas por la Guerra Fría, sino que tiene una *base económica real*; esta, sin duda, reforzada por la distinta suerte con que se había repartido la destrucción (¡y la no destrucción! si pensamos en EEUU) de las dos guerras mundiales. Fijémonos en la distribución mundial de reservas de oro, en una época en que esta moneda jugaba aún un rol, si no exclusivo, todavía muy importante en los intercambios comerciales internacionales. Tras la Segunda Guerra Mundial los EEUU acaparaban los dos tercios (!) de dichas reservas, culminación de una escalada que venía desarrollándose ya desde hacía tiempo, y que no podía sino representar una diferencia *real* incontestable del peso de la economía de este país en el mundo que se iba a mantener durante lustros.

Sin embargo, será precisamente esa diferencia abismal de reservas de oro en los estertores de la Segunda Guerra Mundial, la que lleve a

inocular el virus del parasitismo posterior (y actual) del sistema estadounidense. En 1944 los Acuerdos de Bretton Woods institucionalizan el *absurdo de poner al mismo nivel el oro que el dólar*. Aunque dicha nivelación pudiera parecer justificada por la falta de moneda en oro suficiente para garantizar los intercambios comerciales mundiales, a fin de cuentas se estaba confundiendo dicha moneda *real* (el oro) con un *papel* moneda (el dólar) y convirtiendo la banca central emisora de billetes de un país (los Estados Unidos) en la del resto del mundo. En definitiva, se estaban sentando sólidas bases para que en el futuro este país pudiese exportar sus eventuales deudas y crisis al resto del mundo; al resto del mundo, es decir, desde el “tercero”...al “primero”. Precisamente será un representante cualificado de este (del “primero”), De Gaulle, quien en 1965 hable del “*privilegio desorbitado*” que venían poseyendo los norteamericanos en cuestiones de emisión de moneda y que le lleva a “*endeudarse gratuitamente a costa del extranjero*” (Conferencia de Prensa en el Palacio del Eliseo, el 4 de febrero de 1965).

No obstante, durante muchos años, y tras dichos Acuerdos de Brettons en que se inoculó ese virus del parasitismo de los Estados Unidos, este parasitismo va a coexistir con una “macroeconomía” en este país todavía relativamente “sana”, y su portador no tendrá todavía gran necesidad de desarrollarlo. Será con el tiempo, que los inmensos gastos del aparato estatal estadounidense, principalmente militares, así como el desarrollo (el retorno, habría que decir) de otros polos de desarrollo capitalista, sobre todo en Europa y Japón, se encargarán de ir minando las bases *materiales* (reales) sobre la que se había edificado la hegemonía estadounidense.

Ya desde 1961 se constituye un Pool de países ricos (principalmente Japón y Alemania) que ponen *sus* reservas de oro a disposición de los norteamericanos para que estos cumplan *su* obligación de respaldar los papeles dólares que *sólo* ellos imprimen. Esta “generosa solidaridad” entre Estados capitalistas desarrollados va durar hasta 1971, año en que Nixon, en plena guerra de Vietnam, decide no respaldar más con oro los dólares que imprime. A partir de ahí, el papel (dólar) sustituye definitivamente al oro como moneda, aprovechándose también de la inercia de décadas en que efectivamente se había impuesto en los intercambios internacionales y se había atesorado (falazmente) como sustituto total del oro. Tanta generosidad y condescendencia de los otros países capitalistas desarrollados para con los Estados Unidos sólo podía explicarse (y alargarse) evidentemente por razones propias de la Guerra Fría: había que

mantener al gendarme occidental tal como se sostiene a policía y militares propios.

En cualquier caso, lo que queda claro es que desde los comienzos de los 70, con esa decisión de los Estados Unidos de *imprimir* sin más una buena parte de su riqueza, había sonado la hora definitiva para que el virus del parasitismo norteamericano comenzara a manifestarse como nunca hasta entonces. Puede afirmarse que es justo entonces cuando se constituye la base monetaria de la exportación de esa crisis crónica de los Estados Unidos, consistente en un ciclo interminable y creciente de déficit tanto comercial como financiero, a excepción de algún que otro momento de superávit oficial durante el mandato de Clinton. En los últimos años la cosa no hace sino empeorar. Según el *International Herald Tribune* del 18 de septiembre de 2006, y tal como se hace eco en parte *El País* del día siguiente, el déficit exterior de los Estados Unidos ronda ya los 800 mil millones de dólares por año, representando el déficit corriente el 6,6% del PIB, cuando, por ejemplo, la UE instituyó en su día la posibilidad de abrir expedientes a los países que superaran el 3%.

Como era previsible, la primera potencia mundial ha pretendido en parte lidiar sus gigantescos déficits con la exclusividad legal que tiene de imprimir los dólares que debe y de hacer bajar o subir el valor de estos. Pero como la riqueza no se puede imprimir, sino a lo sumo “transferir”, esas maniobras “mágicas” sólo se han podido llevar a buen puerto a costa de otros. Resulta, pues, que los Estados Unidos están ejerciendo una *“considerable influencia negativa (...) en la economía internacional, como consecuencia, entre otros factores, de la descontrolada emisión de dólares para pagar productos y servicios por encima de su real poder adquisitivo, ‘papeles que ya la gente no quiere atesorar’*. (Fidel Castro, según *Granma*, informando sobre una importante reunión de su Partido el 1 de julio de 2006). No es probable que el *International Herald Tribune* sea acusado por la Administración Bush de colusión con el vecino mandatario enemigo de la Isla, pero ese mismo periódico no dice otra cosa cuando en el artículo mencionado anteriormente se atreve a comentar en “voz alta”: *“Hasta ahora, los extranjeros se han mostrado muy contentos de recibir dólares a cambio de las compras norteamericanas de coches, televisiones y petróleo extranjero. Pero la cuestión es qué pasaría si en un momento dado los extranjeros decidieran que quieren poseer menos valores y divisas en dólares.”* Por nuestra parte, ha de insistirse en que la insostenible situación norteamericana, incluso desde el punto de vista de la “economía de mercado” que tanto dicen defender, se viene sosteniendo artificialmente desde hace mucho tiempo.

Efectivamente, a partir de los 70 esa riqueza estadounidense, cada vez más “*por encima de su real poder adquisitivo*”, es en gran medida responsable de la conocida ruina total en que se encuentra gran parte del Tercer Mundo, sin por ello exculpar, por supuesto, al resto de países “avanzados” ni a las camarillas locales en los países dependientes. Pero lo que más nos interesa destacar en este escrito —por lo que tiene que ver con la agudización de las contradicciones interimperialistas, que es, en definitiva, lo que históricamente está en la base de las mayores desestabilizaciones y conflagraciones mundiales—, lo que más nos interesa destacar ahora, digo, es que los propios países avanzados capitalistas, afectados por la larga doble crisis económica y social que se inicia en todo el mundo industrial en dicha década de los 70, ven en el Estado y sistema norteamericanos un fardo y un obstáculo a sus propias “necesidades” expansionistas. Así que, como ya se ha señalado, la razón por la que el resto de potencias capitalistas se ligaba como lo hacía a EEUU era la “amenaza soviética”.

De ahí que cobren vigor las tendencias a formar bloques económicos, como en Europa, y a crear o a fortalecer monedas que puedan sustraerse del yugo del dólar, tal como se pretende con el *ecu* que finalmente desembocará en el euro. Y es a partir de ahí que se llega a una situación donde una buena parte de importantes países considere muy seriamente la posibilidad de asegurar mucho más el valor de sus riquezas en otras monedas distintas del dólar, alejando así el temor de que se les esfume por tenerlo casi todo representado en la divisa estadounidense. Por cierto, en este sentido estrictamente económico, recientemente se ha pronunciado el Presidente venezolano Hugo Chávez, apoyando la iniciativa planteada en tal sentido por Irán; aunque ciertamente este país esté también guiado por las conocidas consideraciones geopolíticas en torno a las amenazas anglosajonas contra él.

Que durante decenios todas las tendencias contradictorias intra-capitalistas han estado limitadas y compensadas principalmente por “la amenaza del bloque soviético-comunista”, lo demuestra el que hoy precisamente sea Japón —que en gran medida se considera todavía inmerso en guerra fría con China y Corea del Norte— el que aún no pueda materializar tantos distanciamientos sustanciales del “amigo americano”. Un “amigo americano”, al que los japoneses, como primera potencia financiera del mundo, llevan sosteniendo como el que más a golpe de compras de bonos del tesoro estadounidense en dólares, cuando seguro que hubiesen preferido *conquistar* mercados más reales donde exportar su plus de riqueza (plus, evidentemente, desde un punto de vista capitalista) y

así no verse inmersos en una crisis de estancamiento durante toda la década de los 90 y de la que todavía se resienten.

Pues bien, el meollo de la cuestión de la inestabilidad internacional permanente actual estriba en que el problema de los déficits de EEUU y de su estándar de vida muy superior al de su poder adquisitivo real *no puede resolverse* con correcciones estrictamente económico-monetarias; lo que en su caso equivaldría a que los norteamericanos aceptasen de buen grado que no pueden continuar ejerciendo su hegemonía como antes. Y esto no es posible porque, aparte de las grandísimas fortunas y negocios que son consecuencia de esa hegemonía, los Estados Unidos han construido un sistema económico-social que, lejos de la pantalla del neoliberalismo que tanto promulgan y exigen a los otros, está *ultraprotegido* por una serie de leyes y de medidas que precisamente *sólo* se explican por el rol hegemónico que ejercen en el mundo. Así, al margen (y nunca mejor dicho) de sus 40 millones de pobres, los Estados Unidos históricamente se han “preocupado” de crear su propia *bodyguard* (guardaespaldas) interior (Howard Zinn): una amplia clase media dopada por una financiación sin igual en el mundo, a tenor de la facilidad con que se conceden los préstamos a empresas y familias en comparación con otros países desarrollados. Además, durante décadas en ese país se han aplicado sustanciosos planes sociales empresa por empresa –de paso, sin sentimiento de culpabilidad por estatismo social– en un mundo de grandes industrias que están al abrigo, igualmente como en ninguna otro país, de tener que responder a la banca (nacional e internacional) en caso de quiebra (capítulo VIII de la Constitución.) A día de hoy ya alcanzan la decena las grandes empresas que se han acogido a este capítulo, entre ellas, la famosa Enron. En definitiva, estamos hablando de que los Estados Unidos desde hace décadas vienen ejerciendo toda una “generosidad financiera” hacia el interior del país mientras siguen buscando en el extranjero –y ¡ay, si no se encuentran!– 2000 millones de dólares todos los días.

Es pues *la estabilidad del particular sistema norteamericano* la que depende de su hegemonía mundial. Y si fue la Guerra Fría la que en definitiva hacía que esa estabilidad fuese deseada por europeos y japoneses en contra de sus propias tendencias expansionistas autónomas, tras el fin de aquella, *sólo sobre la prolongación de la guerra* (caliente si es preciso), *o de la simple amenaza permanente de la misma* a nivel mundial, pueden basar los norteamericanos sus aspiraciones de prolongar el sometimiento de aquellos países a su hegemonía. Por eso será larga la guerra contra... el “terrorismo” y Estados del “eje del mal”, porque “largo” y peliagudo es el desafío que tienen que

resolver los Estados Unidos: asegurar su hegemonía contra vientos enemigos y mareas... “amigas”.

Debe quedar claro que, en ningún caso, se trata de negar el elemento *económico* clásico de conquista de mercados, sobre todo hoy de energía, que efectivamente existe en las guerras actuales norteamericanas. Aún menos se trata de obviar que los estadounidenses quieran impedir el establecimiento de potencias regionales contrarias a sus intereses *geopolíticos* tales como Irak o Irán; o, cómo no, el de potencias suprarregionales “antioccidentales” tales como Rusia y China. Tan sólo pretendo insistir —y tanto más porque es algo que apenas se tiene en consideración— en que, detrás de esos factores que ciertamente juegan un rol, debe resaltarse el papel de fondo que supone la necesidad cotidiana imperiosa de los norteamericanos de someter a sus propios “socios” occidentales, y de impedirles que den vía libre suelta a sus tendencias imperialistas una vez desaparecido el gran enemigo común.



Toda la estrategia agresiva de los neoconservadores norteamericanos por un nuevo siglo de dominación estadounidense, elaborada mucho antes de imponerse aquellos en la Casa Blanca, se basa en ese diagnóstico de pérdida de base real de la hegemonía de los Estados Unidos. Es decir, no se basa en la conciencia de que la primera potencia mundiales es más fuerte y rica que nunca, tras haberse desembarazado del obstáculo soviético, y necesita conquistar mercados para dar salida a una plétora de productos y servicios *made in USA*. Ese diagnóstico de debilidad económica se completaba con el del claro retroceso desde un punto de vista geopolítico que los norteamericanos sufrían en regiones claves del mundo tras la derrota de Vietnam. El caso más alarmante para ellos es el que ha venido dándose en Oriente Medio. De los cuatro puntales históricos que eran Persia, Arabia Saudita, Turquía e Israel, sólo les queda como aliado incondicional el Estado sionista: la Persia del Sha deviniendo un Irán con el que se han roto las relaciones oficiales; Arabia Saudita, queriendo diversificar sus relaciones estratégicas y buscando algo más que papeles verdes con que asegurar el valor de sus recursos energéticos; y Turquía procurando desesperadamente la integración en una Unión Europea a la que, entre otras cosas, le jura que no hará de torpedo yanqui a la británica. Por lo demás, este diagnóstico de doble debilidad económica y geopolítica es compartido por todos los grupos de poder estadounidenses. En lo que respecta al diagnóstico de los

males de fondo norteamericanos y a la urgencia de poner remedio, los neoconservadores no son menos realistas que los denominados... “realistas” (Kissinger, Albright, etc.). Otra cosa han sido las disputas entre ellos en cuanto a las soluciones concretas a aportar y en lo que se refiere al interés particular de confundir la supervivencia de la hegemonía estadounidense con la del propio Estado sionista de Israel, tal como han hecho los neoconservadores.

Efectivamente, todos comparten que hay que crear una situación donde el imperio americano no sea contestado seriamente, como mínimo, en el mismo interior del campo pro-occidental de la Guerra Fría. Y si es preciso para ello, no se dudará en provocar conflictos regionales a fin de recuperar el control de países de importancia estratégica, como en Oriente Medio, y obligar a que todo acuerdo entre dichos países y otras potencias (incluidas las occidentales) pase por su beneplácito y, sobre todo, a que no se haga contra sus intereses; es decir, que en ese terreno las cosas sigan igual que cuando estaba la Unión Soviética “enfrente”. EEUU se aseguraría que eso no cambiara si las guerras les salieran bien. Pero incluso, como mal menor, apuesta por que la propia inestabilidad creada con sus intervenciones militares haga que el elemento decisivo en el juego de dominaciones a nivel mundial continúe siendo precisamente el elemento militar, donde se siente más seguro en comparación con las otras potencias capitalistas. En otras palabras: *o la guerra genera una situación nueva* para ese “nuevo siglo norteamericano”, *o genera una inestabilidad* que, como mínimo, amenaza a todo el campo occidental al punto de tener esta necesidad de nuevo de sostener al gendarme estadounidense como ocurría durante la Guerra Fría. En este sentido, debe insistirse en que por fuertes que puedan llegar a ser las contradicciones dentro del campo de países imperialistas, sus diferencias son menores de las que les separan a todos ellos de los movimientos de resistencia populares que fácilmente pueden extender su odio a todo el campo de países imperialistas; de los países del Tercer Mundo que pretenden seguir una línea independiente de desarrollo sin atarse demasiado a ningún país occidental; o de China y Rusia, que no esconden que quieren aprovechar sus potencias militares para imponer un multilateralismo, no ya con respecto a los Estados Unidos, sino frente a todo el grupo de los grandes del capitalismo internacional.

Es por todo lo dicho hasta ahora que puede afirmarse sin exageraciones que la mayoría de los conflictos militares importantes (por sus implicaciones internacionales) desde el fin de la Guerra Fría están ligados, en última instancia, a la cuestión de la hegemonía de los yanquis

dentro del mismo campo occidental; o lo que es lo mismo: con las contradicciones entre países o bloques imperialistas (en formación) jugando un rol mucho mayor de lo que la diplomacia quiere que nos enteremos. Y si bien las diferencias entre el núcleo importante de la Unión Europea y los Estados Unidos no se han mostrado tan a las claras como con ocasión de la Segunda Guerra en Irak en 2003, en realidad, ya durante los conflictos anteriores, y detrás de una unanimidad de fachada, cada uno actuaba con estrategias diferentes.

Es cierto que en el caso particular de la Unión Europea (UE) se impone mucha prudencia y escepticismo cuando se habla de estrategia en el mismo sentido que se hace cuando nos referimos a los Estados Unidos. Sencillamente porque aquella está todavía lejos de formar un bloque y no está ni claro que vaya a conseguirlo. Desde el punto de vista de la evolución de las contradicciones interimperialistas, debería hablarse a lo sumo de contradicciones en desarrollo entre los Estados Unidos y un núcleo duro de la UE que sería el que se estaría formando en torno a Francia y Alemania (mejor dicho: Alemania y Francia) y con dos países intermedios importantes como Italia y España... siempre que los gobiernen el “centro izquierda”⁴⁹ y no los Aznar y Berlusconi que son aliados de los estadounidenses.

De ahí, precisamente, que pueda afirmarse que la debilidad de los estadounidenses es sobre todo relativa si se compara con ellos mismos en el *pasado* y no tanto con una potencia imperialista o bloque ya formado dentro del capitalismo internacional que pueda aspirar a desbancarlos. Y es por esto mismo que otra forma de expresar el porqué de la inestabilidad actual crónica interminable y sin salida clara en el horizonte, es la de que EEUU no tiene potencia suficiente para prolongar una hegemonía incontestada como en el pasado, incluso dentro del propio campo occidental, pero sí para impedir (destruir) todo intento de que se le ponga otra potencia o bloque a su mismo nivel de hegemonía y, no digamos ya, para sustituirlo. Esto lo saben bien sus “aliados”, que lo máximo que airean en público es que aspiran al multilateralismo en los asuntos internacionales y siempre jurando que todo lo hacen con ánimo de ayudar al amigo americano en dificultades de adaptación a la nueva realidad mundial surgida después de la Guerra Fría y, por supuesto, sin ánimo de contrariarlo.

⁴⁹ No en vano, “*la UE es de izquierda*” según el ex-presidente de la Comisión Europea y ahora primer ministro de Italia, Romano Prodi, cuando se le pregunta: “*¿Cómo definir las solidaridades hoy en un mundo globalizado?*” (*Le Monde*, 13 de septiembre de 2006).

Lejos pues aún de poder hablar de una Europa-potencia y, aún menos, que desafíe explícitamente a los Estados Unidos. Tal como se recoge en el texto “A propósito de la “Europa-potencia”, que se incluye en esta recopilación, la unidad europea no es sino una pantalla para esconder intereses expansionistas de países que en ningún caso pretenden difuminar realmente y sacrificar sus intereses particulares, y que a lo sumo persiguen constituir precisamente ese núcleo duro que se ha mencionado con la “construcción europea” como coartada. De todos los intereses imperialistas que alberga la UE los que tienen más base real son evidentemente los de Alemania. Es sobre todo en este país en el que hay que fijarse cuando se habla de necesidades expansionistas europeas que persiguen acabar con el unilateralismo norteamericano. Y es que Alemania representa en torno a un tercio de lo que se produce en Europa, pero sobre todo es la primera potencia *exportadora* mundial en términos absolutos. Esto, con una población algo más de tres veces inferior a los EEUU y mucho más desprovista de recursos energéticos, dice mucho de su necesidad de “agrandarse” física y geopolíticamente... como siempre.

Como siempre, sí, pero está claro que Alemania hace mucho tiempo que ha elegido la *vía europea* para avanzar en sus planes como actor internacional de primer orden. Sencillamente, porque no tiene otra alternativa más clara, lo que no deja de expresar una situación de *debilidad* histórica de la que le es muy difícil salir. Esta debilidad histórica es aprovechada no sólo por sus competidores más «antagónicos», como es el caso de los Estados Unidos, sino por algunos de sus más «firmes» aliados, como Francia. Basta espetarle (a Alemania) cada cierto tiempo lo de la “culpabilidad histórica del pueblo alemán” en el Holocausto contra los judíos para enfriarle los ánimos en la búsqueda de satisfacer por su cuenta sus aspiraciones expansionistas⁵⁰.

[Como acabo de mencionar, la cuestión de la utilización de la

⁵⁰ «No resulta del todo lógico que ciertos países vencedores de la Segunda Guerra Mundial creen un pretexto para mantener a un pueblo constantemente en el aprieto y por enfriarle toda motivación, todo movimiento y toda vivacidad e impedir así su progreso y su grandeza”, le dice a Merkel, en una carta fechada el 17 de julio de 2006 y publicada por AFP el 28 de ese mes, y como por casualidad, un tal Mahmoud Ahmadinejad, presidente de Irán, quien será muy religioso, pero que ha demostrado una vez más que en esto de los entresijos de juegos de poder terrenales no se va...por las nubes. Por cierto que a la presidenta de Alemania le faltó tiempo para jurar a norteamericanos y a israelíes que rechaza furiosamente que pueda dudarse que ella los ama más que a su propio país, y que, por supuesto, semejante cortesano persa no se quedaría sin respuesta. Faltaría más.

unidad y construcción europeas es un asunto que se trata en el precedente artículo *A propósito de la 'Europa-potencia'*. Remito a él para todo lo referente, por un lado, al *largo* período de *defensiva estratégica* en que se encuentra actualmente Alemania y, por otro, al hecho de que a esta le favorece la condición de mera potencia de segundo orden de las otrora primeras potencias coloniales que buscan alargar su gloria, como es el caso de una Francia que necesita para ello la imprescindible colaboración material germana.⁵¹]

Alemania, pues, y tal como se dice en *A propósito de la 'Europa-potencia'*, utiliza Europa para que esta le ayude a lavarse la cara y recuperar toda la iniciativa y justificación de gran potencia imperialista que perdió tras la experiencia hitleriana. Entre los avances para sus aspiraciones que ya ha logrado está el de quede en el pasado la prohibición de intervenir fuera de sus fronteras. Hoy está presente en muchas regiones del globo⁵². Además, nunca ha cejado en llegar a ser una potencia que pueda tener derecho a veto en las decisiones internacionales. Supone un gran éxito para los alemanes que el grupo negociador con Irán sea 5+1 (los miembros permanentes del Consejo de Seguridad más ella). Para conseguir todo ello tenía que prestar su apoyo en una primera fase a las intervenciones yanquis; desde la primera guerra de Irak a la intervención en Afganistán. En este sentido, durante mucho tiempo aún los alemanes no dirán nada, al menos ellos *directamente*, que pueda sonar demasiado agresivo a los norteamericanos. En su lugar, animarán a uno u otro socio europeo (y más explícitamente esa tarea la hará... la cadena de televisión *Arte*) para que diga lo que interesa a Alemania, incluso teatralizando enseguida un hipócrita desmarque proamericano y sobre todo (quién lo duda) proisraelí, de los que tan bien se les da a Merkel: "*Ni somos neutrales, ni queremos serlo*" (AFP, 20 de septiembre de 2006), responde la canciller a aquellos que desde el Parlamento alemán le advierten de los riesgos de aparecer demasiado pro-Israel y enviar tropas a una "*región volátil donde Berlín ha tejido buenas voluntades con su diplomacia más que con su poder militar*" (*The New York Times*,

⁵¹ He introducido este párrafo para la presente edición y he prescindido de la siguiente parte que venía en el texto original, ya que, como digo, está en el artículo *A propósito de la 'Europa-potencia'*, pág. 101

⁵² Como dice Sascha Lange, un analista militar de Instituto alemán de asuntos internacionales y de seguridad: "...estamos en plena transformación para hacer posible la presencia de tropas fuera de Alemania, y esto no es más que el comienzo." (*The New York Times*, 20 de septiembre de 2006).

20 de septiembre de 2006). De todas formas, la teatralización proisraelí de Merkel no le impide declarar –por ejemplo, con Chirac en la Conferencia de Prensa conjunta del 25 de agosto de 2006 en el Elíseo– algo de lo que *no* quieren escuchar hablar precisamente ahora los sionistas: “*Me parece esencial [decir que] la misión de la FINUL [en el sur del Líbano] no es algo aislado. Debe integrarse en un proceso político para resolver los problemas más delicados de esta región*”, para inmediatamente añadir que “*Francia y Alemania están totalmente de acuerdo en que uno de los puntos centrales de este conflicto es el conflicto entre Israel y los Territorios Palestinos*”.

Pero más allá de esa prudencia obligada que hace decir al ministro de Asuntos exteriores alemán que “*incluso 60 años después, llevará todavía algún tiempo ganarse [nuestra] confianza*” (AFP, 20 de septiembre de 2006), y en la medida en que va asentado de forma irreversible su retorno a la escena internacional, Alemania al mismo tiempo hace también valer *de hecho* sus intereses vitales, que podemos resumir en dos: mercados, tanto para sus “excedentes” industriales (excedentes, desde un punto de vista capitalista, claro) como para obtener mano de obra barata, comenzando por Europa en el sentido más amplio posible (o sea, con todo el Este incluido); y, por otro lado, una garantía de suministro estable de materias primas para su industria, que hoy pasa por acuerdos de gas con Rusia y unas relaciones estrechas con las potencias petroleras de Oriente Medio.

Precisamente, y al hilo de esto último, ni Alemania ni una gran parte de la Unión Europea ganan nada con esos planes estadounidenses de remodelación de Oriente Medio, que saben que sólo buscan apuntalar una hegemonía que es también costosa para ellos, como se ha señalado más arriba. Por eso se opusieron a la Segunda Guerra de Irak y no comparten ni la manera ni las intenciones últimas norteamericanas de tratar el “dossier nuclear iraní”⁵³, por más que sea cierto que les anima intenciones de sometimiento de la zona. Pero esto lo persiguen bajo otro liderazgo y estrategia que no coinciden con los que se desprenden del proyecto de “nuevo siglo americano” para la región. Bien al contrario, pretenden aprovecharse de las dificultades actuales de los estadounidenses para que estos acepten una presencia occidental europea allí, incluyendo una cooperación estratégica con Irán, del que los alemanes son los segundos socios después de Italia. No en vano Irán, en lo concerniente a “su

⁵³ Ver *¿Qué se cuece detrás de la crisis nuclear iraní?*, que se incluye en esta recopilación.

problema”, hace una diferencia clara entre anglosajones y europeos, sobre todo, alemanes, de los que se declara *amigo histórico* y se dedica a decir en voz alta lo que los propios alemanes piensan pero no sólo no pueden decir, sino que tienen que negar en público incluso con aspavientos. Nos referimos a que se utilice el pasado alemán para cortarles las alas en la consecución de sus planes actuales⁵⁴. ¿Por qué enemistarse con un país así, Irán, que puede ofrecer una garantía en petróleo de alta calidad (dispuesto incluso a negociarlo en euros) y que reconoce que quiere una cooperación estrecha con los países europeos? ¿Acaso es más fundamentalista que esa Arabia Saudita tan protegida durante decenas de años por EEUU y que acoge una sociedad mucho menos “abierta” que la iraní? Que los estadounidenses no tengan relaciones con los iraníes después de 1979 es, sobre todo, un problema particular de ellos que quisieran que fuera occidental en su conjunto.

Por lo demás, aprovechándose del reciente fracaso norteamericano-israelí en Líbano —se pretendía oxigenar el proyecto neoconservador norteamericano de agresión contra Siria y, sobre todo, contra Irán—, y que se suma al fracaso cosechado en Irak, el núcleo duro de Europa tiene una oportunidad de contar con una presencia militar directa y casi exclusiva por primera vez en esa región clave⁵⁵. Y aunque ese núcleo duro de Europa comparta con EEUU el miedo a que se extiendan los ejemplos de resistencia de Hezbollah y de la insurgencia iraquí, o precisamente por eso mismo, los soldados europeos no van a ir tanto allí para desarmar “por las malas” a Hezbollah, sino precisamente a hacer valer *su* forma alternativa occidental de controlar la región, antes de que todo sea irreversiblemente incontrolable. Comenzando, para ello, por dificultar directamente sobre el terreno los propios planes de intervención estadounidenses con un argumento de peso: ya serían los soldados europeos los que se verían envueltos en... “fuego amigo”. Efectivamente, muchos movimientos europeos en aquella región son animados con la idea de que, como mínimo, el desastre yanqui no lo sea tanto que comprometa a todo el Occidente, eventualidad negativa que se ve realzada por el hecho de que ante los

⁵⁴ Ver nota 50.

⁵⁵ El ministro de exteriores italiano, Massimo D'Alema, declara a *Le Monde* (25 de agosto de 2006), con ocasión del envío de tropas europeas al Líbano: “*Siempre ‘payeur’ (pagador) pero jamás ‘player’ (actor), por primera vez Europa puede jugar un papel activo en Oriente Próximo [ahora que] Irak es una tragedia, y los proyectos de ‘nuevo Oriente Medio’ son un desastre.*”

pueblos de la región, que no entienden de diplomacia, los europeos no se distinguen suficientemente de los estadounidenses.

En definitiva, los europeos, si bien comparten con los estadounidenses el *mismo* sistema explotador y expansionista de agresión de los pueblos, no están situados en el mismo momento estratégico. A los primeros les interesa alargar al máximo su actual fase estratégica defensiva y de conquista progresiva por medios principalmente económicos y políticos, eso sí, salpicado de provocaciones de conflictos locales a cada “tapón” que se encuentren (como, por ejemplo, el que suponía Milosevic). Esta estrategia, menos necesitada en lo inmediato de ofensivas brutales, es lo que les permite abanderarse como los que más (y aún más) de humanismo y democratismo. En todo caso, utilizarán la inevitabilidad de que los conflictos regionales se exacerbén como forma de ganar puestos en el liderazgo del Occidente imperialista a costa progresivamente del unilateralismo estadounidense.

Ahora bien, toda esta estrategia del núcleo central de la Unión Europea la conocen bien los estadounidenses, aunque, en general, entre estos se imponen también las formas diplomáticas a la hora de mostrar su animosidad ante esa estrategia europea. Hasta el momento los síntomas más claros de esta animosidad han aparecido, y ya desde hace algún tiempo, entre círculos de los neoconservadores, en periódicos como el *Wall Street Journal* y entre los sionistas –sobre todo, los cristianos sionistas– como tendremos ocasión de comprobar enseguida. Pero más allá de esta coalición extremista, a ningún grupo de poder en EEUU le interesa, como ya se ha dicho, admitir las actuales derrotas de su país, ya que les metería *a todos* en una situación de debilitamiento incomparablemente superior a la que supuso la derrota de Vietnam. Pues esta vez se tendrían que “desunilateralizar” incluso dentro del propio campo occidental, al no existir la Guerra Fría que obligaba a correr a japoneses y a europeos en ayuda de los estadounidenses para apuntalarlos.

Esa es la gran ventaja de los neoconservadores: que ni siquiera sus contrincantes pueden soportar un reconocimiento consecuente de sus fracasos; lo que prolonga el poder de aquellos más allá de lo que lógicamente se podría esperar a tenor de sus “meteduras de pata”. De ahí, las dificultades para materializar los procedimientos de *impeachment* de Bush, a pesar de que los argumentos que llevaron a aplicarlo a Nixon y, por poco a Clinton, son *peccata minuta* en comparación con los que se podrían montar contra el actual presidente. Tanto es así que son ya muchas las voces en Estados Unidos que, precisamente por el desastre actual en Oriente Medio,

no descartan que para asegurar la estabilidad americana interior finalmente tengan que apostar (tal como han forzado la realidad los neoconservadores) por una buena cantidad de años de inestabilidad global del mundo en el sentido de crear fuegos cuyas brasas alcancen, como mínimo, a todo el Occidente, de forma que todo él requiera con premura un equipo de bomberos bien pertrechados —o sea, los mismos pirómanos estadounidenses— para apagar esos incendios.

Esa es la tesitura en que se encuentra Estados Unidos: su dependencia económica del mundo, comenzando por la que tiene del resto de potencias del campo occidental, sólo puede seguir imponiéndola “a buen precio” prolongando la dependencia militar —en la que todavía EEUU tiene realmente la hegemonía— de las otras potencias occidentales. Y si las razones más terrenales (y domésticas) para desestabilizar el mundo se siguen revelando inconfesables, siempre cabe echar mano de recursos más celestiales y hasta infernales.⁵⁶



La crisis profunda de hegemonía de EEUU, las contradicciones interimperialistas reavivadas tras la Guerra Fría y la propia debilidad estratégica de las otras potencias imperialistas, constituyen factores favorables para la causa popular en el mundo que compensan en parte el gran reflujo que supuso la “victoria del Occidente capitalista e imperialista” en la mencionada Guerra Fría. Nuestros sueños de quitarnos a todos los

⁵⁶ Una figura de pro de los cristianos sionistas norteamericanos, John Hagee, millonario a golpe de fanatismo, no puede por menos que adobar de exaltadas referencias bíblicas (y antibíblicas) las preocupaciones estratégicas más crematísticas de su país. Así, en un libro reciente de gran éxito, *A warning to the world... the last opportunity for peace* (Una advertencia al mundo... la última oportunidad para la paz) afirma que “los Estados Unidos deberán librar una segunda guerra por el control de Israel contra China y la Unión Europea (sic)”. Y además, el “fanático” señor se toma la molestia de delirar —negocio obliga— precisando que “esta guerra daría lugar a la figura del Anticristo bajo la forma del presidente de la Unión Europea (mismo sic)”. (*El CUFI: 50 millones de evangelistas partidarios de Israel*, por Thierry Meysan, Presidente de la Red Voltaire.) No es de esperar que desde las esferas norteamericanas de poder haya una disposición manifiesta y explícita a compartir tales “delirios” de semejante pastor. Pero después de comprobar lo embarazoso que resulta tener que buscar por el terreno y el subterreno pruebas tales como las armas de destrucción masiva, no es descartable que terminen por mirar un poco más arriba en busca de la inspiración divina. La verdad es que no les queda mucho más margen de maniobra y, al fin y al cabo, los *leitmotiv* guerreros divinos tienen el mérito de sólo requerir la prueba de la fe. Un limbo donde, ahora sí, los norteamericanos no ven su hegemonía demasiado en peligro.

imperialistas de encima deben ser acompañados con la convicción despierta de que eso es posible porque el sistema imperial presenta profundas fallas y fisuras internas que son del todo aprovechables. Para ello es fundamental el ánimo, no ya el de los más conscientes, sino el que estos objetivamente sepan propagar. En este sentido, resulta paralizante y perniciosa la tesis de que estamos inmersos en un Imperio occidental único y sólido liderado por los EEUU. Empezando porque es falsa, y, además, porque alimenta esa idea no poco generalizada en los últimos años de que los estadounidenses son tan inmensamente poderosos, tienen tan bien asidos a todos sus aliados y, en fin, tienen tanto control sobre todo que se diría que hasta cuando las cosas les van mal (como en Irak) será porque en el fondo les van bien...

Por lo demás, no ver estas diferencias intraoccidentales imposibilita al mismo tiempo identificar las pretensiones y estrategias que, más allá de sus propias dificultades y límites, estos *otros* imperialistas, los “nuestros”, abrigan *por su cuenta* y no por subcontrata de los norteamericanos. Y ya situándonos en clave más doméstica, sólo si reconocemos debidamente esas diferencias intraoccidentales podemos percibir cómo las mismas se trasladan a las políticas internas de países, sobre todo intermedios como España e Italia, a la hora de elegir una política determinada de alianzas u otra. Esta falta de percepción, por ejemplo, ha dificultado neutralizar los intentos gubernamentales de hacer pasar determinadas orientaciones y decisiones políticas por izquierdistas y valientes. Ha sido el caso de la retirada de tropas españolas de Irak, que en realidad ha estado animada por los deseos de Alemania y Francia. (No en vano, la verdadera diferencia entre Zapatero y Aznar no estriba en si representan más o menos imperialismo, sino en *qué política imperialistas* defienden y, sobre todo, *con quiénes* la llevan a cabo).

Pero es que, además, a fuerza de ver demasiado poder absoluto incontestado en los estadounidenses, tendemos a infravalorar la resistencia que se les ofrece, y a no comprender cómo las diferencias entre los “grandes” afectan (favoreciéndolos) a procesos revolucionarios, de resistencia patriótica o simplemente de línea independiente de desarrollo de países⁵⁷. Lo más injusto en lo que podemos caer es en ver las luchas que

⁵⁷ Especialmente aquellos que se reivindican de la revolución socialista (por tanto, no ajenos al análisis histórico marxista) deberían estar en mejor disposición de comprender cómo las diferencias entre los “grandes” afectan a procesos revolucionarios, de resistencia patriótica o simplemente de línea independiente de desarrollo de países. Favoreciéndolos. Y aún más, deberían tener presente

llevan sectores populares y determinadas organizaciones combatientes – independientemente de que no estemos de acuerdo ni con su ideología ni con su línea política de actuación histórica– como un simple montaje de servicios secretos norteamericanos o israelíes. Y que caigamos en ello, basándonos en que efectivamente se han dado históricamente convergencia de intereses inmediatos y apoyos materiales entre, por ejemplo, islamistas y la CIA contra la URSS en Afganistán, o entre Israel y Hamas contra la OLP en los 80, etc.; y basándonos también en el hecho cierto de que los Estados imperialistas montan atentados para justificar sus políticas criminales.⁵⁸ Todo esto es verdad, pero aún lo es mucho más que los imperialistas, por la propia naturaleza egoísta, individualista y buscadora de beneficios inmediatos del sistema económico en que se basan, no pueden ser tan potentes como para evitar las diferencias y peleas entre ellos y no pueden desactivarlas completamente a fin de que los procesos revolucionarios y de resistencia no extraigan de ellas beneficio político.

que para acumular fuerzas para los cambios revolucionarios no basta con decir que todos son igual de mafiosos, sino que hay que añadir que ejercen en *diferentes bandas*; lo que en el caso de los imperialistas les lleva al final a enfrentarse, ya sea directa o indirectamente, provocando situaciones de crisis de debilidad en el conjunto del sistema. Al respecto de cómo procesos o ciclos revolucionarios se han abierto en contextos de fuertes contracciones y conflictos interimperialistas, ver *La importancia del análisis internacional*, concretamente lo que sigue tras la síntesis previa del principio, y que se incluye en esta recopilación.

⁵⁸ Sobre este particular deberíamos ser mucho más intransigentes con nosotros mismos y rigurosos (a la hora de dar datos), cuando comprobamos que la historia es rica en ejemplos (¡y de qué manera en nuestro propio país!) de cómo los Estados reaccionarios e imperialistas no se cortan un pelo en montar si es preciso historietas –esto sí que les cuesta poco– y hacerlas correr incluso entre gente progresista acerca de que revolucionarios y resistentes son sus agentes a fin de mejor aislarlos para liquidarlos.

Por una comprensión crítica del “modelo social europeo”⁵⁹

La campaña contra el Tratado por una Constitución para Europa ha contribuido a dar nuevos bríos a los esfuerzos por teorizar la construcción de la “Europa social”, oponiéndola al “liberalismo” que estaría apoderándose del continente. Esta Europa social pendiente de construir – que se deja, puede que necesariamente, un tanto en la indefinición– mantiene no obstante una estrecha relación con lo que se ha llamado el “modelo social europeo” que Europa había conocido durante los “treinta años gloriosos” entre 1950 y 1980.⁶⁰ A fin de precisar mejor los objetivos y orientarse en el movimiento por una Europa más justa y social, haría falta volver sobre los orígenes y el funcionamiento de este “modelo social”. Ya que ese amplio movimiento social tendrá dificultades para avanzar, en la medida en que se mantenga a la defensiva contra los ataques “neoliberales”, avalando un sistema donde el capitalismo no habría sido tan salvaje. Necesitamos hacer bien la distinción entre el socialismo que, en definitiva, queremos construir y ese “modelo social europeo” que se puso en práctica después de la II Guerra Mundial.

⁵⁹ El presente artículo fue escrito en 2005 en el contexto de las campañas en pro de la aprobación de la Constitución europea. Es decir, data de antes del estallido “oficial” de la crisis en el centro mismo de países capitalistas avanzados. Como se verá, es una crítica a ese reformismo que históricamente ha venido defendiendo el “modelo social europeo” frente al “neoliberal” anglosajón. Hoy, cuando la crisis está uniformando la precariedad en los dos “modelos”, el texto guarda toda su vigencia como crítica del reformismo en general. Y ya más en particular, como crítica de ese reformismo que en nuestros países defiende el “Estado del Bienestar” sin reparar en el sentido y costes históricos de esa falsa opción progresista si analizamos el capitalismo desde su conjunto y no como “suma independiente de países”. El texto se redactó para ser publicado en varios países en medio de la campaña del referéndum que entonces tenía lugar en Francia. De ahí que se eligiera un título un tanto “light” que mantenemos en esta recopilación. Ya más tarde, las tesis expresadas aquí sirvieron de base para realizar una crítica explícita del denominado Estado de Bienestar.

⁶⁰ Aunque desde un punto de vista estrictamente histórico-conceptual, la denominación “modelo social europeo” surge en la década de los 80, es evidente que, en la práctica, son muchos los que lo asocian con el tipo de sistema económico-social que los países más desarrollados de Europa occidental han conocido después de la Segunda Guerra Mundial, y que se presenta como oposición al liberalismo puro o al capitalismo descarnado. Lo de menos son las diferentes denominaciones que hacen referencia a ese “modelo”: que si “economía social de mercado”, que si “estado de bienestar”, que si “capitalismo renano” en Alemania, incluso que si keynesianismo o sistema a lo NewDeal como el de los años 30 en Estados Unidos. Lo de más es que los hay que llegan hasta negar que “eso” sea...capitalismo, dado la “cantidad de derechos de los que la población ha disfrutado.”

Lo que resulta negativo de ese concepto no es, evidentemente, el contenido real en materia de conquistas sociales que una parte de la población europea ha disfrutado desde entonces y que son atacadas sistemáticamente desde los 80. El carácter reaccionario del “modelo social europeo”, así como las ilusiones sobre las que reposa, se nos revelan en toda su dimensión cuando reparamos en la relación histórica de dependencia de dicho modelo con el sistema capitalista en su conjunto y en la utilización ideológica que se ha hecho de él.

1 –A mediados del siglo XX hubo un cambio de estrategia de la parte de la burguesía internacional –por medio de sus Estados, de sus instituciones internacionales, etc.– que ciertamente contribuyó al largo período de estabilidad que sucedió a la II Guerra Mundial.⁶¹ En lo que respecta al “primer mundo”, la burguesía reconoció la necesidad de hacer concesiones sociales a fin de establecer la superioridad del capitalismo; en todo caso, de acabar con el atractivo que ejercía el socialismo. Por eso se puede decir que este conjunto de concesiones, conocidas como “modelo social” y que ha contribuido en gran medida a crear la «clase media» en Occidente, no sólo ha sido el resultado de reivindicaciones ganadas, sino que también deriva de *una elección estratégica por parte de los Estados occidentales en vista de estabilizar el capitalismo*. Sobre este punto volveremos más tarde. Por medio de esos cambios, se ha querido presentar el «nivel de vida» en los países capitalistas desarrollados como una calidad intrínseca al capitalismo «civilizado», al que todo el resto del mundo debería tender pacíficamente. Aquellos que no llegasen, sería por una simple cuestión de retraso o de torpeza en la asimilación del necesario magisterio.

Sin embargo, lo primero que hay que decir es que este modelo no puede separarse de su carácter imperialista. Para extender este mito del «modelo social europeo», se ha debido ocultar que las concesiones en las metrópolis del primer mundo» están estrechamente ligadas a la sobreexplotación histórica sobre diferentes planos de las colonias y de las neocolonias. Ha sido esta explotación (industrial y financiera, a través de

⁶¹ Fue sobre esta estabilidad, sobre esta relativa paz social, que pudieron desarrollarse durante los años 60 y 70 teorías que anunciaban que el sistema había superado definitivamente la espada de Damocles de las crisis económicas. En aquel entonces, incluso se anunciaba la llegada de una larga época en la que el hombre podría librarse de los trabajos penosos, que serían realizados por máquinas autómatas, sin paro masivo como contrapartida, etc., etc.

una mano de obra mal pagada y sin derechos, el robo de las materias primas, la deuda externa, etc.) la que ha financiado, en última instancia, la “economía social de mercado” en Occidente. Ha habido históricamente una redistribución internacional de salarios entre los explotados, a resultas de la cual, una parte de estos en Occidente (y todavía más, un sector de las “clases medias”), beneficiándose objetivamente de la sobreexplotación de sus equivalentes en el «tercer mundo», ha venido prestando orejas al discurso reformista y a los cantos de sirena sobre la posibilidad de «vivir bien» en el capitalismo.

Es sabido que normalmente el «nivel de vida» medio de un país se calcula dividiendo el PNB (Producto Nacional Bruto) sólo por el número de habitantes de ese país. Pero si en el numerador del índice correspondiente a los países del campo imperialista, se dedujera toda la riqueza expoliada en los países «dependientes», o, si no se hiciera eso, en el denominador se añadieran todas las personas de estos países que de una u otra manera han contribuido a la riqueza occidental mediante salarios de miseria, entonces, el “nivel de vida” garantizado por las economías del campo imperialista disminuiría a tal punto que se tornaría irreconocible.

El caso es que en Occidente, y sobre todo durante los “treinta gloriosos”, se ha perdido de vista el verdadero proceso mundial de la explotación capitalista; un sistema que no ha conocido período alguno de su historia mundial sin miseria, hambre, opresión y represión. El famoso modelo social no habría sido financiado sin los ejércitos imperialistas occidentales “democráticos”, tanto los militares como los puramente económicos, que a lo largo de la Historia han diseñado sus planes criminales exteriores de intervenciones directas o indirectas. Y esto, desde luego, no conoció tregua alguna durante los «30 gloriosos».

2 –Al mismo tiempo, el “modelo social europeo” ha venido descansando sobre una gran ilusión: la idea de que aquí, en el mundo más desarrollado, podemos sustraernos a la evolución interna de un sistema, el capitalista, que está marcado por la tendencia mundial a provocar crisis económicas más allá de la voluntad de los diferentes “actores sociales”. No puede olvidarse que la relativa calma que siguió a la Segunda Guerra Mundial en lo que se refiere a crisis agudas en el «primer mundo» –por tanto, en Europa– sobrevino tras una destrucción bárbara y masiva de personas y medios de producción, lo que contribuyó a asegurar el crecimiento posterior. Este se logró también al precio de exportar la crisis del interior del sistema al «tercer Mundo» o a los países «en vías de

desarrollo», pero no sin transformarla en más severa a nivel mundial. Lo único que se ha hecho es retardar una gran crisis que se dispone a desembarcar con toda la intensidad redoblada de los sobresaltos acumulados y diferidos, y que, ya en la actualidad, actúa como razón de fondo del período de “guerras sin fin” iniciado en 1991 con la Primera Guerra del Golfo.⁶²

En realidad, la primera crisis que pone fin, desde un punto de vista estrictamente económico, a los “treinta gloriosos” es la que tiene lugar a mediados de los años 70, y que afecta al conjunto del mundo industrializado. Esta crisis tiene una particularidad añadida: la de anunciar la decadencia de los Estados Unidos. Y son precisamente los esfuerzos de EEUU por superar esa situación —esfuerzos más o menos consentidos en aquel entonces por el resto de países capitalistas desarrollados— los que han agravado y prolongado los efectos duraderos en el mundo occidental de esta primera gran crisis posterior a la Segunda Guerra Mundial. Por ello merece que nos paremos un poco sobre el caso de Estados Unidos, incluso si de lo que estamos tratando es del “modelo social europeo”.

Los Estados Unidos han conjurado los efectos de la crisis mundial no sólo hacia los países de la periferia del sistema (México, Sudeste Asiático, América del Sur...), sino cada vez más en el seno mismo de los países capitalistas desarrollados (Japón, Europa). Es un país que, entre otras formas, consigue financiarse exportando dólares (una divisa que pasó a ser la moneda mundial tras la guerra) que, fabricados en exclusividad y en masa, y tras llenar las reservas de muchos bancos centrales extranjeros, van a servirle para continuar obteniendo más préstamos en medio (y a pesar) de una deuda inmensa y creciente. Curiosamente, van a ser los otros países desarrollados, principalmente Japón, los que corran a prestar auxilio a los Estados Unidos a fin de apalancar todo un sistema bancario que comienza a quebrar a principios de los años 80. Y digo curiosamente, porque poco después será Japón, primera potencia financiera mundial, quien a su vez se verá inmerso en una larga recesión, debiendo sufrir una reestructuración de su propio sistema bancario que aún hoy le pasa factura. Sólo la condición

⁶² Nota añadida para la presente recopilación: este escrito fue redactado dos años antes de que finalmente estallara en el centro mismo del sistema esa crisis de la que ahí se habla. Y es que, como se dice en *La crisis boomerang*, texto incluido en esta recopilación, “[para] lo que habría que devanarse los sesos no es tanto para explicar lo que está ocurriendo ahora en el centro del sistema, sino por qué no ha ocurrido antes si, como pensamos, es en los países centrales donde está el origen de la crisis”.

de los Estados Unidos como primera potencia imperialista y mejor garante del sistema explica lo que no deja de ser inexplicable desde un punto de vista de la “ortodoxia del mercado” que tanto se pregona. De haber dejado actuar libremente las “leyes puras del mercado”, hace tiempo que las deudas norteamericanas habrían alcanzado el límite de lo imposible. Ese nuevo *statu quo* que se establece tras la Segunda Guerra Mundial no sólo ha obligado a otros países a financiar los Estados Unidos sino que, en general, ha permitido a este país un proteccionismo sin igual que contradice esa idea tan expandida acerca de su liberalismo.

Efectivamente, de hecho, y más allá de las razones evocadas, Estados Unidos se ha convertido en el país más proteccionista del mundo; también, en lo que respecta al financiamiento de su clase media mediante créditos que son más fácilmente de obtener allí que en otros países. A fin de cuentas, Estados Unidos no es tan “neoliberal” como se pretende. Tanto él como los demás países dominantes ponen en práctica políticas fuertemente proteccionistas, mientras que el neoliberalismo es el sistema de recorte de la “políticas gubernamentales o públicas” que se impone a los países “a colonizar” económicamente.

Pues bien, retomando el hilo a partir de esa primera gran crisis del mundo industrializado en la segunda mitad de los 70, va a ser la superación en falso de la misma —sobre todo, por parte de la primera potencia mundial— lo que va a abrir un largo período de debacles financieras en otros lugares del sistema. Así, al *crash* mayor del 87 le suceden réplicas en 1993 (Rusia), en 1997 (México y los “dragones” del Sudeste Asiático), en 2001 (América del Sur), y todo, con una regularidad sorprendente. Hoy son sencillamente voces del propio *establishment* de los Estados Unidos quienes anuncian que estos no pueden continuar más tiempo con esa misma política financiera. Pero tampoco Europa puede escapar a ese ciclo insoportable de crisis que ahora amenaza con volver al centro⁶³. No en vano, debe insistirse en que Estados Unidos no ha provocado la crisis estructural, sólo la ha agravado.

En cuanto a la capacidad del sistema para controlar las crisis actuales, un hecho innegable que juega en contra es que, después de la implosión del campo socialista, las propias contradicciones entre países capitalistas se desarrollan con más libertad. Así que, más que nunca después de la

⁶³ Ver nota anterior.

Guerra Fría, estamos ante un escenario donde campa el “sálvese quien pueda”. La Historia nos muestra cómo las potencias capitalistas tienen más posibilidades de retardar el estallido de una crisis que de dar marcha atrás, una vez que se han establecido dinámicas más abiertas de competencia entre ellas. En todo caso, el capitalismo en el “primer mundo” cada vez lo tiene más difícil para seguir exportando eficazmente sus “desarreglos” hacia la periferia del sistema tal como lo hacía antes. Ese es un período ya superado, el cual coincide históricamente con el de los “modelos sociales europeos”. De ahí que pueda concluirse que el desmantelamiento de estos no puede separarse de las dificultades de los países occidentales para desembarazarse de las crisis económicas que ellos originan.

Hoy en día en el Occidente rico, la situación se deteriora y se precariza a pasos de gigante entre las capas populares e, incluso, entre una parte de las “clases medias”, tanto en lo material como en cuanto a los derechos adquiridos anteriormente. Algunos hablan de situaciones de “cuarto mundo” en las grandes ciudades, y anuncian una crisis como la del 29. Pero que se haya estado un tanto obnubilado durante ese período de relativa estabilidad que ya pertenece al pasado, y que se descubra de pronto crudas realidades sociales “aquí al lado mismo”, no da derecho ahora a complicar el discurso político, pretendiendo que estamos ante una situación cualitativamente nueva que exige acuñar nuevos conceptos tales como el de “neoliberalismo”. El neoliberalismo, en tanto que “capitalismo sin complejos”, es lo que existe desde hace mucho tiempo en la mayor parte de países del Tercer Mundo sometidos a la férula de las relaciones capitalistas. Por tanto, nada nuevo en el horizonte; simplemente que ahora en nuestros países se ve cada vez más cerca y amenazante el horizonte del capitalismo salvaje de siempre. En definitiva, se comienza a sufrir aquí lo que se ha dejado sufrir a otros allí lejos.

3—Más allá de los factores objetivos que han enmarcado la puesta en práctica del “modelo social europeo”, este ha sido resultado, además de decenios de luchas nacionales, de una lucha de clases internacional, en gran parte, bajo la cobertura de un enfrentamiento de sistemas. Ha sido, sobre todo, bajo la amenaza del comunismo a nivel internacional, que el “modelo social” ha sido impulsado como alternativa.

Efectivamente, si bien es cierto que el conjunto del mundo capitalista avanzado se ha aprovechado de sus conquistas imperialistas para construir una “clase media” estabilizadora por conformista, fue sobre todo en los países con fuerte tradición de movimientos políticos y sindicales de

orientación comunista y socialista –y, por tanto, con relación histórica con ese movimiento obrero internacional que está en el origen de insurrecciones y revoluciones en Europa– donde la burguesía realizó mayor número de concesiones materiales y políticas. Francia, con un fuerte partido comunista muy ligado a la Unión Soviética, es un claro ejemplo. Pero, ¿acaso Estados Unidos –campeón del “liberalismo”– no consintió y apoyó que después de la II Guerra Mundial, en países como Alemania e Italia, en los cuales ejercía un gran control, se pusieran en marcha “modelos sociales” para hacer frente a una presión comunista muy importante?

En Alemania, fue el enfrentamiento RFA-RDA el que mejor simbolizaba esa lucha de “sistemas”, y la victoria del “capitalismo renano” (uno de los “modelos sociales europeos”) era evidentemente un asunto mayor que interesaba al conjunto de países capitalistas. En Italia, el PCI salía de la Resistencia al fascismo y a las tropas alemanas como el partido más importante del país, e incluso de Europa Occidental; lo que va a llevar al Estado italiano a no escatimar esfuerzos por contrarrestar la influencia que la Unión Soviética ejercía en dicho partido, hasta ver sellado el compromiso histórico entre la Democracia Cristiana y los comunistas de Berlinguer.

Todo esto indica que el contenido de los “modelos sociales” en Europa, en términos de conquistas sociales y de derechos, no ha sido sólo el resultado *a posteriori* de luchas y de huelgas nacionales, sino también de una *política preventiva* por parte de la burguesía y de sus Estados –avalada por el Occidente capitalista en su conjunto– en un contexto de “lucha internacional de sistemas”. Por tanto, aunque la puesta en práctica de “modelos sociales” en Europa haya necesitado de la imposición del reformismo en el movimiento obrero, y aunque muchas personas que han defendido estos “modelos” hayan escorado cada vez más hacia una política anticomunista y antirrevolucionaria, la realidad es que las conquistas sociales que dan cuerpo a esos modelos deben mucho al sacrificio a nivel internacional de un sinnúmero de militantes que han luchado durante el siglo XX por una salida revolucionaria del capitalismo en la perspectiva del socialismo.

En los países avanzados donde la tradición del movimiento socialista era menor, la política de la burguesía por crear una “clase media” se ha llevado a cabo sin hacer demasiadas concesiones ideológicas o materiales. Es el caso de Estados Unidos, donde, fuera del período de Roosevelt (cuando precisamente la cuestión era hacer frente a la creciente influencia de los socialistas tras el *Crash* del 29), la formación de esa clase

media se ha impulsado, en gran medida, vía una financiación más “generosa” que en otros lares, como ya hemos apuntado. En todo caso, va a ser el hecho de que en el mundo anglosajón la burguesía no haya tenido que hacer demasiadas concesiones ideológicas, lo que le va a permitir adentrarse mucho más libremente en la fase agresiva contra las conquistas sociales de una parte importante de la población a partir de los años 80. Serán Reagan y Thatcher los que mejor situados estén para lanzar esa ofensiva que, insistamos, concierne al conjunto del mundo capitalista avanzado.

Que la suerte del “modelo social europeo” históricamente está estrechamente ligada a la lucha de clases internacional revestida de una lucha de sistemas, puede además verse en que precisamente la Caída del Muro de Berlín ha contribuido mucho a poner al descubierto la verdadera faz del capitalismo, no ya en los países del Este, sino también en los países occidentales desarrollados. No es que ese hecho histórico sea el que marque el pistoletazo de salida para la actual fase de agresividad capitalista. Esta había comenzado bien antes, con Thatcher y Reagan, por supuesto; aunque sin olvidar, por ejemplo, al “socialista” Mitterrand y su cambio total de la política económica en Francia poco después de que triunfara en 1981: la cosa, pues, viene de lejos y no sólo hablando inglés. Pero si es verdad que el fin de la Guerra Fría es posterior al comienzo de la actual agresión “neoliberal”, no menos cierto es que la “victoria definitiva sobre el campo socialista” no podría haber tenido lugar en mejor momento para legitimar unos cambios que ya habían comenzado a sobrevenir en este “mundo eurocivilizado” que se creía al abrigo. Y es por eso que se puede afirmar que la caída del campo socialista no sólo ha sido un factor acelerador de la ofensiva capitalista “neoliberal” contra las conquistas de los trabajadores, sino que históricamente se había constituido, para el sistema capitalista en su conjunto, como un objetivo mayor *sine qua non* a fin de adentrarse con mayor garantía de éxito en ese proceso de agresión que quería llevar a cabo como respuesta a la crisis global de mediados de los años 70.

En toda lógica, la implosión del bloque del Este iba a dar fuelle a la demolición de todo un conjunto de conquistas y derechos sociales que, como nunca, serían considerados arcaísmos. Los “vencedores”, de alguna manera, se lanzaron en tromba a recuperar “su” tiempo perdido, diciéndose que “qué sentido tiene seguir haciendo concesiones a fin de restar atractivo a un sistema que ya no existe, el socialismo, que la Historia se ha encargado de demostrar que no es viable, que no tiene futuro”. Desde este aspecto, el neoliberalismo no es sino ese mismo capitalismo que en un momento

histórico dado, y en una parte del sistema, debe fomentar el “modelo social de mercado”, pero que luego pasa a la ofensiva, convencido de que dicho modelo puede ya ser desmantelado en gran parte, o en todo caso reducido a su mínimo necesario.⁶⁴

4 –El “modelo social europeo” ha venido sirviendo para separar las necesarias conquistas sociales de una perspectiva revolucionaria de superación del capitalismo y utilizarlas ideológicamente para hacer un arma de propaganda contra el socialismo. Su defensa parte del supuesto de que “el capitalismo, a pesar de sus fallas, es capaz de mejorarse y de humanizarse”. Pero incluso si este modelo fuera sostenible, sólo puede beneficiar a una pequeña parte de la población mundial, al tiempo que refuerza la miseria y la opresión del resto. Por otro lado, es un modelo que se nos presenta como la concertación entre diferentes sectores de la sociedad, donde el Estado es el representante supremo que está por encima de las diferencias de clase o de otro género. Se prescinde, pues, de la lucha de clases como motor de transformación histórica, y se niega el carácter antagónico de la relación entre el capital y el trabajo. Finalmente, habría que tenerse en cuenta que para introducir toda esta ideología, se ha tenido que abrir paso una mala explicación de la historia de la revolución por el socialismo, desembocando a menudo en una simple operación de ocultación o de deformación. Por todo ello, este “modelo social” es un arma reaccionaria muy eficaz que, sobre todo, no debe confundirse con el socialismo.

El capitalismo no cuenta con una doble naturaleza; no tiene más que una que se adapta a los diferentes escenarios. **La defensa del “modelo social europeo” es doblemente contrarrevolucionaria: en la medida en que embellece el capitalismo y simultáneamente deja en el olvido su propio carácter imperialista.** En la lucha por una Europa verdaderamente social no hay que mirar atrás. O puede que sí, pero un poco más lejos, a fin de renovar con la tradición revolucionaria de principios del siglo XX: esa que nos muestra precisamente que el mejor

⁶⁴ Siempre habrá una voluntad por parte de los gobiernos de dejar que se desarrolle un mínimo de “clase media” –ese “guardaespalda del sistema” (Howard Zinn)– no ya sólo por objetivos estabilizadores en el frente político, sino también por razones puramente económicas (es decir, por su rol de consumo interno en el desarrollo de sectores importantes de las economías de los países occidentales más avanzados).

avance en la conquista de derechos para los trabajadores en el capitalismo tiene lugar dentro de una estrategia para acabar con él. Independientemente, pues, de los “modelos” con que se nos presenta.

negros al año. Este comercio servía, a la vez, de pabellón oficial para cubrir el contrabando británico. Liverpool se engrandeció gracias al comercio de esclavos. Este comercio era su método de *acumulación originaria*. Y todavía es hoy el día en que los “honrados” liverpoolenses cantan como Píndaro a la trata de esclavos —véase la citada obra del Dr. Aikin, publicada en 1795—, que “exalta hasta la pasión el espíritu comercial y emprendedor, produce famosos navegantes y arroja enormes beneficios”. En 1730, Liverpool dedicaba 15 barcos al comercio de esclavos; en 1751 eran ya 53; en 1760, 74; en 1770, 96, y en 1792, 132.

A la par que implantaba en Inglaterra la esclavitud infantil, la industria algodonera servía de acicate para convertir el régimen más o menos patriarcal de esclavitud de los Estados Unidos en un sistema comercial de explotación. En general, la esclavitud encubierta de los obreros asalariados en Europa exigía, como pedestal, la esclavitud *sans phrase* en el Nuevo Mundo.⁶⁸

Tantae molis erat para dar rienda suelta a las “*leyes naturales y eternas*” del régimen de producción capitalista, para consumir el proceso de divorcio entre los obreros y las condiciones de trabajo, para transformar en uno de los polos, los medios sociales de producción y de vida en *capital*, y en el polo contrario la masa del pueblo en *obreros asalariados*, en “*pobres trabajadores*” y libres, este *producto artificial de la historia moderna*.⁶⁹

Si el *dinero*, según Augier,⁷⁰ “nace con manchas naturales de sangre en un carrillo”, el *capital* viene al mundo chorreando sangre y lodo por todos los poros, desde los pies a la cabeza.⁷¹

Extracto del célebre capítulo XXIV de *El Capital* donde Marx muestra la incompatibilidad «genética» del capitalismo para que se le pueda asignar versión de «rostro humano» alguna.

BREXIT⁶⁵

(En alemán también se traduce por “oportunidad”)

Se impone un análisis de su significación real más allá de declaraciones diplomáticas, de políticos y de interpretaciones superficiales y/o engañosas de los medios. No hay que fiarse, por ejemplo, de las declaraciones de Merkel para deducir la posición de Alemania. Utiliza a otros porque sabe que enfrentarse a Gran Bretaña es hacerlo a EEUU.

Por tanto, de nuevo hay que tener en cuenta contradicciones entre potencias (de dentro y de fuera) en el seno de la propia Unión Europea. Gran Bretaña es el “submarino” anglosajón que siempre ha dificultado las pretensiones de Alemania. Dos objetivos del núcleo duro euroalemán: 1) Aprovechar el Brexit para, como mínimo, debilitar a Inglaterra (incluso si se quedase) o, lisa y llanamente, desembarazarse de ella. 2) Disciplinar a “quienes se queden”.

En cualquier caso, para Alemania, tener que coexistir con quienes nunca han creído en el “proyecto de construcción europea”, le supone una rémora que contribuye sobremedida a consagrar precisamente la debilidad perenne de la UE.

Ante las interpretaciones acerca de cómo la reacción popular contra la austeridad y los efectos de la crisis en Gran Bretaña han determinado el sentido dado en el referéndum, hemos de salir al paso de la demagogia del “centroizquierdismo” (ya hemos señalamos que durante muchos años esta ha venido siendo la “opción preferida” por los imperialistas euroalemanes⁶⁶ en determinados países) contra la amenaza de la extrema derecha. En lo que se refiere a nuestra línea política, lo principal es poner el acento en la dictadura oligarca euroalemana que pretende conquistar mercados y destrozando viejas soberanías.

Por lo demás, en cuanto a la “salud” global del sistema, lo acaecido con el Brexit sirve para reflejar la fragilidad de conjunto de aquel a nivel internacional. Entre otras cosas, hay datos que confirman que Gran Bretaña es un país realmente partícipe del robo más descarado desde la esfera

⁶⁵ Extracto de un escrito que redacté inmediatamente después de la victoria, en el referéndum convocado el 23 de junio de 2016 en el Reino Unido, de quienes defendían la salida de este país de la Unión Europea.

⁶⁶ Ver *Contribución para el análisis político que la línea revolucionaria necesita en el Estado español*. Se puede encontrar en la web de Red Roja y aparecerá en la segunda parte de esta recopilación.

financiera y que, en absoluto, su “liderazgo de plaza financiera” (la City de Londres) se corresponde con su riqueza proveniente de la esfera meramente productiva. El papel de Londres como primera plaza financiera es completamente artificial y, en buena medida, es consecuencia de la imposición estadounidense.

Sobre la acusaciones que se hacen a Rusia “por mostrar alegría” con el resultado del referéndum, habrá que recordar que Gran Bretaña fue una de las que más impulsó las medidas económicas contra ella a raíz de Ucrania. Hay que insistir en que no es que Alemania a la larga no tenga intenciones de conquista de mercado en Rusia y de socavar su potencia, pero en plazos más cercanos necesita sus relaciones amistosas. En anteriores textos hemos indicado que estamos ante metodologías imperiales diferentes del bloque anglosajón y de Euroalemania.

Con respecto al papel de los nacionalismos que se perfilan como defensores de la UE con tal de zafarse de sus actuales Estados opresores, hemos de reparar en que los imperialistas socavan la unidad estatal de potencias adversarias. Y dan cancha, si es preciso, a discursos “progres” y liberadores utilizando los nacionalismos de Estados-a-debilitar sea cual sea la posición en el “tablero político” que esos nacionalismos ocupen (ya se sabe lo deslizante que es el tablero). Ello ha de ser tenido en cuenta por los comunistas a la hora de establecer nuestras relaciones políticas con los nacionalistas. Aún más, en tiempos de crisis socioeconómicas de calado como las que vivimos.

El pago de la deuda como arma, y su no pago también

En varias ocasiones hemos traído a colación que eso de que las deudas hay que pagarlas, sea como sea, es a su vez otro fraude a la verdad histórica. Efectivamente, en la Historia no faltan casos en que determinadas potencias no dudan en utilizar el calificativo de “odiosa” para describir determinadas deudas. Sabido es cómo EEUU se mostró muy “indignada” con la deuda de Cuba hacia España. Ya más recientemente decretó que la “liberada” Irak no debería pagar su deuda a “otros” Estados “que nunca tendrían que haber prestado a la ‘dictadura de Sadam Hussein’”.

Ya en el culmen de la hipocresía, se ha llegado a eximir a potencias de tener que pagar intereses a países que sometieron y a los que obligaron a que les prestasen dinero, por aquello de que la potencia favorecida ejerció ese *diktat* bajo una dictadura y ahora hay que ayudarle a construir la democracia. Pasó con la Alemania hitleriana, que obligó a Grecia a ser su prestamista; algo muy recordado ahora ante la imposición a este país por parte de la Alemania actual (“muy democrática”, por supuesto) para que le pague su deuda al completo y sin quita alguna que valga.

Así, pues, nadie como los imperialistas para obligar a pagar deudas. Y a no pagarlas. Según les convenga.

Recientemente, el FMI, esa institución que “acorraló” entre los años 80 y 90 al Tercer Mundo mediante la deuda externa, se está apuntando a esto de que puede ser muy razonable no pagar la deuda. Y precisamente lo ha hecho con Grecia frente a la Unión Europea. Lo cual indica, por cierto, que todo lo que le vaya bien a Europa no es del todo del interés del otro lado del Atlántico⁶⁷. Así que lo de ser indulgente o verdugo con el “prestatario”, como vemos, también es algo que se discute dentro del bloque histórico de aliados según quién sea el prestamista.

Pero donde el FMI se ha mostrado más claramente “perdonador de deudas” ha sido con Ucrania con respecto a... (adivinen) pues sí, con respecto a Rusia. En este caso, es claro que el (no) pago de la deuda se utiliza en base a consideraciones geoestratégicas de primer orden. Es lo

⁶⁷ El 7 de marzo de 2015 Kaos en la Red colgaba una noticia extraída de *elcomunista.net* donde se hacía eco de las declaraciones de un ejecutivo brasileño del FMI en las que decía que “*el rescate griego sirvió para salvar a los bancos franceses y alemanes*” y en las que se defendía “*la reestructuración de la deuda griega en manos de acreedores oficiales europeos*”.

que se desprende de la noticia aparecida el 9 de diciembre de 2015 en el diario francés *Les Echos*: “*Moscou veut acculer Kiev au défaut de paiement sur sa dette*” (Moscú quiere forzar a Kiev a la situación de impago de su deuda). En la noticia se parte de que El Kremlin amenaza con declarar a Ucrania en situación de “impago de la deuda” si no le reembolsa, como estaba previsto, 3 mil millones de dólares (2,76 mil millones de euros) de aquí hasta el 20 de diciembre de 2015. Según las reglas vigentes de ámbito internacional, Ucrania no debería optar a ninguna ayuda del Fondo Monetario Internacional. Pero en nombre de que esto podría desencadenar un seísmo, o al menos serias perturbaciones en los mercados financieros emergentes, el FMI ha decidido cambiar “de pronto” sus reglas, y que Ucrania continúe siendo financiada a pesar de que se declare en “impago de deuda” en relación a Rusia. Como no podía ser de otra manera, el ministro ruso de finanzas, Anton Silouanov, ha juzgado “*precipitada y parcial*” la decisión de cambiar las reglas, “*tomada exclusivamente en detrimento de los rusos y a fin de legalizar el no reembolso por Kiev de sus deudas*”.

La lección es clara: como en tantas cosas, lo del pago o no de la deuda imperial no se mueve en el ámbito de la fuerza de razón que se tenga sino más bien en su viceversa.

Ante el referéndum en Grecia⁶⁸

(...) Mes tras mes de negociación entre Syriza y la Troika confirman que el “práctico y sensato” reformismo y tacticismo no tienen sitio alguno en una UE podrida dentro de un capitalismo igualmente podrido de crisis y donde **se utiliza el chantaje de la deuda**, en este caso por el núcleo central de la UE, **como necesidad propia para su supervivencia y sus conquistas periféricas**, pasando por encima de de las reformas y conquistas sociales pasadas. Por eso hay que decir también NO a ese liderazgo reformista de lo imposible. Porque sólo nos puede llevar a la derrota o a algo mucho peor: a la autoderrota por falta de confianza en nuestras propias fuerzas. Hay que dejarse de milongas de que “otra Unión Europea es posible”. En todo caso, esa otra UE debería pasar por **revolucionar** la presente en el sentido más estricto del término. Y esto, que implica sumar fuerzas entre las clases populares, requiere hablar claro de lo que está realmente en juego. Esta nueva y verdadera guerra social (¿hasta cuándo sólo social?) no puede ganarse desde la ambigüedad y la conciliación. Cada vez queda menos lugar para la *comedia* en esta *tragedia griega*. Y no sólo griega. Desde hace años vemos que los actos y escenarios de agresión se suceden y se amplían. En este guión, nuestro papel será más protagonista que el de la “simple” solidaridad. Pues bien, más allá de las intenciones iniciales, en todo este proceso que ha culminado en el referéndum griego del domingo [5 de julio de 2017], sobra no poca comedia. Conviene que extraigamos los elementos serios y trágicos que la atraviesan.

Syriza convoca un referéndum para decir NO a la última propuesta de la Troika, pero ¿para decir SÍ a la penúltima que ya conculcaba sobradamente sus promesas electorales y que había provocado que miles de griegos salieran a la calle para protestar contra más y más recortes? A este respecto, es claro que Syriza en ese momento ve peligrar su legitimidad, no ya sólo con respecto a un sector de su propio partido sino frente a fuerzas más a su izquierda que plantean claramente que no hay “vida digna” para las clases trabajadoras dentro del marco imperialista de la UE y del propio capitalismo.

⁶⁸ Lo que sigue es un extracto de las líneas escritas en vista a hacer una declaración en ocasión del referéndum convocado para el 5 de julio de 2015 en Grecia para rechazar o aprobar el tercer memorándum impuesto por la Troika.

El referéndum tiene, entonces, mucho de jugada política para retomar un liderazgo en crisis después de meses de retrocesos en negociaciones. Syriza hace un referéndum para llevar la línea de demarcación entre el último y el penúltimo paquete de recortes brutales, los cuales apenas se diferencian en tasas de IVA y fechas de ataques a las pensiones y formas de pagar las deudas. Lo perverso es que se busque un “No” para esquinar a los verdaderos defensores del No a la política criminal de la deuda (que subían en protagonismo) y avale a Syriza para continuar las negociaciones de más recortes. Por tanto, hemos de advertir de que, mientras haya una línea de reformismo imposible y de conciliación, el “No” será una simple modalidad de... Sí.

Grave es –políticamente también– que, para saldar simplemente diferencias entre paquetes de recortes parecidos, se cree una situación de “acorralamiento social” ante la cual ¡el propio pueblo pudiera rebajar sus mismas exigencias!, al ver que su futuro inmediato depende de los depósitos en bancos de capitalistas y ricachones griegos así como de las propias partidas del Banco Central Europeo, cuando lo que realmente se necesita es hacerse independiente de estos factores oligárquicos pasando por la misma expropiación bancaria y la salida del euro. Grave, que los mismos mercenarios que arruinan a los pueblos rescatando bancos y endeudándolos criminalmente puedan recuperar discurso político ante las políticas “de izquierda” timoratas que no rompen radicalmente con aquellos criminales dejándoles toda la capacidad de vengarse ante cualquier amago de puesta en cuestión de su autoridad.

A estas alturas, hay que advertir sobre las diferencias interimperialistas que están en juego. EEUU sabe que Alemania busca lisa y llanamente conquistar su periferia bajo el paraguas de la UE. Y que, en ese sentido, las últimas medidas proyectadas para gravar a los capitales griegos eran bien vistas por Alemania para hacerse con sectores de la economía griega. Y es ahí que el organismo con sede en Washington (FMI) puso por delante el pago de los intereses a los acreedores internacionales y que se siguiera con la máxima austeridad, en nombre de que esas subidas impositivas atrasaban la recuperación. Pero si a EEUU no le interesa demasiado los planes de conquista alemanes, aún menos le conviene que el distanciamiento de Grecia de la UE se haga a costa de caer en la influencia rusa y china.

Toda esta situación contradictoria ha de tenerse en cuenta a la hora de descubrir los intereses (incluso los más inmediatos de orden geoestratégico) detrás de las declaraciones diplomáticas.

Se demuestra, en cualquier caso, que una línea reformista no está en

condiciones de preparar a su pueblo para aprovecharse tanto de este juego de contradicciones, como, en definitiva, de las fuertes debilidades y fisuras que presenta el sistema en su conjunto. Fisuras que si no se visualizan más es precisamente por la falta de una línea revolucionaria que las ponga de manifiesto como paso previo para utilizarlas. Bien al contrario, cuando se sigue una línea conciliadora, la amenaza es que se termine sirviendo, más allá de intenciones primeras, a una determinada potencia internacional. Todas las loas europeístas del sector más moderado de Syriza sólo pueden llevar a ponerse al servicio de la potencia imperial europea: Alemania. Y ello, por más que a esta todavía le importe en mayor medida una derrota política de Syriza (al menos si se sigue autoconsiderando de la izquierda antiausteridad o si así se percibe entre el pueblo), entre otras cosas, porque son muchos los gobiernos aliados (como el de Rajoy) que ven derrota propia en el triunfo de Tsipras.

En relación con esto último, terminemos recordando lo que decimos en nuestras tesis aprobadas en nuestra reciente asamblea congresual⁶⁹: *“Ninguna estrategia de lucha nacional o estatal podrá obviar la situación de guerra en que progresivamente se instala el mundo. Y prácticamente en ningún marco estatal podrá darse una vía de solución sólida en clave popular si no considera que tendrá que enfrentarse tarde o temprano (dependerá también de cómo se altere la correlación de fuerzas a nivel internacional a favor de la revolución) a factores oligárquicos internacionales. Estos tenderán a tomar un mayor peso en la propia ‘vida nacional’ en la medida en que constaten que las propias oligarquías estatales flaquean y pierden margen de maniobra. También aquí las concesiones que se hacen en el discurso, como las que niegan la lucha de clases y apelan a la ‘centralidad electoral’, en pos de la ‘mayoría social’ precisamente electoral, terminan por pasar crueles facturas.”*

Ciertamente debemos vernos reflejados en las imágenes de lo que ocurre en Grecia estos días. No sólo el pueblo trabajador griego es el que necesita un “Doble No”, sino que tanto él como los nuestros de la periferia de la Unión Europea necesitamos urgentemente que ese gran NO griego traspase las fronteras helenas. La ambigüedad solamente sirve a la desmoralización y a la derrota. Se está confirmando que la ambigüedad es mucho menos útil que hablar claro, y que hace perder un tiempo precioso. La victoria sólo podrá venir de conjugar una línea revolucionaria y la máxima solidaridad internacionalista. Y hay que prepararla desde ya. ¿Acaso Ítaca no es tanto aquella isla “a lo lejos” como su propia singladura?

⁶⁹ Me refiero a las Tesis de Red Roja aprobadas en junio de 2015.

Sobre Libia en el desarrollo de nuestra línea antiimperialista

Puntos para una declaración⁷⁰

1. La agresión imperialista por potencias occidentales en Libia *no sólo* hay que enmarcarla en el sentido clásico colonial del control de recursos energéticos. A corto plazo, potencias agresoras como Francia, Italia y España tenían acuerdos satisfactorios para obtener petróleo libio. Aunque *una vez desestabilizada la situación* del país, apostaron por una caída rápida del gobierno de Gadafi y se apresuraron no sólo a garantizar en el futuro inmediato su suministro habitual de petróleo vía los “rebeldes”, sino a mejorar su influencia en el país, siempre limitada con gobiernos de tradición independiente y anticolonial.

2. Hay que tener en cuenta en el “conflicto libio” el juego de influencias cruzadas y contradictorias entre potencias, incluso en el seno mismo del campo imperialista occidental. Con respecto a esto, el aspecto que habría que remarcar es la *tendencia a la desestabilización permanente que han elegido los EEUU* allí donde su presencia sea menor, no ya sólo en términos absolutos, sino en relación con otras potencias. Y, efectivamente, aquí no nos referimos sólo a diferencias con Rusia o China, también a las que crecientemente EEUU tiene con los intentos históricos por forjar un bloque europeo con políticas económica, diplomática y de defensa autónomas. No es casual que Alemania –la única que podría liderar dicho bloque– sea la que haya tenido más en cuenta dicho aspecto estratégico.

Dentro de este capítulo, EEUU prefiere un *conflicto prolongado desestabilizador* en Libia que una pronta resolución que no frene la pérdida de influencia y de hegemonía en el cuadro geoestratégico mundial; cosa que, por ejemplo, a los franceses les viene muy mal. Estos entraron rápidamente en escena (en franca deslealtad con su socio alemán) para protagonizar y liderar una intervención que no querían que siguiera el “protocolo y dirección estadounidenses” (aunque necesitando a estos, sobre todo, en caso de prolongación del conflicto). Pero los

⁷⁰ Texto redactado poco después de la intervención imperialista occidental en Libia que comenzó en marzo de 2011 y en la que el movimiento antiimperialista tuvo que lidiar con el “ninismo” del tipo “ni OTAN, ni Gadafi”, una modalidad que luego se aplicó también en el caso de Siria.

estadounidenses no están por la labor de apoyar consecuentemente una intervención que no vaya, como decimos, en una dirección clara de recuperar su hegemonía en decadencia.

3. La cuestión política más importante a tener en cuenta por el movimiento antiimperialista occidental es que la agresión occidental en este país habría que enmarcarla en el interés histórico-global —y compartido (ahora sí) sin fisuras por el conjunto de potencias occidentales— por dar continuidad a la ola reaccionaria mundial dirigida contra el movimiento socialista y anticolonial que en el siglo pasado supuso una amenaza mayor contra el sistema capitalista internacional.

En este sentido, la agresión a la Libia de Gadafi lo es por lo que de ejemplo y simbología antiimperialistas significa históricamente. Y esto, más allá de la situación interna socio-política del país y más allá también de las concesiones y acuerdos concretos con las multinacionales que el gobierno libio haya querido o se haya visto obligado a tomar. La parafernalia de calumnias y provocaciones intoxicadoras contra el “régimen de Libia” ha sido fabricada en los mismos “laboratorios” y por los mismos “alquimistas” que la que acompañó la ola reaccionaria desatada contra el campo de países socialistas. La agresión contra Libia se constituirá por ello en un eslabón más de la agresión contra todo lo que suponga anticolonialismo histórico y responde a la misma pretensión del sistema capitalista e imperialista mundial de *recuperar el terreno perdido* en la confrontación con el Movimiento Anticolonial desarrollado en el siglo XX e impulsado por la existencia de un campo socialista fuerte. Así lo han visto desde el principio Venezuela y Cuba, y, en general, todos los países que pretenden un desarrollo independiente de los dictados imperiales.

4. Acerca de nuestra particular responsabilidad antiimperialista. La lucha antiimperialista que nos incumbe hay que entenderla desde la responsabilidad principal de estar en las metrópolis de los países en primer lugar responsables de los propios límites a los que se enfrentan los movimientos de liberación de la periferia del sistema. Esto implica que, ante cualquier agresión por parte de “nuestros” Estados que utilice problemáticas internas, e incluso aspiraciones legítimas político-sociales en países enfrentados históricamente al control (neo)colonial, nuestra labor principal, desde el frente de batalla antiimperialista en el que nos encontramos (en el corazón de los países dominantes), es contrarrestar en la medida de nuestras posibilidades militantes, y *sin “ni-ni” que valga*, esa agresión imperialista. Porque en la medida en que debilitemos y aislemos a los imperialistas, no sólo los países de la periferia del sistema tendrán menos

obstáculos para desarrollar sus procesos liberadores (en primer lugar, con respecto al imperialismo), sino que facilitaremos la propia dinámica de lucha en esos países por profundizar el aspecto de liberación político-social de sus procesos en una perspectiva socialista.

Estrechamente relacionado con lo anterior, nuestra solidaridad con las posturas más avanzadas en dichos procesos, nuestra crítica a los límites internos que surjan en ellos –críticas que haremos con más legitimidad si cabe en la medida en que desarrollemos nuestras tareas antiimperialistas en el centro mismo del monstruo– deben ser canalizadas en un plano de discusión y debate y en un tiempo diferentes.

En cualquier caso, esas críticas nuestras no pueden contribuir a fortalecer y legitimar de hecho al imperialismo, que es nuestro enemigo común y principal; y cuyo debilitamiento, aquí mismo en la “inmediaciones” de sus cuarteles generales, es nuestra batalla prioritaria, por la razón ya aducida de que, en última instancia, es la fuente primera de los límites internos, de los errores y de las desviaciones con que se enfrentan los procesos de liberación social en la periferia del sistema.

No podemos dejar de manifestar nuestra crítica a la actitud de fuerzas progresistas occidentales por haber manejado informaciones sin contrastar utilizadas e inventadas por las agencias del enemigo imperialista para legitimar su agresión neocolonial. Se ha caído en lo mismo que, durante la década de los 90, ocurriera con los países del Este europeo (Timisoara, en Rumanía, etc.). Contrasta con el ninguneo y desprecio que buena parte de esas personas y grupos han tenido con respecto a informaciones sobre el estado real de la situación social en Libia; una información sobre la situación real en Libia que aún más habría que valorar si se tiene en cuenta la agresión histórica que ese país ha sufrido.

Debemos advertir de la falta de consecuencia en la lógica argumental empleada en la crítica feroz que ahora han desatado contra el “régimen de Gadafi” situándolo, en muchos casos, en el mismo bando imperialista que está atacando al... «régimen de Gadafi».

Se sienta un precedente peligroso: ¿no hay, por ejemplo, empresas multinacionales en países del campo del ALBA en América Latina? ¿No hay declaraciones de amistad personal entre líderes de procesos antiimperialistas allí y representantes de países del campo imperialista aquí que nos producen desazón? ¿No hay movimientos diplomáticos y actuaciones contra luchadores antiimperialistas, de la parte de gobiernos de países a los que mostramos nuestra simpatía y solidaridad antiimperialista, que nos producen más que desazón? ¿Esperarán esos “ni-ni” para utilizar

estos datos —que avalarían “complicidad con el imperialismo”, como han hecho en el caso de Libia— a que haya manifestaciones callejeras como las que se han dado en Venezuela en contextos golpistas, o incluso las que se dieron en embajadas de La Habana para salir de la isla y “viajar al mundo libre”? ¿Esperarán, decimos, a utilizar entonces esa munición para “acomplejarnos” y desmovilizarnos ante eventuales operaciones imperiales “liberadoras”? ¿Tendremos que pensar que no se han mostrado tan feroces frente a actitudes parecidas en esos países porque, todavía, apoyar procesos como los que se dan en Venezuela y en Cuba brinda “pedigrí progresista” (y esperemos que sea así siempre) al menos entre una amplia militancia de izquierdas?

Tampoco puede pasarse por alto que, sobre una determinada problemática socio-política en Libia, se ha encumbrado a una dirección política a sueldo de los imperialistas, que lejos de parecerse a un movimiento de liberación anticolonial, como el que, por ejemplo, lideró en su día el propio coronel Gadafi, tiene ya muchos puntos comunes con la “contra” criminal antisandinista nicaragüense.



Ante las críticas a nuestro antiimperialismo

La peor de las actitudes reaccionarias (en el sentido estricto del término; es decir, que favorecen ir para atrás) no es cuando está basada en una completa mentira, sino cuando tiene más de un “grano de verdad”. No, no todo lo que dice Santiago Alba Rico (SAR) es mentira. Ni siquiera cuando describe nuestro antiimperialismo y cómo lo defendemos. Por eso resulta peor su actitud. Ya que incluso es posible estar más cargado de verdad en una argumentación puntual y concreta (eso sí, eligiendo muy unilateralmente de lo que se habla, como hace SAR ahora con el “régimen sirio”) que uno del campo militante antiimperialista y, sin embargo, instalarse en una actitud francamente reaccionaria en lo que se refiere al plano de la confrontación mundial en curso; ese plano donde se sitúa nuestra obligación de desarrollar un potente movimiento antiimperialista precisamente en el frente de países centrales del capitalismo avanzado, conscientes de que estos son el principal límite para la liberación social de los pueblos.

Estoy convencido de que SAR sabe que la inmensa mayoría del campo antiimperialista militante no apoya totalitarismos, ni represiones populares, ni le gusta muchas (muchísimas) cosas que pasan en muchos países que se sustrajeron en el siglo XX al control del colonialismo, ni en Rusia, ni en China, etc. Por cierto, también hay cosas que no nos gustan ni en Cuba ni en Venezuela, pero muchos, desde los años 80, supimos que no es difícil montar procesos contrarrevolucionarios y proimperialistas sin necesidad de que haya que fabricarlo todo desde el principio en una oficina de la CIA. Por esto, aunque hasta apostamos por revoluciones dentro de las revoluciones, incluso en las “más cercanas” (figúrense en otros países), hemos decidido seguir esa enseñanza fidel-guevariana de canalizar nuestras *obligadas* críticas militantes por planos diferentes y siempre con una máxima: que ninguna de nuestras críticas entre en contradicción con nuestro puesto principal de combate, que es el del debilitamiento máximo de la retaguardia imperialista.

En este sentido, *tendremos que asumir* que gente como SAR lo tenga fácil para instalarse en su actitud intelectual “escrupulosamente justiciera” con respecto a nuestro “desequilibrio calculado” del tratamiento de las diferentes contradicciones a nivel mundial. Lo van a seguir teniendo fácil porque lo que nos va preocupando cada vez más dentro del movimiento

antiimperialista es la convicción de que el imperialismo del conjunto de países capitalistas “avanzados”(en medio de la gravísima crisis sistémica a la que asistimos) y del imperialismo estadounidense en particular (en su intento de incendiar el mundo si es preciso con tal de prolongar una hegemonía sin base real) están fomentando artificialmente conflictos o interviniendo para agudizar conflictos político-sociales reales en determinados países con pretensiones geoestratégicas que prolonguen un poder que no se sostiene ya como antes.

Sabemos que hay una segunda edición de ola reaccionaria en curso (tras aquella de la Caída del Muro) que ahora pretende cargarse todos los sistemas de gobierno que, al abrigo principalmente de la Unión Soviética, se sustrajeron al liderazgo imperialista “otanista”. Siempre ha sido esa una pretensión desde la Guerra Fría, y ahora es uno de los elementos urgentes que conforman la desestabilización permanente de la situación internacional como “salida de guerra” a la gravísima crisis que los corroe.

Así que, efectivamente, nuestro antiimperialismo –al que SAR no quiere ingresar (porque no quiere pringar su «ego intelectual»)– ciertamente es arriesgado, porque es de “bajo nivel de exigencia” en estos tiempos graves de degradación de la situación internacional: nuestro antiimperialismo no se basa en la calidad democrática del agredido, sino en la “calidad”, potencia y fines del agresor. Y aunque, como decimos, no nos gustan muchas cosas que pasan en *todas* partes, sabemos que nuestra obligación primera (por estar en el campo de países centrales del imperialismo) ha sido y es impedir (por cierto, en la práctica y no en las palabras, como gustaba alertar Ulrike Meinhof) que los imperialistas lleven adelante su plan A (“reordenación democrática” del mundo, empezando por Oriente Medio, tal como fue diseñado por los neoconservadores estadounidenses) o su plan B (incendiarlo todo con tal de prolongar hegemonías como sea).

Por lo demás, SAR, además de sus deficiencias en el análisis político –y como ocurre con tanto intelectual teoricista–, gusta de inventar categorías aparentemente progresistas pero que son antidialécticas e idealistas en el mero plano filosófico. Así, es una tremenda tontería hablar de “imperialismo interior” para igualar la oposición que deberíamos desarrollar ante Bachar Al-Asad y un Obama o una Merkel. No nos dejemos impresionar. Es más: claro que pueden encontrarse actitudes y actuaciones imperialistas en muchos países de todos los tamaños, sin duda más creíbles en Rusia y en China por su potencia. Claro también que sobran por aquellos lares casos de explotación capitalista con los que no

vamos a comulgar. Pero para los marxistas, lo importante no es el imperialismo que especulemos que se quisiera ejercer, sino el que se ejerza o se pueda ejercer.

En ese sentido, seguimos ligando el imperialismo más criminal – como causa principal de agresión de los pueblos– a los países capitalistas “viejos y avanzados”, sólo sea porque en el estadio actual de un capitalismo más que envejecido y podrido, las formaciones socio-económicas rusa y china ya no pueden aspirar a igualarse al viejo club de “países avanzados”, y son un resultado ecléctico que no pueden prescindir del todo de la herencia de su pasado socialista si no quieren dejar de ser... una potencia independiente. Por eso, con Cuba, Venezuela y resto de países del campo bolivariano compartimos que no es cierto que la pretensión del campo ganador de la Guerra Fría de comerse a China y a Rusia se explique como contradicciones interimperialistas de mismo nivel. De ahí que ni en estos casos seremos “ninis”. Ya ven que lo tienen fácil para criticarnos por “amigos de totalitarismos”. Ni en estos casos, vamos a hacer la mínima concesión a los medios de comunicación imperiales. Por complicado que pueda resultarnos, a la hora de compaginar nuestra actividad militante anticapitalista con la antiimperialista, no dejaremos lugar a la ambigüedad que avale “un tantico así” a la agenda imperial agresora que ha estado (y está) incendiando Oriente Medio, los Balcanes, etc. con la impunidad que les da el que ya no esté la Unión Soviética como freno mayor.

Partimos de que nuestra tarea antiimperialista es ardua y llena de “responsabilidad occidental” por vivir precisamente en la cueva del ogro. Tal como expreso en *La comprensión como ánimo...*, “*sabemos que el Occidente imperial, en la medida en que siga ejerciendo como tal, limita cualquier proceso de liberación o incluso de desarrollo independiente en la periferia. No sólo el Occidente reaccionario limita por su agresividad y chantaje militares. Al venir dominando en buena parte la economía internacional, condena a muchas sociedades que incluso acceden a procesos de transformación socialista a arrastrar atrasos impidiéndoles profundizar en ellos. Por eso no podemos sustraernos a esa tarea pendiente de debilitar al máximo la retaguardia imperialista fomentando potentes movimientos antiimperialistas*”⁷¹.

Pues bien, lo cierto es que en esta faena andamos con mucho retraso. Pero, desde luego, sería una estupidez buscar en los Alba Rico la causa principal por la que el antiimperialismo está poco desarrollado en nuestro

⁷¹ *La comprensión como ánimo*, pág.23 de este primer tomo de la recopilación.

país. La clave está en nuestras propias debilidades para pasar de la indignación a la acción militante práctica. Perdamos menos tiempo en debatir nuestra línea antiimperialista y más en materializarla sin complejos. Nadie podrá hacer la tarea antiimperialista que sólo a nosotros nos corresponde.

CUBA: una solidaridad marcada por +⁷²

Contextuamos la línea de trabajo que abrimos con Cuba en el marco general de la necesaria (y muy pendiente de desarrollo) solidaridad con los pueblos que luchan contra el capitalismo internacional y el imperialismo. Y todo esto, teniendo en cuenta la *especial responsabilidad* que tenemos como activistas políticos de los países pertenecientes al campo imperialista. En este sentido, no sólo se trata de defender lo que de más positivo se haya hecho en los procesos revolucionarios o simplemente progresistas en el llamado Tercer Mundo, sino de contribuir a dar a conocer, y en lo posible disminuir, los límites y agresiones que *históricamente* desde los poderes de nuestros países se han exportado y realizado allí.

Particularmente sobre Cuba, hemos de señalar que, a pesar de las dificultades y atrasos a que le ha obligado el cerco de las potencias capitalistas e imperialistas, que agravaban ya de por sí la rémora que la revolución heredaba de cientos de años de colonialismo y de neocolonialismo, a pesar de todo eso, la Cuba revolucionaria ha desarrollado una obra social y desplegado una solidaridad internacionalista con otros pueblos que la convierten en un faro para la humanidad. Por vivir en el campo de países imperialistas –fuente de agresión y calumnias constantes contra Cuba– *nuestra* solidaridad con su proceso revolucionario no es un simple gesto de generosidad, sino que cobra una *especial responsabilidad* que se realza en estos tiempos en que se profundiza la crisis del capitalismo internacional que tanto amenaza nuestra propia existencia. No exageramos si decimos que, ayudando a resistir y a desarrollar a Cuba, apostamos por nuestro propio futuro.

En base a esto resumimos esquemáticamente nuestra línea de defensa histórica de la Revolución Cubana en los siguientes puntos de actuación militante:

1. Contextuar siempre históricamente los logros cubanos. Y, en este sentido, hablar de las dificultades, límites heredados y agresiones de todo tipo que provienen del campo de países imperialistas al que pertenecemos.

⁷² Texto redactado como contribución a la línea del Grupo Antiimperialista Cuba + de Cádiz

2. Por tanto, poner el acento en nuestro deber internacionalista en contrarrestar y **compensar la acción negativa imperialista**.

3. Saber comparar extrayendo **motivación para la resistencia social aquí**. Así, si Cuba mantiene y exporta solidariamente esos logros en salud, educación, etc., a pesar de esas dificultades y límites históricos, ¿cómo es posible que aquí que tenemos una base material más elevada nos vendan que no hay más remedio que recortarnos y condenarnos a la miseria que se está extendiendo brutalmente?

A vueltas con el análisis internacional: un reto en toda línea

Desde hace bastante tiempo vengo expresando en determinados ámbitos militantes diferencias con el análisis de la situación internacional que se está haciendo en sectores cercanos y que, a mi entender, perjudica al propio trabajo antiimperialista y de solidaridad con los pueblos agredidos que tenemos pendiente. Donde veo más problema es en todo lo referente a Oriente Medio y al “mundo del Islam”, que no en balde constituye la zona de mayor desestabilización y de guerras inducidas por el imperialismo desde hace más de dos décadas: de las dos de Irak y la de Afganistán a la de Siria, pasando por la destrucción impuesta en Libia, las masacres cometidas por Arabia Saudí en Yemen, a todo lo cual hay que sumar las constantes amenazas a Irán. Toda una desestabilización que, después de años sembrando lejos tanto sufrimiento, ha terminado por tener consecuencias en la forma de ataques en las propias metrópolis del Primer Mundo, conllevando el fortalecimiento de las políticas antiterroristas a todos los niveles, incluido el mediático, lo que nos obliga aún más a un sobreesfuerzo de clarificación en el campo occidental al aumentar sobremanera la intoxicación y la agresión precisamente mediáticas.

Hay que señalar que la preocupación por el análisis internacional viene de lejos, como puede constatarse en escritos que superan los diez años. Me limitaré a citar a *Y que los de abajo nos enteremos...* (la importancia de poner el acento en las contradicciones interimperialistas) y *La comprensión como ánimo*⁷³, porque pienso que ponen en evidencia los dos elementos negativos que se desprenden de ese análisis internacional que desgraciadamente ha “sentado cátedra” entre nosotros más de la cuenta. El hecho de que aún haya que insistir en ello después de tanto tiempo muestra, en mi opinión, *el retraso que llevamos* en la puesta de bases serias y eficaces (no sólo deseos) en pro del fortalecimiento de la causa revolucionaria antiimperialista y por el socialismo que, en definitiva, es también de lo que más depende la paz mundial o que, al menos, el campo de las potencias capitalistas se vea obligado de nuevo a *enfriar* en parte su inherente tendencia a la *Guerra*.

Uno de los elementos negativos de ese análisis internacional al que

⁷³ Redactados en 2006 y 2005, respectivamente, aparecen en esta recopilación.

aludo consiste en el excesivo recurso que se hace de la teoría de la conspiración que, al fin y al cabo, exagera el poder imperialista (que todo lo podría) y que, además, no tiene en cuenta las propias contradicciones entre potencias incluso dentro del bloque de aliados occidentales que fue forzado contra la URSS. No se tiene en cuenta suficientemente que, tras el burdo y arrogante “fin de la Historia” decretado a principios de los 90, se le ha venido adjudicando a EEUU una injustificada omnipotencia y hegemonía sin fisuras.

En ese sentido, por ejemplo, los planes intervencionistas de EEUU, puestos en práctica con la Primera Guerra del Golfo en 1991 —coincidiendo con la disolución de la Unión Soviética— y luego reeditados con la invasión de Irak de 2003, han reportado a la larga a la primera potencia mundial resultados bien diferentes de los previstos en los diseños iniciales (entre ellos, el del “Proyecto para el Nuevo Siglo Estadounidense”). Así, al margen de que dentro del mismo bloque occidental no concitaron el apoyo requerido (entre otras cosas, porque desde la propia Unión Europea se estaban forjando relaciones propias en aquella región), en la práctica alimentaron muchas alianzas contradictorias para los mismos intereses estadounidenses que descuadraban los diseños iniciales. Sirva meramente de botón de muestra el hecho, para EEUU, de ser enemigo de Irán pero no poder ejercerlo tanto en Bagdad.

El caso es que los resultados reales cosechados han traído desconcierto y fisuras dentro de los mismos EEUU con peleas internas acerca de la estrategia guerrera a seguir. Resultados reales que incluyen situaciones sobre el terreno político-militar que, en buena medida, se les han vuelto en contra tras la tierra quemada practicada en Irak: en Faluya, en Tikrit y en otras zonas catalogadas como favorables a los baazistas de Saddam Hussein, quienes posteriormente entraron en relación guerrillera (ciertamente no exenta de múltiples tensiones ideológico-nacionalistas, como no podía ser de otra manera) con islamistas armados complicando a las tropas invasoras su existencia en el sentido más estricto. Y si bien es cierto que gran parte del moderno islamismo armado⁷⁴ tuvo su gran parto asistido en la Guerra de Afganistán de los 80 contra la Unión Soviética (“combatientes por la libertad” se les denominaba en Occidente), luego ese mismo islamismo armado se ha mezclado con la resistencia en la propia

⁷⁴ Hablo de moderno en el sentido más temporal del término, porque el islamismo y sus corrientes armadas vienen de muy atrás.

Afganistán y en Irak contra los mismos EEUU y otros países de la OTAN. Cosa que no nos encajará si, efectivamente, avalamos en demasía esa historieta de que los EEUU “lo controlan todo”.

Precisamente no se puede obviar, en el cúmulo de contratiempos sobrevenidos a los estadounidenses, el papel jugado por la resistencia real con la que se toparon casi inmediatamente después de aquel 3 de mayo de 2003 en que George Bush Jr. proclamara en el portaaviones “Abraham Lincoln” la victoria en “la batalla de Irak”. Otra cuestión es que en esa resistencia no se haya impuesto una estrategia de unidad popular antiimperialista que superase los enfrentamientos sectarios entre comunidades por razones diversas⁷⁵; y que, por consiguiente, se hayan fortalecido derivas ideológicamente oscurantistas que, al mismo tiempo, han servido a manejos estratégicos reaccionarios para diferentes Estados de la zona (Turquía, Qatar, Arabia Saudí, etc.) además de los propios de las potencias occidentales. Pero que los asuntos no anden bien a la hora de encontrar un liderazgo común de resistencia antiimperialista, ya no sólo en Irak sino en toda aquella región, que supere divisiones religiosas y nacionales, con tanta gente humilde pagando las consecuencias de brutales atentados sectarios, no significa que las potencias imperialistas con EEUU a la cabeza se estén encontrando con un camino de rosas. Es clave recalcar lo siguiente: a las víctimas las cosas no les están yendo como debiera, pero tampoco a los victimarios.

Por otro lado, y en estrecha relación con lo que se acaba de plantear, tenemos la simplificación que se hace de las causas que animan a resistir a los mortificados pueblos de Oriente Medio, en el contexto de las sucesivas agresiones e invasiones del Occidente imperial, y la injusticia que se comete con ellos al impedirnos estar a la altura de la solidaridad que necesitan. Hemos de insistir en esto a pesar de la opinión que tengamos de las políticas y actuaciones que defiendan determinados grupos que desgraciadamente han encontrado cierta razón de ser en el sinsentido

⁷⁵ Difícilmente se podía dar esta unidad en el contexto de la implosión de la Unión Soviética y de sus consecuencias en términos de crisis político-organizacional de todo lo que oliera a socialismo o simplemente a nacionalismo “nasserista”. Difícilmente, si reparamos en que en el siglo XX el movimiento anticolonial y nacional en el mundo árabe y del Islam ha resultado ser de una tremenda complejidad en cuanto a las alianzas internas: particularmente, el movimiento comunista ha sufrido como nadie “en carne propia” los vaivenes en la consideración que se le tenía. Para profundizar sobre esta realidad contradictoria, vale la pena consultar las obras de autores como el italiano Guido Valabrega, quien ya en 1967 escribió *La revolución árabe*.

inoculado en toda aquella región por el imperialismo occidental y que fomentan enfrentamientos intercomunitarios que favorecen las maniobras intervencionistas de las potencias agresoras. El caso más sangrante es el que ha tenido lugar en Irak. En cualquier caso, se impone una matización importante ante posibles malinterpretaciones, o simplemente ante lectores confusos, en el sentido de dejar claro que no me refiero para nada a todos esos “movimientos rebeldes” que se han dado en Libia y Siria y que recuerdan al formato empleado en el nacimiento de “la Contra” nicaragüense antisandinista⁷⁶.

Llegados a este punto, tenemos una especial obligación militante añadida en el campo de países imperialistas a la hora de expresar nuestra solidaridad. Me refiero a la atención que hemos de prestar a todos esos barrios obreros marginados (no sólo económicamente) de nuestras metrópolis donde no poca juventud salida de la inmigración está canalizando su rebeldía por vías bien diferentes de la alternativa socialista revolucionaria. Mal haríamos en reducir todo eso a un asunto de “terrorismo islamista”. Al respecto, sirva sólo de toque de atención que esta juventud ha estado presenciando por las “redes sociales” imágenes dantescas del terrorismo civilizado al que las tropas invasoras han sometido a ciudades y pueblos para “liberarlos”, o con otras burdas justificaciones, mientras que gran parte de la población en los “países avanzados” pertenecía ajena, mediáticamente secuestrada, incluidos muchos sectores progresistas. ¡Cuánto deberíamos reflexionar sobre esta cuestión antes de ceder a la “presión ambiente” cada vez que se produce aquí una desgraciada y odiosa réplica, en forma de atentado indiscriminado, del terremoto impuesto allí!

Por eso, en mitad de tanta barbarie entrelazada, no podemos dejar de insistir en que **la causa principal de toda aquella tragedia estriba en el occidente imperial que ha azuzado un fuego que ya no controla**. Un occidente imperial –con EEUU como protagonista principal pero no solo: veamos el papel de Francia tanto en Libia como en Siria– que cuanto más ve que se le escapa la situación en Oriente Medio (en el sentido geográfico más amplio y flexible del término) más destrucción genera. Efectivamente, hay otra barbarie que supera a la barbarie inherente a movimientos que se reclaman de ideologías atrasadas e impregnadas de

⁷⁶ Ver *Sobre Libia en el desarrollo de nuestra línea antiimperialista*, en esta misma recopilación.

feudalismo en el mundo árabe e islámico: **la descivilización occidental**. Esto es lo principal que hay que retener a la hora de no equivocarse de bando en la larga guerra en que nos están metiendo a los pueblos.



Por supuesto que con la persistencia de la desestabilización imperial de toda aquella región y su corolario de nuevas guerras —donde a la exacerbación de intereses regionales contrapuestos se han sumado las consecuencias de la devastación de Irak y la destrucción de su Estado— todo se ha vuelto mucho más delicado a la hora de desarrollar y precisar el análisis que la línea revolucionaria necesita. Un análisis que forzosamente ha de ser de conjunto, en el tiempo y en su dimensión más regional, no perdiendo de vista la larga guerra desatada en toda aquella zona como mínimo desde la mencionada primera Guerra del Golfo en 1991; justamente, como hemos apuntado, cuando desaparece la Unión Soviética y EEUU ve entonces peligrar una hegemonía forzada en su propio campo aliado por una amenaza que de repente desaparece. Nuestro análisis, por tanto, tampoco podrá obviar las perspectivas de carácter más mundial en que hay que insertar las guerras regionales que se suceden. Hemos de tener en cuenta esto en toda lógica con lo que un capitalismo senil y podrido de imperialismo nos ha demostrado ya de qué es capaz en términos de conflagraciones bélicas.

En consecuencia, requerimos un análisis que ha de ser preciso y riguroso en la búsqueda del máximo de debilidades y de brechas (en definitiva, de impotencias) que presentan las potencias imperialistas, en la perspectiva siempre urgente de acabar con ellas; lo cual pasa por saber *en qué estado real se encuentran*. Un análisis, pues, que tiene que ser independiente de la inmediatez y no supeditarse a ningún interés de Estado, ni del Estado más agredido del momento, por más que apostemos por su victoria en el ataque principal imperialista que *en ese momento* se esté llevado a cabo. No debemos, por ejemplo, forzar determinadas afirmaciones acerca del papel de Turquía en el nacimiento del Estado Islámico y luego avalar otras de signo contrario en función de cómo le vaya diplomáticamente con Rusia, de quien, sin duda, celebramos el papel decisivo de contención que está jugando frente al Occidente imperial y, en particular, en Siria tras la amarga lección de Libia.

Ciertamente todo se ha vuelto más delicado porque hay que cubrir ese análisis de conjunto y con perspectiva (también hacia atrás) evitando alimentar malinterpretaciones que nos desvíen de un objetivo que es

absolutamente principal: **considerar como víctimas del imperialismo al gobierno de Siria, como ayer el de la Libia de Gadafi y anteayer al de Irak de Saddam Hussein, o al de Irán**, más allá de las colisiones históricas de orden ideológico, político y hasta bélico que se hayan dado entre esos diferentes Estados hoy unidos en una misma agresión de conjunto. Que no nos desviemos de ese objetivo principal hoy por hoy – en ese largo “hoy” en que nos encontramos tras la guerra impuesta en toda esa región por el imperialismo occidental– implica que desde el principio había que apostar valientemente por que los Estados citados ganasen en las guerras que se han visto obligados a llevar; es decir, sin que cayéramos en ese *ninismo* que tanto daño ha venido haciéndonos en términos de retraso para desarrollar el movimiento antiimperialista que necesitamos.

Esa apuesta por la victoria de esos Estados agredidos –que desgraciadamente no se ha dado en los casos de Libia e Irak, como tampoco se dio en otros escenarios como el yugoslavo– había y hay que mantenerla independientemente de consideraciones de carácter político-ideológico que nos puedan separar, tal como nos enseñan y requieren los comunistas sirios, que diferencian la crítica económico-social e incluso burocrática a su gobierno en la lucha de clases interna en su país de la obligación suprema de salvaguardarlo de la brutal y odiosa destrucción a la que lo están sometiendo.

En este sentido, no podemos dejar de resaltar que las agresiones a Irak, a Libia, a Siria, hay que enmarcarlas en el interés histórico-global de las potencias occidentales –ahora sí, compartido sin fisuras por todas– en dar continuidad a la ola reaccionaria mundial dirigida contra el movimiento socialista y anticolonial que en el siglo pasado supuso una amenaza mayor contra el sistema capitalista internacional. Tal como se expresó en el caso de Libia, las agresiones contra estos Estados citados son, en realidad, eslabones *“de la agresión contra todo lo que suponga anticolonialismo histórico y responde a la misma pretensión del sistema capitalista e imperialista mundial de **recuperar el terreno perdido** en la confrontación con el Movimiento Anticolonial desarrollado en el siglo XX e impulsado por la existencia de un campo socialista fuerte”*.⁷⁷ Unos Estados, además, que llegaron a niveles de desarrollo social y cultural sin comparación con los oscurantismos propios de las monarquías prooccidentales que, en el contexto de la Guerra Fría, conjugaron feudalismo con servilismo geoestratégico y sumisión a las multinacionales.

⁷⁷ *Ibidem*.

Ahora bien, el hecho cierto de que haya que tener cuidado en las malinterpretaciones que nuestro análisis puede alimentar, no debe llevarnos a quedar mudos ante no pocas interpretaciones y afirmaciones disparatadas que se suceden en relación a todo el entramado de aquella región – interpretaciones realizadas incluso desde una sana intencionalidad antiimperialista– y que son contraproducentes sólo sea a la hora de fomentar el ánimo en la perspectiva revolucionaria, pues adjudican, como se está señalando, un excesivo poder de control al sistema imperialista mundial ante el que no cabría abrigar esperanza alguna de derrotarlo.

Tampoco podemos avalar cualquier argumentario ni permitir que la solidaridad con una de las esquinas agredidas o amenazadas, por ejemplo Siria o Irán, comprometa la solidaridad con otra de ellas, como Irak, por más que hayan entrado, como se ha dicho, en colisión por factores regionales, ideológicos e históricos. Porque, veamos, ¿vamos a silenciar el sometimiento en Irak de Faluya o Ramadí por tropas y milicias bajo el actual gobierno de Bagdad, que nunca habría estado ahí sin unas atroces invasiones estadounidenses que contaron con una amplia complicidad o pasividad que incluso abarcó a países a los que ahora les ha tocado el turno de la barbarie? Sólo hay que recordar la lista de aliados a EEUU en la Primera Guerra del Golfo. ¿Y ahora, cuando se escriben estas líneas, no hay nada que decir sobre Mosul porque de nuevo lo que en justicia tendríamos que decir no encaja con lo que hemos venido diciendo ya que, total, la suerte de Mosul o la de Faluya se reduciría a que “han sido secuestrados por el terrorismo islamista”?

No podemos callar que, aunque el programa del Estado Islámico no es alternativa de nada, ni para la comunidad suní, y aunque haya tenido un peso excesivo con respecto a la guerrilla surgida de las estructuras baazistas, la realidad es que Mosul está siendo “liberada” por fuerzas especiales fabricadas por los invasores occidentales que combaten conjuntamente con los peshmergas kurdos, todos unidos en la conspiración anti-Saddam. Y que, en definitiva, esa operación militar en Mosul está apoyada por bombardeos de esa misma Coalición en torno a EEUU que de nuevo arrasa los lugares que ya destruyó en las “batallas de Irak” comandadas por los Bush. Es decir, que lo que ocurre hoy en Mosul no puede desligarse del intervencionismo invasor que destrozó el Estado de Irak; algo bien al contrario que en Alepo, donde finalmente al intervencionismo imperialista no le han salido las cosas como quería en sus planes de destrucción del Estado sirio.

Precisamente sirva esto último para poner de manifiesto que por supuesto hoy hemos de poner en valor en primer término los avances en

Siria logrados por las tropas y milicias gubernamentales –con la inestimable ayuda de Rusia, en primer lugar, pero también de Hezbollah e Irán– frente a decenas de grupos diferentes que, en gran parte, cuentan directamente con patrocinadores activos del extranjero o sencillamente se les deja actuar en la medida en que todos coinciden en que hay que destruir a Siria, esa Siria “culpable” de haberse equivocado de bando en la Guerra Fría. Desde luego que EEUU y otras potencias occidentales, así como poderosos actores regionales como Arabia Saudí, Israel y Turquía, prefieren a Siria troceada o simplemente con su poder de influencia disminuido. Aunque, eso sí, no están de acuerdo en cómo “taifizarla” y, más que nada, no comparten la misma preocupación acerca de las minorías o comunidades que saldrían fortalecidas de esa partición. Piénsese tan sólo en el caso de los kurdos, y cómo Turquía, ante el cambio en el curso de la guerra en Siria, prioriza controlar el norte de este país entrando ya en contradicción con sus aliados de la OTAN.

Hay que señalar también que EEUU y otras potencias occidentales incluso prefieren una fuente de desestabilización en una Siria destrozada –aun pagando las consecuencias en réplicas de atentados por dejar actuar grupos armados que eventualmente se les vuelvan en contra– que una consolidación del Estado sirio en la línea histórica heredada de la Guerra Fría; una línea histórica que hoy se traduce en seguir dentro de la esfera de influencia de Rusia. De ahí que Turquía, EEUU, e incluso Francia, lleguen incluso a darse prisa por apuntarse a las victorias sobre el terreno sirio contra el Estado Islámico u otras fuerzas islamistas, ya que *buscan con desesperación hacerse con los territorios sustraídos al legítimo gobierno de Siria antes de que este los recupere*. Aquí tenemos otra de las realidades que complican el análisis de toda la región.

Recordemos que este texto está poniendo sobre la mesa la necesidad de realizar un análisis de conjunto que identifique el estado real de nuestros enemigos principales –las potencias imperialistas– como condición inexcusable para fortalecer la estrategia revolucionaria de la que depende la suerte mundial ante la barbarie en curso; lo que nos obliga a ser rigurosos y precisos a la hora de ver cómo los de arriba dominan (o no dominan como quisieran) la situación⁷⁸. Por eso, por ejemplo, al tiempo que nos alegramos de la reconquista de Palmira, salvaje y estúpidamente destrozada

⁷⁸ Precisamente el artículo *Y que los de abajo nos enteremos...*, al que nos hemos referido antes y que

por el Estado Islámico, hemos de prestar atención a cómo realmente este llegó a interrelacionarse con las estructuras destrozadas y humilladas provenientes de las administraciones estatales iraquíes de la época de Sadam Hussein. Aunque de esto apenas se habla, lo cierto es que esa interrelación se ha dado más allá de las colusiones y permisividades que se han venido produciendo entre aparatos de inteligencia occidentales y grupos armados islamistas. Por cierto, unas colusiones entre islamismo e imperialismo que se han dado históricamente a lo largo del siglo XX; sobre todo, cada vez que había que enfrentar a fuerzas prosoviéticas, o simplemente amigas de la URSS, para impedirles que lideraran el proceso de descolonización en clave progresista. Como se ha apuntado arriba, uno de los casos más flagrantes se dio en los 80 con el apoyo a “los combatientes de la libertad” en Afganistán.

Pero la colusión entre el colonialismo y el islamismo frente a la influencia comunista no significa que debamos despreciar las raíces históricamente bien asentadas en toda esa región del islamismo político, con unos Hermanos Mulsumanes por ejemplo que datan de los años 20. Tampoco hemos de perder la perspectiva de que el islamismo obtuvo un importante apoyo, también en términos populares, en la medida en que se vio en él una resistencia a la imposición colonial, principalmente británico-francesa, que rápidamente sucedió al desmembramiento del Imperio Otomano. Esa rápida “entrega de testigo” en el juego de la dominación colonial apenas dio respiro a que pudieran materializarse de forma independiente aspiraciones nacionalistas, con la complicación añadida de que el nacionalismo árabe entraba en conflicto, como en pocos otros sitios, con la divisiones administrativas impuestas por el imperio que caía y los imperios que venían a sustituirle. En nuestro análisis no podemos obviar que, en todo ese mundo árabe y del Islam, la tradición (aprovechada por corrientes dominantes locales reaccionarias) se asentó más de le cuenta porque la modernidad rimaba con humillación, crimen y expoliación.



está en la presente recopilación, comienza con la siguiente referencia a una tesis fundamental leninista para el desarrollo de la revolución a la que me permití hacerle un añadido: *“No basta con que los de abajo no quieran, sino que es necesario que los de arriba no puedan continuar como han venido haciéndolo hasta ahora... (parafraseando a Lenin); ...y que los de abajo nos enteremos.”*

Parece evidente que si desde los años 90 se hubiesen comprendido las intenciones y los límites de la intervención imperialista, principalmente de los EEUU, habríamos evitado más de un verdadero atolladero argumentativo. Por ello, no estaría mal, a la hora de adentrarnos en el análisis internacional, volver sobre lo que se planteaba hace más de una década como punto de partida. De haberse seguido la línea de análisis entonces defendida, no se habría caído en flagrantes contradicciones argumentativas al tener que ir expresándose nuevas solidaridades conforme la intervención imperial iba avanzando en su agenda de agresiones.

En suma, desde el final de la Guerra Fría, principalmente los EEUU han actuado alimentando, realimentando y generando muchas contradicciones y atrapando en ellas a muchas víctimas. De sangre y de razón. Es imperativo que no nos contemos entre las segundas a fin de contribuir como debemos a que la barbarie inducida desde Estados “tan civilizados” como los nuestros no siga generando más de las primeras víctimas: las de esa sangre tan impunemente vertida que deberíamos sentir más cercana. Las tareas para parar tanta ignominia nos incumben más de lo que parece. En este sentido, es claro que a nuestro análisis le queda camino por recorrer para estar con eficacia a la altura de nuestra obligación militante.

Cádiz, 14 de marzo de 2017

Índice

Prólogo	5
Introducción	13
- La única crisis que no lo fue	21
- La comprensión como ánimo, y viceversa	23
- Declaración político-ideológica como criterio de partida mili- tante	27
- Tres textos para un folleto... ..	33
- ... Y uno previo	43
- La crisis boomerang	51
- A tener en cuenta al afrontar la teoría	55
- Acerca de la teoría marxista sobre el desarrollo de los principios políticos en su relación con la práctica	57
- La importancia del análisis internacional	95
- A propósito de la “Europa-potencia”	101
- Acerca del carácter imperialista de la construcción europea	109
- ¿Qué se cuece detrás de la crisis nuclear iraní?	119
- Y que los de abajo nos enteremos... ..	131
- Por una comprensión crítica del “modelo social europeo”	149
- BREXIT (En alemán también se traduce por oportunidad)	159
- El pago de la deuda como arma, y su no pago también	161
- Ante el referéndum en Grecia	163
- Sobre Libia en el desarrollo de nuestra línea antiimperialista	167
- Ante las críticas a nuestro antiimperialismo	171
- CUBA: una solidaridad marcada por +	175
- A vueltas con el análisis internacional: un reto en toda línea	177

EL AUTOR



Vicente Sarasa Cecilio nace en 1962, en el popular Barrio de Astilleros de Cádiz, en un contexto de convivencia vecinal y lucha de los obreros de la industria naval gaditana, muy destacada en sus años de infancia y adolescencia. Ya desde el instituto comienza a militar en la Organización Democrática de Estudiantes Antifascistas, lo que motiva su primera detención en 1981 mientras cursa estudios de Ingeniería Superior en Sevilla, que abandonaría. De nuevo en su ciudad, ingresaría en la Universidad gaditana hasta culminar Ingeniería Técnica Electrónica, título que le valió para aprobar la oposición y trabajar como ingeniero técnico en Telefónica S.A. a la vez que continúa con su militancia en el movimiento de solidaridad con Centroamérica —viaja a Nicaragua y a Cuba— y en la solidaridad con los presos políticos. Por su vinculación al PCE (r) se ve obligado a abandonar su trabajo y su ciudad y pasa a la clandestinidad en el año 1993. Tras años de exilio es detenido en Algeciras a finales del año 2006 después de haber intentado visitar a sus familiares. Una vez puesto en libertad en abril de 2007 (y, posteriormente, absuelto de las acusaciones de determinadas acciones armadas que se le imputaban) retoma su actividad de lucha social y política en Cádiz, fundando con otros activistas gaditanos el Colectivo Cádiz Rebelde, que se integraría en Red Roja, constituida esta a nivel estatal. Se fragua por aquellos años en Cádiz un emergente movimiento de activismo reivindicativo social y político que conlleva la creación de plataformas y organizaciones colectivas (como la Plataforma Social contra la Crisis) que comienzan a jugar un importante papel en las luchas sociales y laborales de la Bahía de Cádiz. En el año 2012, Vicente vuelve a ser víctima de una “operación policial” con mucho “bombo mediático” y detenido, en esta ocasión, por hechos acaecidos en 1995. Esta vez, el apoyo y respaldo de Red Roja y de todo el activismo gaditano se hizo patente y, ya desmontado el “operativo”, se consigue a través de una recaudación solidaria la suma para la fianza que posibilita su puesta en libertad en pocos días y los primeros costes de la defensa hasta el sobreseimiento.

En la actualidad, Vicente sigue viviendo en Cádiz y militando en Red Roja y también en el SAT (Sindicato Andaluz de Trabajadores).

Este libro se terminó de imprimir el 8 de junio de 2017, año en que se celebra el centenario de la Revolución de Octubre, en homenaje a la cual la mayor parte de las imágenes que lo ilustran procede del fondo de la cartelería soviética.